ALFRED HITCHCOCK Y

LOS TRES INVESTIGADORES



La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores se sienten incorporados al formidable equipo de Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



William Arden

(Basado en los personajes de Robert Arthur)

Misterio de los cristales rotos

Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores - 38

ePub r1.1

Titivillus 01.05.2017

Título original: *The Mystery of the Smashing Glass*
William Arden, 1984
Traducción: Conchita Peraire del Molino
Diseño de cubierta: José María Miralles

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




epublibre
4
ANIVERSARIO
EDICIÓN CONMEMORATIVA

CAPÍTULO 1
CRISTALES ROTOS

—Desde luego es un misterio, señor Jacobs —decía la voz de tío Titus Jones.

Pete Crenshaw alzó la cabeza para escuchar mejor. Estaba quitando las malas hierbas del parterre de flores delante de la oficina del «Patio Salvaje», la chatarrería de los Jones, un lunes del mes de julio. Las voces venían del interior del edificio.

—Para mí no —dijo una voz desconocida de hombre, presumiblemente del señor Jacobs—. Gamberrismo juvenil, eso es lo que es.

Pete escuchaba atentamente. ¡Un misterio!

—Una vez, incluso dos, podría haber sido un simple accidente —continuó el hombre con lógica—, ¿pero cuatro? Cuatro veces ha venido Paul de la casa de su amigo con el cristal de la ventanilla de la camioneta roto. Él dice que aparca, entra en la casa y que, cuando sale, ¡la ventanilla ya está rota!

—Es la verdad, papá —insistió una voz joven.

—Vamos, vamos, Paul —el hombre rió sin ganas—. Yo también he sido joven, ¿recuerdas? Supongo que alguno de tus amigos cierra la portezuela con demasiada fuerza o le da por hacer el payaso y rompe el cristal. Estoy convencido de que encubres a algún amigo, pero esto ya es demasiado.

—¡Papá! Te aseguro que no sé cómo se rompen los cristales.

—Está bien, Paul —dijo el señor Jacobs con calma—. Como ya te dije el miércoles, hasta que me digas lo que ha ocurrido realmente, no volveré a dejarte conducir la camioneta.

—Tengo que cargar y repartir la mercancía del almacén —

protestó el muchacho, en un intento desesperado.

—Puedes seguir cargando y descargando, y ayudar en el almacén, pero yo conduciré la camioneta hasta que tú recobres la memoria.

Si el muchacho, Paul, tuvo algo que responder, lo hizo en voz tan baja que Pete no pudo oírle. Momentos después, Pete oyó abrir la puerta principal de la oficina. Corrió a dar la vuelta al pequeño edificio y vio salir a un hombre alto con expresión seria y decidida. Tras él iba un muchacho casi tan alto, pero muy delgado. Tenía la piel clara, cabellos oscuros, nariz respingona y ojos castaños y tristes. El hombre montó en una camioneta color gris en cuyo costado se leía:

JACOBS, MUEBLES DE SEGUNDA MANO
ROCKY BEACH, CALIFORNIA COMPRA-VENTA — TRANSPORTE GRATIS

—Lo siento, Paul —decía el señor Jacobs—, pero tienes que escoger entre tu responsabilidad hacia mí o la lealtad hacia tus amigos. Ahora sube y te llevaré a casa. No te necesito más por hoy, ahora que ya hemos entregado las sillas al señor Jones.

—Prefiero ir andando —repuso Paul de mal talante.

—Como quieras —contestó el señor Jacobs. Miró a su hijo y, con un suspiro lleno de tristeza, se marchó del patio. Paul Jacobs quedó solo arrastrando sus zapatos por el polvo, mientras contemplaba como los ayudantes de la chatarrería, Hans y Konrad, almacenaban las sillas recién llegadas.

—¡Paul! —gritó Pete desde la esquina del despacho. El muchacho se volvió sobresaltado—. ¡Aquí!

Paul vio a Pete y echó a andar hacia él. Los dos muchachos se conocían de la escuela, pero no mucho. Paul era varios años mayor que Pete y sus amigos.

—¿Eres Pete Crenshaw, verdad? —le dijo el joven de nariz respingona. Pete asintió.

—Siento que tu padre se haya enfadado contigo —le dijo con simpatía.

Paul suspiró con pesar.

—Y ahora que por fin había conseguido el permiso de conducir.

—Caramba, es terrible. —Pete Imaginó cómo se sentiría él si hubiera conseguido su licencia y no tuviera coche que conducir—.

¡Pero tal vez nosotros podamos ayudarte!

—¿Cómo? —dijo Paul sin animarse—. ¿Y quiénes sois vosotros?

Pete sacó una tarjeta comercial del bolsillo de su camisa. Paul la leyó con el ceño fruncido:

LOS TRES INVESTIGADORES

"Investigamos Todo"

? ? ?

Primer Investigador	Júpiter Jones
Segundo Investigador	Pete Crenshaw
Tercer Investigador	Bob Andrews

Paul Jacobs asintió y una lucecita de esperanza brilló en sus ojos.

—Sí, recuerdo haber oído hablar de vosotros. Tal vez si podáis ayudarme.

—¡Vamos! —exclamó Pete.

El Segundo Investigador se olvidó de su trabajo de arrancar hierbas, y llevó a Paul Jacobs hasta el otro lado del «Patio Salvaje» donde sus compañeros detectives, Jupiter Jones y Bob Andrews, clavaban las tablas sueltas de la alta cerca. Jupiter se lamentaba de tener que trabajar con tanto calor. Se detenía para descansar y enjugarse el sudor de la cara, después de cada martillazo dado con su mano regordeta. A su lado, Bob sonreía satisfecho mientras rápidamente iba clavando clavo tras clavo.

—No hay cosa que aborrezca más que un trabajo físico —decía Jupiter.

—¡Jupe! ¡Bob! —exclamó Pete corriendo hacia sus amigos seguido de Paul Jacobs—. ¡Tenemos un nuevo caso!

A Jupiter se le iluminaron los ojos.

—¡Ajá, entonces no hay que perder ni un minuto! —exclamó con

su mejor imitación del acento inglés de Sherlock Holmes—. ¡A la caza, muchachos!

Y al instante dejó caer el odiado martillo y giró en redondo. Casi tropieza con tía Matilda Jones que acababa de llegar.

—Eso quisieras tú, ir de caza, pillastre —le dijo—, ¡pero la cerca te espera! Y en cuanto a ti, Peter Crenshaw, no te he dado las herramientas de jardinería para que las dejes derritiéndose al sol. ¡Volved al trabajo! Ninguno de vosotros ha trabajado todavía ni una hora entera, pillos…

—Pe-pero… —tartamudeó Pete—. Paul tiene…

—¿Otro más, eh? —exclamó la tía de Jupiter—. Bien, tengo otro trabajo. ¿Te llamas Paul, jovencito?

—Sí, señora —dijo el asombrado muchacho.

—Bien, Paul, tú puedes…

En aquel momento, tío Titus salió del despacho y atravesó el patio.

—¡A comer! —gritó—. ¡Cada uno que se prepare su bocadillo!

—¡Comida! —exclamó Jupiter—. Por eso trabajábamos tan despacio, tía Matilda. Estamos desfallecidos.

—Muertos de hambre —gimió Pete doblando las piernas.

—Debiluchos —susurró Bob y apoyándose contra una nevera vieja se fue deslizando hasta el suelo.

—Sólo espero tener fuerzas suficientes para llegar hasta la casa —dijo Jupiter agarrándose a la cerca para no caer.

Con los brazos en jarras, tía Matilda contempló con aire severo la comedia mientras Paul Jacobs sonreía. Ella les miró un buen rato, y al fin se echó a reír.

—Muy bien, id a comer. Pero no creáis que os vais a librar. ¡Después de comer, a trabajar otra vez!

En la casa, al otro lado de la calle, los muchachos se prepararon bocadillos de jamón y queso, y luego fueron a comérselos al taller exterior del Patio Salvaje. Allí, entre bocado y bocado, Pete les expuso el misterio de Paul.

—¿No tienes idea de quién rompió los cristales? —preguntó Jupiter.

Paul meneó la cabeza.

—Ni siquiera sé cómo llegaron a romperse. Una vez estaba en el porche de la casa de mi amigo e incluso oí el ruido, pero no vi ni un

alma cerca de la camioneta.

Paul miró a los Tres Investigadores.

—¡Sé que parece increíble, pero el cristal de la ventanilla se rompió solo!

CAPÍTULO 2
UNA FUERZA INVISIBLE

—Es posible —declamó Jupiter— que el cristal se deteriore por fragmentación espontánea, pero es altamente improbable que esto se dé cuatro veces secuencialmente y en el mismo vehículo.

Paul Jacobs miraba al Primer Investigador con asombro.

—Lo que Jupe quiere decir —dijo Pete con una sonrisa—, es que un cristal puede romperse como cualquier otra cosa, pero no cuatro veces seguidas y en el mismo coche.

—Gracias —dijo Paul—. ¿Siempre habla así?

—Ya te acostumbrarás —Bob rió—. En el fondo es un genio corriente y sencillo.

—Si vosotros tres habéis terminado de hacer el payaso —dijo su jefe con frialdad—, tal vez podamos continuar con el caso. Sugiero que Paul nos lo cuente desde el principio.

—Quiere decir —se burló Pete— que empieces por lo primero, Paul.

El muchacho sonrió y se dispuso a comenzar su historia. Al parecer tenía un amigo que vivía en el número 142 de la calle Valery en una zona residencial de la ciudad. Paul iba a menudo a casa de su amigo después de cenar conduciendo la camioneta de su padre. Siempre aparcaba en el mismo lado de la calle delante de la casa. Cuatro veces en menos de dos meses el cristal de la ventanilla del conductor estaba roto al salir de casa de su amigo. Paul no tenía la menor idea de quién era el responsable del daño, pero sí sabía que no era ninguno de sus compañeros… pensara lo que pensase su padre.

—¿Siempre es la misma noche de la semana? —preguntó Bob.

Paul reflexionó unos instantes.

—No creo, pero la verdad es que no me acuerdo. La última vez fue el miércoles pasado.

Jupiter estaba pensativo.

—¿Y se rompen los cristales de otros coches al mismo tiempo?

—No que yo sepa —replicó Paul—. Quiero decir que nunca lo he visto ni he oído que se rompieran otras ventanillas en aquella manzana… pero tampoco lo he preguntado.

—Jupe —dijo Pete despacio—, ¿por qué es importante que se hayan roto otros cristales?

—Si sólo son los de Paul —explicó Jupe—, entonces es que le ocurre algo raro a su camioneta, o alguien quiere perjudicarle a él únicamente. Pero si se rompen otros cristales, entonces el fenómeno no se limita a un solo vehículo. ¿Por qué, Segundo?

—Pues a mi padre se le rompió el cristal de una ventanilla de su coche la semana pasada por la noche y ¡tampoco sabe cómo ocurrió! —dijo Pete.

Pete continuó explicando que el automóvil de su padre se hallaba aparcado en la calle delante de su casa y que la ventanilla del lado del conductor apareció con el cristal roto. Su padre no pudo ver a nadie por allí y al parecer nada había dado contra el cristal.

—Mi padre dice que debieron ser unos gamberros. Ya sabéis: esos que van por ahí rompiendo cristales para divertirse.

—Los adultos lo achacan todo a la juventud —suspiró Jupiter y luego su voz adoptó un tono de mayor interés—. La información aportada por Pete nos sugiere que lo que está ocurriendo abarca mucho más que únicamente la camioneta de Paul. Lo que debemos hacer…

El rostro redondo de Jupiter de pronto se puso blanco como el papel.

—¡De prisa, camaradas! —exclamó—. ¡No hay que perder un segundo!

Los otros tres miraron extrañados a su rechoncho jefe. Luego todos lo oyeron… era la voz de tía Matilda gritando a lo lejos:

—¡Es hora de trabajar, pillastres! Sé que todavía estáis en el patio. ¡Salid ya, bribones!

—Paul es demasiado grande para el túnel dos —dijo Jupiter—.

¡Será más fácil por el tres, de prisa! ¡Corred!

Los cuatro muchachos salieron corriendo del taller y pasaron por delante del enorme montón de chatarra que estaba al lado. Se detuvieron ante una gran puerta de roble todavía con su marco, que estaba apoyada contra un montón de bloques de granito. Pete rebuscó en una caja entre la chatarra y sacó una llave grande y oxidada que abría aquella puerta. Detrás de ella había una gran caldera de hierro. Los cuatro niños pasaron a través de ella y llegaron ante una puerta lateral en una estructura metálica.

Pete la abrió y entraron en una habitación muy cómoda amueblada como oficina.

—¡Uau! —Paul miraba a su alrededor lleno de asombro—. ¿Dónde estamos, amigos?

—En nuestro puesto de mando —explicó Pete con orgullo—. Es un viejo remolque que el tío de Jupe compró hace años. Nosotros amontonamos la chatarra a su alrededor hasta ocultarlo por completo, y todos lo han olvidado. ¡Ni siquiera tía Matilda lo ha descubierto nunca!

—Es estupendo —dijo Paul entusiasmado. Miró con admiración la mesa-escritorio, el archivador, el teléfono con su altavoz y contestador automático, la radio, el interfono y los transceptores portátiles.

—Nos presta un gran servicio —convino Jupiter—. Y ahora, como os estaba diciendo, cuando nos ha interrumpido tía Matilda, lo que tenemos que hacer es imaginar qué podría romper una ventana sin que se vea, ¡y sin dejar el menor rastro!

—¡Ondas ultrasonoras! —exclamó Bob—. El sonido puede romper el cristal.

—¡Cierto! —replicó Pete—. Como una cantante de ópera.

—O el estampido de un reactor cuando atraviesa la barrera del sonido —añadió Paul—. El estampido puede partir un cristal.

—¿Recuerdas haber oído volar algún avión por encima de la casa de tu amigo antes de que se partiera el cristal? —Preguntó Jupiter a Paul.

El joven meneó la cabeza.

—No. No pasaba ningún *jet*.

—¿Hay alguna fábrica, estación de radio o de televisión cerca de la casa de tu amigo? —dijo Jupiter—. ¿Alguna maquinaria que

pudiera emitir ondas ultrasonoras por accidente?

—No —fue la respuesta de Paul—. Alrededor sólo hay casas.

Pete dijo:

—¿Y un terremoto?

—¿Notaste algo? —le preguntó Bob a Paul.

—No —respondió el muchacho mayor—, pero tal vez pudo haber uno ligero. Yo recuerdo muchos terremotos que no los sentí siquiera y, sin embargo, hicieron caer los objetos de los estantes.

Jupiter meneó la cabeza.

—Los cristales de los coches son muy fuertes.

—¿Y el viento? —sugirió Bob—. ¿Un tornado? He leído que hubo pequeños remolinos por esta zona.

—Paul hubiera visto volar las cosas —indicó Jupiter.

—Pue-puede —tartamudeó Pete— que fuera un rayo. ¿Un rayo mortífero?

—Como en la Guerra de las Galaxias —dijo Paul—. ¡Un rayo de calor o la fuerza de un rayo!

—De otro planeta —añadió Bob.

—¡Una nave espacial!

—¡Un alienígeno invisible!

—O… ¡un fantasma!

—¡O un espíritu burlón!

Jupiter alzó su mano para acallar el alboroto.

—¡Parad el carro! Puede haber una fuerza invisible en funciones, pero lo más probable es que exista una explicación simple y evidente que no se nos ha ocurrido. El problema es que no sabemos bastante. Sugiero dos planes de acción inmediata para averiguar todo lo posible respecto a esos cristales rotos.

—¿Cuáles son, Jupiter? —le preguntó Paul con ansiedad.

—Primero, reconstruiremos el escenario del crimen aparcando en la calle y observando si alguien viene a romper nuestras ventanillas. Luego…

—Pero —le interrumpió Paul— mi padre no volverá a dejarme la camioneta.

Jupiter sonrió.

—Creo que podremos conseguir algo mucho mejor que tu camioneta como cebo.

—¿Y cuál es el segundo plan de acción, Primero? —Quiso saber

Bob.

—Organizaremos ¡una Cadena Fantasma!

Paul tragó saliva.

—¿Una qué?

—Una Cadena Fantasma —explicó Pete—. Es un sistema inventado por Jupiter para que un montón de chicos vigilen o busquen algo. Cada uno de nosotros llama a cinco amigos y les pide que hagan lo que nosotros queremos, y entonces cada uno de ellos llama a su vez a cinco amigos más, etc., etc.

—Ya entiendo —repuso Paul—. Si cada uno de nosotros tiene cinco amigos y esos cinco amigos tienen otros cinco, y todos esos tienen otros cinco… ¡Uau!, serían quinientos chicos. ¡Podríamos cubrir todo Los Ángeles con un plan así!

—Exacto —dijo Jupiter—. Pero limitémonos a cubrir Rocky Beach. Emplearemos la cadena para averiguar si a otros coches de la ciudad se les rompieron los cristales durante estos últimos dos meses, y cuándo y dónde.

—¿Cuál haremos primero? —preguntó Pete.

—Podemos hacer los dos al mismo tiempo —replicó Jupiter—. Comenzaremos la cadena y nuestro contestador automático puede recoger todos los informes que nos lleguen por teléfono. ¡Entretanto, nosotros podemos intentar atraer al criminal!

—Y atrapar al que rompe los cristales de los automóviles —dijo Bob.

—O lo que sea —añadió Jupiter—. ¡Después de todo podría tratarse de alguna fuerza invisible y desconocida!

CAPÍTULO 3
EL ESCENARIO DEL CRIMEN

Era casi de noche cuando Pete iba en su bicicleta a toda velocidad hacia el Patio Salvaje. El último pedazo de pastel de nueces, causa de su retraso, le pesaba en el estómago. Al aproximarse al patio vio algo magnífico delante de la verja: el «Rolls-Royce» dorado que los Tres Investigadores utilizaban para sus pesquisas. Paul Jacobs contemplaba con asombro el gran automóvil negro y dorado.

—¿Qué diantre es eso? —le preguntó a Pete cuando llegó.

—Un «Rolls-Royce» antiguo —replicó Pete sin darle importancia, y a continuación le explicó que Jupiter había ganado un premio en un concurso, consistente en poderlo utilizar durante treinta días, cuando formaron el equipo de Los Tres Investigadores. Más tarde un cliente agradecido dispuso que los muchachos pudieran utilizar el coche siempre que quisieran, amén del chófer de la agencia de automóviles de alquiler, un inglés llamado Worthington. En el preciso momento en que Pete terminaba su historia, Jupiter y Bob salieron apresuradamente por la puerta de la verja.

—Llegáis tarde —les dijo Jupiter—. Archivos y yo hemos tenido que organizar la Cadena Fantasma.

—Mi padre me obliga a ir a pie —explicó Paul—. Lo siento, chicos.

—¿Y tú, Segundo? —los ojos de Jupiter brillaron—. Supongo que la culpa es de un pedazo muy grande de pastel.

Pete se extrañó:

—¿Cómo lo sabes?

—Lógica pura —dijo Jupiter dándose importancia—. Simple razonamiento.

Bob se echó a reír.

—Fuimos a tu casa y tu madre nos contó lo del pastel. Jupe está celoso.

—Sólo las mentes pequeñitas tienen celos —dijo su jefe con altivez—. De todas formas, la señora Crenshaw dijo que me guardaría un buen pedazo de pastel.

Mientras todos reían, se abrió la puerta delantera del «Rolls-Royce» y se apeó un hombre corpulento de cara bonachona. Vestía uniforme de chófer completo con gorra, que ahora sostenía en la mano.

—Buenas tardes, Master Jones —le dijo muy serio.

—Buenas tardes, Worthington —replicó Jupiter—. Tenemos un invitado para la misión de esta noche: Paul Jacobs.

Worthington se inclinó ante el joven.

—Master Jacobs.

—Esta noche tenemos prisa, Worthington —exclamó Jupiter—. Tenemos que llegar al número 142 de la calle Valery exactamente a las nueve en punto.

—Eso no representa ningún problema —respondió el chófer—, si todos se acomodan en el vehículo ahora mismo.

Mientras iban de camino, Jupiter expuso rápidamente su plan. Irían hasta la esquina de la calle Valery donde se apearían Bob, Pete y él. Worthington y Paul doblarían la esquina para aparcar donde Paul lo hacía siempre. Paul debía apearse del «Rolls» y anunciar en voz alta a Worthington que podía irse un rato ya que pensaba permanecer en casa de su amigo cerca de una hora. Entonces Worthington se alejaría como si fuese a tomar café, en tanto que Paul se dirigiría a casa de su amigo. Pero en vez de entrar, se ocultaría para vigilar el «Rolls-Royce» desde la acera. Los Tres Investigadores se habrían escondido ya al otro lado de la calle.

—Temo que el «Rolls-Royce» pueda sufrir algún pequeño desperfecto, Worthington —dijo Jupiter intranquilo.

—¿Tenemos un caso, Master Jones?

—Sí, lo tenemos.

—Entonces será en cumplimiento del deber —respondió el chófer tranquilamente—. ¿Y qué clase de daño podría ser, si me permite la pregunta?

—Posiblemente la rotura de un cristal.

Worthington suspiró.

—Muy bien, señor.

—O —añadió Jupiter—, quizás alguna abolladura.

Los ojos de Worthington se pasearon con amor por el resplandeciente capó negro y dorado del coche, y pareció estremecerse.

—Bueno —se apresuró a decir Jupiter—, puede que no sea más que el cristal de una ventanilla.

Habían llegado ya a la esquina de la calle Valery. Worthington detuvo el automóvil silenciosamente, y el plan de Jupe entró en acción. Pocos minutos después, el «Rolls-Royce» se hallaba aparcado delante del 142 de la calle Valery y los Tres Investigadores agazapados detrás de un grupo de arbustos exactamente al otro lado de la calle. Había amplias zonas sombreadas en la manzana, gracias a los numerosos árboles y arbustos de los jardines delanteros de las casas, que daban a la calle un aspecto recoleto y misterioso.

Los Investigadores observaron cómo Paul Jacobs y Worthington intercambiaban las frases previstas. Al fin Paul subió por el caminito de la gran casa estucada de su amigo y desapareció entre las sombras del porche. Worthington se alejó calle abajo silbando una alegre marcha inglesa, y luego la calle quedó silenciosa. Los Investigadores aguardaron en la oscuridad.

Fue Pete el primero que vio a la mujer.

—Mirad, chicos —susurró.

Una mujer alta vestida con pantalón largo y camisa de hombre paseaba un gran danés en la cálida noche de verano. No iba por la acera, sino por el centro de la calzada y llevaba un bastón negro brillante con un pesado puño de plata. El gigantesco can la arrastraba mientras olfateaba todos los árboles de la acera. De repente, la mujer se detuvo. Había visto el espectacular «Rolls-Royce». Lo miró con admiración hasta que el gran danés tiró de ella y casi la hace caer encima del coche.

La mujer alzó el bastón con puño de plata precisamente delante de la ventanilla del conductor del gran automóvil. Y lo blandió enérgicamente.

—¡Quieto, Hamlet! —ordenó.

El perro se agachó con la lengua fuera y todos sus músculos

temblando. La mujer continuó blandiendo el pesado bastón mientras se iba acercando peligrosamente a la ventanilla del «Rolls-Royce».

—Vaya una manera de enseñar a un perro —susurró Pete—. Sólo conseguirá que le tenga miedo.

—¿Podría haber roto las ventanillas con ese bastón? —se preguntó Bob—. Quiero decir, por accidente.

Jupiter meneó la cabeza.

—Paul la hubiera visto.

Al fin la mujer bajó el bastón amenazador y el perro, contento, la fue arrastrando calle abajo. Apenas habían doblado la esquina al final de la calle, cuando aparecieron dos muchachos vistiendo el uniforme de la Liga Infantil jugando con una pelota y guantes de béisbol. Uno iba por la acera y otro por la calzada. Se lanzaban la pelota por encima de los coches aparcados y corrían a alcanzarla en la oscuridad. La mitad de las veces no lo conseguían y tenían que buscarla entre los vehículos.

Bob susurró.

—¿Jupe? ¿No pudieron ser éstos?

—No —susurró el robusto jefe—. Incluso de noche, Paul los hubiera visto.

—De todas formas —musitó Pete—, esos dos podrían muy bien romper un cristal por accidente.

Observaron cómo los niños iban jugando por toda la calle hasta alejarse por la siguiente. La manzana volvió a quedar en silencio. Era ya bastante tarde. Las ventanas de la mayoría de casas estaban a oscuras. Transcurrió una hora sin el menor movimiento en la calle. Luego un hombre alto montado en una bicicleta de carreras con un cambio de marcha espectacular dobló la esquina al final de la calle.

Los muchachos se pusieron alerta. El único faro de la bici proyectaba su haz de luz hacia adelante como la antena de un insecto. El ciclista iba vestido con una camiseta amarilla y pantalón negro brillante que le llegaba justo debajo de sus rodillas. Llevaba calcetines largos, amarillos y zapatillas ajustadas sujetas a los pedales. Con su macuto a la espalda, casco, gafas de corredor y auriculares conectados a una radio o cassette que llevaba en la mochila, parecía un ser de otro planeta.

—Parece escapado de Star Trek —rió Pete por lo bajo.

El ciclista pedaleaba lentamente por la manzana. Al ver el «Rolls-Royce» casi se paró, y luego comenzó a describir círculos al lado del reluciente coche negro y dorado. Los muchachos contuvieron la respiración mientras el ciclista daba vueltas contemplando el automóvil antiguo. Unos segundos después enderezó su bici y desapareció en la oscuridad de la calle siguiente.

—Canastos —susurró Pete—. Por un momento pensé…

—Parecía que iba a hacer algo —gimió Bob.

Jupiter detrás de los arbustos contempló la oscuridad con el ceño fruncido.

—Estamos demasiado ansiosos y saltamos por cualquier cosa. Hemos de tener paciencia.

Los muchachos estiraron sus entumecidos músculos y continuó la espera. Jupiter estaba nervioso. Paul no tardaría en salir de casa de su amigo.

Un rápido movimiento captó la atención de Jupe. Alguien caminaba entre las sombras al final de la calle. Entre los árboles. Cerca de los coches aparcados. Yendo y viniendo rápidamente de los árboles a la calzada, y de la calzada a la acera.

Un hombre menudo que se movía furtivamente llevando algo al hombro.

—¿Qué es lo que lleva? —siseó Pete.

El hombrecillo continuó avanzando por la calle, entre los árboles y los coches; miraba a su alrededor como si tuviera miedo hasta de las sombras. Luego salió a la calzada con algo largo y grueso.

—¡Es un palo de béisbol! —exclamó Bob casi en voz alta.

Como en trance, los muchachos observaron cómo el hombre se dirigía entre los coches hacia el rutilante «Rolls-Royce». Todos se lo imaginaron blandiendo el pesado palo contra las ventanillas del precioso automóvil. Y oían ya el estrépito de los cristales al romperse. Y supusieron que, desde el porche del 142, Paul oiría el ruido. Esperaban que ocurriera todo esto… pero el hombre pasó de largo apresuradamente como si alguien le persiguiera. Desapareció al final de la calle sin haber alzado su palo de béisbol contra nada.

Pete gimió decepcionado.

Igualmente decepcionados, los otros no pronunciaron palabra durante un largo rato mientras continuaban vigilando la calle

desierta y oscura. Nadie se acercó. Ni pasó ningún coche. Llegaron las once sin más incidentes.

—Paul siempre regresa a casa a las once —comentó Pete.

Jupiter se levantó.

—Para que las condiciones sean exactamente las mismas, también nosotros nos iremos ahora.

Y salió a la oscura calle al mismo tiempo que Paul Jacobs abandonaba la casa de su amigo y aparecía Worthington al final de la manzana. Cuando todos se reunieron al lado del «Rolls-Royce», Jupiter les miró contrariado.

—Quizá me haya equivocado —dijo el robusto jefe.

—¿Equivocado, Jupe? ¿En qué?

—Yo supuse que, como al padre de Pete también se le había roto una ventanilla, el culpable no iba solo tras la camioneta de Paul —explicó el Primer Investigador—. Pero el cristal roto del señor Crenshaw bien puede ser una coincidencia. Tal vez la camioneta de Jacobs sea el único blanco real.

—De ser eso cierto, nuestro cebo en el escenario del crimen con el «Rolls-Royce» no funcionará —comprendió Pete—. Tenemos que utilizar la camioneta.

—¿Jupe? —dijo Bob despacio—. En ese caso la Cadena Fantasma tampoco funcionará. No habrá más ventanillas rotas.

—Es cierto, Archivos —convino Jupiter con desaliento—. Bien, es demasiado tarde para ir al puesto de mando esta noche. ¡Tendremos que esperar a mañana para saber si la Cadena Fantasma ha funcionado!

CAPÍTULO 4
¡ALARMA!

Haciendo cábalas sobre este nuevo y extraño misterio, Bob permaneció inquieto toda la noche y por la mañana se durmió. Tuvo que bajar corriendo al oír la voz airada de su padre.

—¡Ya no se puede estar tranquilo en la calle!

—Estoy segura de que ha sido un accidente, querido —decía la señora Andrews—. Hay muchas cosas que pueden romper el cristal de un automóvil por casualidad.

—Bien, de ahora en adelante el coche estará siempre en el garaje.

Bob casi bajó rodando los últimos escalones antes de llegar a la cocina donde sus padres estaban acabando de desayunar.

—¡Papá! ¿Se ha roto el cristal de la ventanilla del coche?

—Me temo que sí, hijo.

—¿El de la ventanilla del conductor?

—Sí —repuso el señor Andrews mirando a Bob con el entrecejo fruncido—. ¿Cómo lo…?

—¿Y no sabes cómo se rompió? —exclamó Bob excitado—. ¿No encontraste nada que hubiera podido romperlo?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el señor Andrews con recelo.

Bob contó a su padre lo del misterio de Paul, que al señor Crenshaw también se le había roto un cristal del coche, y que ellos habían estado de vigilancia la noche anterior.

—¿Y estás seguro de que ese Paul Jacobs no vio nada al oír el ruido del cristal al romperse? —insistió el señor Andrews.

—Nada en absoluto, papá.

—¡Tuvieron que ser unos gamberros!

—Entonces serían gamberros invisibles, papá. Fantasmas.

—¡Eso es ridículo, Bob! Tú sabes…

—Estoy segura de que existe una explicación bien sencilla —intervino la señora Andrews—. Jupiter y los muchachos la descubrirán. Ahora terminad de desayunar los dos.

Bob devoró los huevos ansioso de llegar cuanto antes al «Patio Salvaje» y decir a los otros que, por lo menos, hubo otra ventanilla rota la noche anterior. Terminó bebiéndose la leche y se levantó de un salto.

—¿Te has hecho la cama, jovencito? —le preguntó su madre.

—¡Sí, mamá!

Pedaleó lo más deprisa que pudo hasta el Patio Salvaje, pero, en vez de entrar por la puerta principal de la verja, continuó a lo largo de la cerca. Artistas de Rocky Beach habían pintado en las tablas, árboles, flores, lagos, cisnes e incluso la escena de un naufragio. Bob se detuvo allí, empujó el ojo de un pez pintado que se asomaba a ver cómo se hundía el barco, y las dos tablas verdes cedieron. Ésta era la puerta verde número uno que daba al taller de Jupe. No había nadie allí, pero sí estaba la bicicleta de Pete. Rápidamente Bob gateó por el túnel dos… un tramo de tubería que iba por debajo del montón de chatarra hasta el puesto de mando de los investigadores… y levantó la puerta de la trampa del suelo del remolque.

—¡Eh, chicos! Anoche a mi padre…

Bob se detuvo. Nadie le escuchaba. En realidad nadie se había dado cuenta de su llegada. En la oficina reinaba una frenética actividad, como en la NASA en día de lanzamiento. Jupiter, Pete y Paul Jacobs se hallaban de pie ante un mapa gigante de Rocky Beach sujeto con chinchetas a la pared, e iban clavando más en el mapa mientras una voz grabada en el contestador automático se oía como música de fondo:

> *«… El señor Wallace encontró rota la ventanilla del conductor delante del número 27 de Cota Este el miércoles pasado».*

Paul puso una chincheta en el mapa y otra voz distinta anunció:

«Joe Eller encontró roto el cristal de su coche hace un par de semanas cerca del 45 de Roble Oeste. El de la ventanilla delantera izquierda».

Pete clavó otra chincheta en el mapa. A continuación se oyó una voz de niña.

«A la señora Janowsky del 1689 de La Viña le rompieron el cristal de la ventanilla del lado del conductor el lunes por la noche».

Jupiter puso una chincheta en el lugar indicado. Bob dio unas palmadas en el hombro de Jupiter.

—¡La Cadena Fantasma funciona! —exclamó.

Jupe se volvió con una sonrisa de triunfo.

—El contestador automático está lleno de informes que han ido llegando desde anoche hasta esta mañana temprano, y continúan las llamadas telefónicas. ¡Las ventanillas de los automóviles de Rocky Beach se han estado rompiendo durante los dos últimos meses!

—Y siempre es la ventanilla correspondiente al lado del conductor y de un coche que está aparcado en la calle —exclamó Pete—, ¡y nadie ha visto quién… o qué… las rompe!

—Tenemos casi cien chinchetas en el mapa —dijo Paul.

—Ciento una —replicó Bob y les contó lo del automóvil de su padre.

—Señálalo en el mapa —le dijo Pete.

Bob cogió un puñado de chinchetas, pinchó una en el lugar correspondiente a su propia casa y luego se unió a los demás y escuchó los mensajes de la Cadena Fantasma. Al fin terminaron los grabados en la máquina, pero el teléfono no cesó de sonar con nuevas ventanillas rotas. Jupe las iba grabando para el archivo en tanto los otros las escuchaban por el altavoz:

… la del lado del conductor del coche del señor Andrews, en…

Bob dijo:

—Ese es Max Brownmiller que vive en la manzana de al lado. Debe haberse enterado de lo del coche de mi padre.

Los muchachos continuaron escuchando y clavando chinchetas en el mapa hasta que al fin el teléfono dejó de sonar. Pete contó las que habían colocado.

—¡Ciento veintisiete!



—La primera fue hace dos meses —observó Paul—. Antes de que rompieran la mía por primera vez.

—Así que Jupe tenía razón —dijo Bob—. El destrozacristales no va sólo detrás del señor Jacobs o de Paul.

—Pero —dijo Jupiter despacio contemplando el mapa con las chinchetas plateadas casi en todas las calles del centro de la ciudad —, ¿cuál es el sistema operativo?

—¿Sistema operativo? —preguntó Paul extrañado.

—Sistema operativo —explicó Bob—. Cuando alguno se repite una y otra vez por lo general se encuentra alguna pauta que también se va repitiendo. Como por ejemplo, que las ventanillas rotas sean siempre de coches de la misma marca, porque alguien quiera perjudicar a cierto fabricante de automóviles.

—O —dijo Pete— que alguien odie a la gente que va a la playa porque arman demasiado ruido, y entonces todas las chinchetas estarían en la zona de la costa.

—O si los cristales se rompieran por alguna causa natural —añadió Jupiter—, entonces todas las chinchetas estarían cerca de esa causa natural. Pero están por todas partes.

—Por todas no, Jupiter —intervino Paul—. Únicamente en el centro de la ciudad. No hemos puesto ninguna por la zona del Patio Salvaje, ni en la playa, ni en las montañas.

Los otros asintieron. Bob frunció el ceño.

—¿Jupe? —dijo—. Hay algo muy peculiar.

—¿Qué es, Archivos?

—Pues bien —dijo Bob contemplando el mapa—, según los informes, anoche se rompieron ventanillas por toda la calle Valery, ¿por qué no se rompió ninguna en la que estábamos nosotros?

Jupiter asintió.

—Ya me he dado cuenta, pero de momento no se me ocurre ninguna explicación. Debe existir un motivo, y estoy convencido de que se esconde en esas chinchetas del mapa. Creo que deberíamos escuchar otra vez la grabadora y…

Un repentino impacto metálico hizo vibrar todo el remolque. Sonó como si algo duro hubiese dado contra algún objeto de metal del montón de chatarra que rodeaba el puesto de mando. Se repitió acompañado esta vez de un ligero ruido de cacharros rotos.

—¡Hay alguien ahí afuera! —exclamó Pete.

Los ruidos se repitieron.

—Tal vez sea tía Matilda o tío Titus, Jupe —dijo Bob—. Voy a mirar por el periscopio.

Corrió hasta un rincón donde un tubo corriente de estufa subía y atravesaba el techo del remolque. El tubo terminaba en un codo y tenía dos tubos pequeños incorporados a modo de asideros. Se parecía mucho al extremo de un periscopio, y eso era exactamente lo que era… un periscopio casero de tubo y espejos que Jupiter había construido para que los investigadores pudieran ver el exterior desde dentro del remolque. Bob atisbo por la mirilla haciendo girar el aparato en todos sentidos.

—Veo a tía Matilda y tío Titus en la puerta de la verja —informó —. Hans y Konrad están descargando el camión. Algunos clientes curiosean al otro extremo del patio. Por aquí cerca no hay nadie.

Los ruidos metálicos sonaron una vez más, ahora mucho más cerca, como si alguien se arrastrase por el montón de chatarra alrededor del remolque.

—¡Tiene que ser un intruso! —declaró Pete.

—¡Está por debajo de mi campo visual! —se lamentó Bob.

—De prisa, chicos —les apremió Jupiter—. Bob, tú sal por el túnel dos. Pete puedes utilizar la puerta cuatro. Yo iré por el tres. Trataremos de rodear a quien sea. Tú quédate aquí, Paul. No abras la puerta a menos que oigas nuestro código secreto: tres golpes, luego uno, luego dos.

Paul asintió con la cabeza mientras los tres jóvenes detectives salían en busca del intruso misterioso.

CAPÍTULO 5
PELIGRO EN LA CHATARRERÍA

A la salida del Túnel Dos, Bob se asomó con cautela.

¡Una figura vestida de negro, se hallaba acurrucada en el rincón más alejado del taller exterior!

Al parecer el intruso estaba trabajando en algo encima del suelo. Bob se estiró para ver qué era. Su hombro pegó contra un costado de la tubería haciendo que la chatarra exterior cayera con estrépito.

La figura se volvió. ¡No tenía rostro!

Luego Bob vio el brillo de dos ojos penetrantes y comprendió que el resto de la cabeza y el rostro estaba cubierto por un pasamontañas negro. Sus ojos miraban directamente a Bob. ¡Le había descubierto!

—¿Quién es usted? ¿Y qué es lo que quiere? —gritó Bob saliendo a gatas de la tubería.

La sombra negra cogió lo que había estado manipulando y salió del taller. Bob se levantó de un salto y corrió hacia la entrada. ¡Vio la sombra voladora saltando como un gamo por encima de la chatarra en dirección al túnel tres! ¡Jupiter lo atraparía!

El intruso desapareció de su vista detrás de un montón de ladrillos viejos. Bob escuchó, pero transcurrió un minuto y nada oyó. ¿Dónde estaba Jupiter?

Al cabo de otro par de minutos Bob fue lentamente hasta el lugar donde había visto la figura por última vez. Pero no había nadie cerca del montón de ladrillos. Se echó al suelo y se arrastró hasta la esquina de un montón de trastos viejos y se asomó. Un movimiento rápido llamó su atención. Alguien escapaba sigilosamente por la puerta lateral de la cerca.

Bob aguardó conteniendo la respiración. Quienquiera que fuese no llevaba la cara cubierta. Un rayo de sol iluminó la figura. ¡Era Pete! Bob se puso en pie de un salto. Pete al verle le saludó con la mano en silencio, haciendo con la mano y el brazo las señales pertinentes para hacerle entender que no había visto ni oído nada. Bob alzó su dedo pulgar para indicarle que había visto al intruso.

¡Y en aquel preciso momento se oyó el estrépito producido al derrumbarse un montón de maderas justamente delante!

Bob agitó la mano con violencia para indicar a Pete que diera la vuelta y se encontraran en el lugar donde sonó el ruido. Pete, tras asentir, desapareció. Bob comenzó a avanzar con cuidado por encima del montón de muebles desechados y recogidos por tío Titus. Al fin llegó al montón de maderas que se habían desmoronado o habían sido arrojadas encima de una gran montaña de chatarra, casi tan grande como la que ocultaba su puesto de mando. Pete apareció por el otro lado del montón.

—¿Le has visto? —preguntó Pete sólo con el movimiento de los labios.

—No he visto a nadie —Pete meneó la cabeza.

—¡Socorro!

Los dos muchachos se quedaron helados. El grito provenía del interior del enorme montón.

—¡Socorro!

Pete exclamó:

—¡Es Jupe!

—De prisa —dijo Bob.

Corrieron entre las hileras de chatarra almacenada, abriéndose paso por las estrechas sendas.

—¡Socorro!

La llamada parecía venir de la izquierda.

—¡Socorro!

Ahora había sonado a la derecha.

Bob y Pete se detuvieron en la cima de la montaña de desperdicios y miraron a su alrededor. Era imposible moverse en línea recta. Frenéticamente se fueron abriendo camino a través de un laberinto de pasillos estrechos, bloqueados de pronto por montones de puertas viejas que se habían caído, bloques de cemento y aparatos antiguos.

—¡Socorro!
—¡Jupe! —gritó Pete—. ¡Si puedes oírnos sigue gritando!
—¡Para que podamos encontrarte! —gritó Bob a su vez.
—¡Socorro… Socorro… Socorro… Socorro…!
Las llamadas de auxilio del Primer investigador les guiaron por los retorcidos caminos de aquella jungla; tan pronto se oían cerca, luego lejos, hasta que al fin sonaron muy cerca.
—¡Ahí! —exclamó Bob.
Era una vieja cámara frigorífica de una carnicería. Habían colocado una gruesa barra que atravesaba el pesado aldabón para que la puerta no pudiera abrirse desde dentro. Los gritos apagados cesaron.
—¡De prisa! ¡Ahí dentro no hay mucho aire! —gritó Pete.
Quitaron la barra y abrieron la pesada puerta.
—¿Jupe? —gritó Bob.
El Primer Investigador estaba sentado con la espalda apoyada contra la pared posterior de la cámara frigorífica, rodeado de ganchos y estantes para colgar la carne. No se movía.
—¿Primero? —le dijo Pete preocupado—. ¿Estás bien?
El robusto investigador suspiró.
—El viejo truco de la puerta abierta —dijo con disgusto—. Y he caído como un vulgar aficionado.
—¿Quién era, Jupe? —preguntó Bob—. ¿Le viste?
—Todo lo que vi fue una sombra negra cuando salía del túnel tres. Me vio y echó a correr hacia aquí después de derribar ese montón de maderas. Corrí tras él, pero sólo logré verle de vez en cuando entre todos estos montones. Luego le vi entrar en esta cámara frigorífica. Por lo menos eso creí yo. Debió esconderse detrás de la puerta abierta porque cuando entré aquí y miré a mi alrededor él estaba detrás de mí. Me empujó y cerró la puerta. Tiré de la manecilla para poder salir, pero la puerta no se abrió.
—¡Podías haberte quedado sin aire! —exclamó Bob.
Jupiter volvió a suspirar.
—Esta vieja cámara está tan llena de agujeros que no hay peligro de eso. Archivos. Me engañó, chicos, y no tengo idea de quién es ni qué aspecto tiene.
—¡Tuangggggg! ¡Zas!
Otro fuerte estruendo resonó por el Patio Salvaje. Esta vez

parecía que había caído algo metálico. Los tres muchachos salieron corriendo de la cámara frigorífica.

—¡Todavía está en el patio! —gritó Pete.

—¡Tal vez le cueste más salir de aquí ahora, que entrar! —dijo Bob.

—Vamos, chicos —les apremió Jupiter.

Los Investigadores se abrieron camino lo más rápidamente posible. Una vez llegaron a un espacio más despejado, echaron a correr en dirección al último derrumbe. Había sonado junto a la cerca posterior. Los muchachos corrieron hasta allí sin ver la figura negra ni oír más ruido.

—¡Mirad! —gritó Pete—. ¡Ahí arriba!

Un alero de hojalata corría encima y a lo largo de toda la cerca para proteger la chatarra del sol y la lluvia. Enganchado en el borde del alero había algo parecido a un ancla de cuatro brazos, con una gruesa cuerda anudada en la anilla del vástago central.

—¿Qué es eso? —se preguntó Bob.

—Un arpón o garfio para trepar —replicó Jupe—. ¡Se lanza y se engancha en lo alto de una pared, cerca, o acantilado y ya puedes trepar por la cuerda!

Mientras los Investigadores contemplaban el arpón, la cuerda atada a él se aflojó ondeando como una serpiente. El garfio se desprendió del alero y fue arrastrado por encima de él hasta caer al exterior del patio:

—¡De prisa! —exclamó Jupiter—. ¡La Puerta Roja!

Mientras los muchachos corrían junto a la cerca para llegar a su salida secreta, oyeron el ronquido del motor de un automóvil en la calle. Bob se apresuró a alzar la aldaba, y tres tablas se abrieron dejando una abertura por la que los tres muchachos salieron a la calle a tiempo de ver un pequeño coche rojo que desaparecía doblando la esquina.

—Demasiado tarde —gimió Pete.

—¿Visteis quién era? ¿Y el número de la matrícula? —gritó Bob.

—Podría ser un MG —declaró Pete añadiendo a continuación—, pero no estoy seguro, y no vi el número de la matrícula.

—Ni yo tampoco —confesó Jupiter.

Permanecieron en la calle ahora desierta mirando hacia el lugar por donde había desaparecido el automóvil.

—¿Qué estaba haciendo aquí? —preguntó Bob.

—Seguro que quería entrar en el patio sin ser visto —dijo Pete —. Por eso utilizó el arpón y la cuerda.

—Volvamos con Paul —decidió Jupiter—, ruego veremos si podemos averiguar qué es lo que ese intruso andaba buscando.

Los Investigadores volvieron a entrar por su puerta secreta. En ella habían pintado un perro que contemplaba tristemente cómo ardía un edificio en un gran mural del incendio de San Francisco en 1906. Uno de los ojos del perro era un nudo de la madera. Jupiter lo sacó, metió la mano por él y descorrió el cerrojo para abrir las tres tablas de la Puerta Roja. Una vez dentro, los muchachos utilizaron la Puerta Cuatro y siguieron un estrecho pasillo entre la chatarra hasta llegar al panel deslizante de la parte de atrás de su oculto remolque. Jupiter golpeó: tres, uno, dos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Paul con ansiedad al abrir el panel.

Jupiter se lo contó y luego quiso saber:

—¿Te pareció conocer al intruso, Paul?

—No —repuso él—. ¿Qué estaba haciendo aquí?

—Eso es lo que hemos de averiguar —declaró Jupiter—. Salgamos y registremos la chatarra alrededor del remolque. Tal vez encontremos alguna pista de lo que ese intruso pretendía.

Jupiter abrió la marcha hacia su taller.

—Por los ruidos que oímos —dijo—, nuestro visitante debió trepar por sí solo, de manera que uno de nosotros registrará por ahí.

—Me parece que Bob es el más ligero —dijo Paul.

—¡Pues claro, chico! —rió Pete.

—Sé muy bien lo que pesa Archivos, Segundo —dijo Jupiter picado—. Bob trepará por la chatarra. Y el resto de nosotros…

—¡A… ja! —La voz resonó como un cañonazo—. ¡Os atrapé, tunantes!

Tía Matilda estaba en la entrada del taller con los brazos en jarras. No había medio de escapar sino era por el túnel dos y descubriendo su salida secreta.

—Pete Crenshaw: ayer dejaste las hierbas a medio arrancar. Y tú, Jupiter Jones, hay tablas desclavadas en la cerca todavía. Tú y Bob id a clavarlas. Vuestro nuevo amigo puede ayudar a Pete.

—Pe… pero… tenemos un caso importante —tartamudeó

Jupiter.

—¡Tonterías! ¡Si no trabajáis, no permitiré visitas durante todo el verano! Y lo digo en serio, jovencito.

Y dando media vuelta se marchó. Los cuatro muchachos la vieron desaparecer cariacontecidos en dirección a la oficina.

—Se acabó nuestro caso —gimió Pete.

—Ella puede ponernos las cosas muy difíciles —convino Bob.

Jupiter asintió.

—Sí, tendremos que acabar nuestras tareas. Pero que nadie diga que no somos capaces de combinar el trabajo de tía Matilda con el nuestro. De modo que dos de nosotros seguiremos arrancando hierbas y arreglando la cerca, mientras los otros dos vuelven a ocuparse de buscar pistas. Podemos intercambiar nuestras ocupaciones cada hora si os parece.

Todos estuvieron de acuerdo. A media tarde habían adelantado mucho el trabajo en la cerca y el parterre de flores, e incluso se las arreglaron para comer algo. Pero apenas encontraron indicios del paso del intruso.

—Desde luego estuvo encima de la montaña de chatarra —informó Bob—. Algunos de los objetos que ocultan nuestra línea telefónica han sido apartados. Yo los he vuelto a poner en su sitio, pero estoy seguro de que los han movido.

Fue a última hora de la tarde cuando Paul descubrió un disco diminuto color plata, menos de la mitad de tamaño y grosor que una moneda de diez centavos.

—Estaba en el taller cerca de tu interfono —explicó Paul—. No lo hubiera visto de no ser porque ha brillado al sol.

—Es una pila para aparatos electrónicos miniatura —exclamó Jupiter—. ¿Había algo más donde lo encontraste? ¿Algún micrófono espía o transmisores?

—Sólo esto —dijo Paul extendiendo la mano. En ella habían varios pequeños fragmentos de plástico y algunos trozos de cable.

—Parece que alguien lo pisó, fuera lo que fuese —dijo Bob.

Jupe estudió las piezas y luego declaró:

—Yo creo que era un micrófono espía.

—¿Quieres decir que alguien nos ha estado espiando? ¿Escuchando lo que hablábamos? —exclamó Pete.

—Exacto —replicó Jupe—. Busquemos un emisor… una caja de

plástico o algo parecido a un micrófono miniatura, o algún aparato electrónico.

Pero a la hora de cenar los muchachos no habían encontrado nada más. Tía Matilda supervisó su trabajo y le advirtió a Jupiter que sería mejor que lo terminase al día siguiente. Desanimados, los muchachos se reunieron en el taller.

—La Cadena Fantasma —dijo Jupiter— ha demostrado que se han roto los cristales de los coches por toda la ciudad… demasiados para ser una mera coincidencia. Debe haber alguna razón para romperlos. Tenemos que saber por qué se hace, antes de descubrir quién lo viene haciendo.

—¿Pero cómo, Jupiter? —preguntó Paul.

—Debemos estudiar las chinchetas del mapa. Estoy convencido que la respuesta está ahí. Y además, volveremos al escenario del crimen. Estoy seguro de que los cristales del «Rolls-Royce» caerán más pronto o más tarde.

—¿Esta noche, Jupe? —preguntó Bob con ansiedad.

—No; es demasiado tarde para pedir el coche. Lo intentaremos de nuevo mañana por la noche. ¡Quizás esta vez el rompecristales dé el golpe y podamos atraparle con las manos en la masa!

CAPÍTULO 6
JUPITER DESCUBRE UN S. O.

Al día siguiente Paul tuvo que trabajar en la tienda de su padre. Como no tenían que llevar a cabo ninguna investigación hasta la noche, Bob y Pete se fueron a hacer *surfing* y luego comieron en casa de los Crenshaw. Nadie supo nada de Jupiter durante todo el día.

Eran las ocho y media y Jupiter aún no había llamado. Bob y Pete fueron al «Patio Salvaje» en sus bicicletas. No había nadie en el taller. Los muchachos entraron a gatas en el túnel dos y llegaron hasta la puerta del puesto de mando. No se oía el menor ruido en el interior del remolque escondido, pero unas estrechas franjas de luz salían por debajo de la puerta. Los muchachos comprendieron que allí había alguien.

Despacio, Bob empujó la puerta de la trampa, y los dos muchachos asomaron sus cabezas en la habitación iluminada.

Jupiter se hallaba sentado en una silla con los ojos abiertos y brillantes como si hubiera estado mirando lo mismo mucho rato.

—Creo que ya tengo la respuesta, chicos —les dijo en cuanto entraron en la habitación. Continuaba mirando al frente y no a ellos —. ¡Pero no sé qué significa!

—Qué sabes… —Pete pestañeó— pero no sabes…

—¡Las chinchetas! —exclamó Bob siguiendo la mirada de Jupiter hasta el mapa de Rocky Beach. Las chinchetas seguían allí, pero ya no eran plateadas.

—¡Uau! —exclamó Pete—. ¡Son de distintos colores!

—De cuatro colores distintos para ser exactos, Segundo —le corrigió Jupiter—. Me he pasado aquí toda la tarde mirando el

mapa y tratando de encontrar una pauta. Decidí utilizar un color distinto para cada día de la semana. Es evidente que sólo eran necesarios dos colores… uno para los lunes y otro para los miércoles. ¡Todos los cristales se rompieron únicamente en lunes o en miércoles!

—Pero —dijo Bob—, hay cuatro colores, no dos.

—Sí —respondió Jupiter—; con sólo dos colores no pude encontrar ninguna pauta o sistema operativo. Así que decidí poner un color distinto a cada lunes y a cada miércoles de las dos últimas semanas; amarillo, rojo, verde y azul. —Hizo una pausa teatral—. ¡Y el S. O. apareció inmediatamente!

Bob miraba el mapa.

—¡Todos están en línea recta! ¡Cada color distinto atraviesa el mapa en línea recta!

—Correcto, Archivos —dijo Jupiter—. Cada lunes y cada miércoles de las dos últimas semanas, y probablemente seis semanas atrás, los cristales de los automóviles se han ido rompiendo en línea recta de punta a punta de Rocky Beach.

—¡Uau! —exclamó Pete—. ¿Y eso significa…? ¿Eso es…? Canastos, ¿qué significa eso, Jupe?

—Pues —admitió Jupiter—, todavía no estoy seguro.

Bob y Pete miraron primero a Jupiter y luego el mapa con sus chinchetas de colores, y luego a Jupiter otra vez. El Primer Investigador suspiró.

—Como ya os dije, chicos, creo que tengo la respuesta, pero ignoro lo que significa. Y veo otro factor importante en el mapa.

—¿Cuál, Jupe? —quiso saber Bob.

—¡Que cada noche que se rompían los cristales en una calle, por lo menos en dos manzanas de la misma calle no se rompía ninguno!

Pete estudió el mapa.

—¿Quieres decir que cada vez que el rompecristales actúa en una calle se salta un par de manzanas?

—Eso es —asintió Jupiter—. Mira la hilera de chinchetas amarillas de la calle Valery donde estuvimos el lunes por la noche. ¡Se salvaron tres manzanas y una de ellas era la que vigilábamos nosotros!

—¡Caramba, Jupe! ¿Y por qué? —Pete tenía el entrecejo fruncido.

—Tampoco puedo contestar a eso —replicó Jupiter—, pero, puesto que forma parte de un sistema empleado previamente, al parecer no tiene nada que ver con nuestra vigilancia. Debe existir otra razón para que nuestra manzana se salvara esa noche, igual que pasaron por alto otras muchas, las demás noches.

Bob miró el mapa.

—Parece que esas manzanas no tienen nada en común, Jupe. Quiero decir que no forman parte de una zona en particular de la ciudad, y ni siquiera están cerca unas de otras.

Ni siquiera hay las mismas en cada fila… es decir, la quinta o la sexta manzana cada vez.

Bob y Pete contemplaron el mapa y asintieron con la cabeza. Los espacios vacíos en las filas de chinchetas del mismo color estaban siempre juntos. Y, mientras los tres muchachos consideraban el posible significado de aquello, llamaron suavemente a la puerta. Tres… tres, uno, dos. Bob abrió la puerta lateral y Paul Jacobs entró precipitadamente.

—Siento llegar tarde, amigos. Intenté decirle a mi padre lo que la Cadena Fantasma nos ha demostrado y ni siquiera quiso escucharme.

—Los adultos —repuso Jupiter— suelen ser terriblemente obtusos.

—Sí —repuso Paul despacio—. De todas maneras, Worthington y el «Rolls-Royce» están delante de la verja.

—Entonces —declaró Jupiter—. ¡Comencemos nuestra misión nocturna!

CAPÍTULO 7
¡ACUSADOS!

Mientras el «Rolls-Royce» discurría silencioso a través de la noche de Rocky Beach, Worthington habló por encima de su hombro.

—Ayer por la mañana ocurrió algo muy extraño en la agencia de alquiler de automóviles, master Jones. Alguien telefoneó y dijo que deseaba ponerse en contacto con cuatro muchachos que había visto utilizando nuestro «Rolls-Royce» dorado. Dijo llamarse señor Toyota y explicó que necesitaba cuatro jóvenes típicamente americanos para modelos de fotografías publicitarias, y que uno de ellos, usted me perdonará, master Jones, tenía que ser muy robusto. Con intención de hacerle un favor, nuestro encargado le dio la dirección de la chatarrería.

En la oscuridad del asiento posterior los cuatro muchachos intercambiaron rápidas miradas.

—¡Debió ser ese intruso que intentaba localizarnos! —exclamó Bob.

Jupiter preguntó:

—¿Podría describir la voz, Worthington?

—Nuestro encargado dijo que sonaba poco clara, como si la línea no funcionara bien, pero que tenía una entonación netamente oriental. Sin embargo, sospecho que nuestro encargado no es una autoridad en acentos.

—A mí eso me parece una voz disfrazada —dijo Bob.

—Estoy de acuerdo, Archivos —asintió Jupiter.

—¡Pero —dijo Paul— eso significa que alguien nos vio el lunes por la noche! Tal vez por eso no ocurrió nada.

Jupiter reflexionó unos instantes.

—No. Al parecer él nos vio en el «Rolls». Eso debió ser antes o después de habernos escondido. Si fue antes, todavía no habíamos llegado a la calle Valery y no pudo saber a dónde íbamos. Si fue después, ya era demasiado tarde para cambiar lo que ya había ocurrido. Además, el rompecristales ya se había saltado varias manzanas antes incluso de que nosotros conociéramos este asunto.

—Tienes razón —convino Paul—. No quiere decir nada.

—Al contrario —exclamó Jupiter—. Podría significar algo vital. ¡Si el intruso tiene alguna relación con los cristales rotos, entonces es que alguien está muy preocupado por nuestra investigación!

Worthington dijo en voz baja:

—Caballeros, la próxima es la calle Valery.

Rápidamente los muchachos repitieron sus movimientos del lunes anterior, y Pete, Bob y Jupiter no tardaron en ocultarse detrás de los mismos arbustos frente al 142 de la calle Valery. Se acomodaron para espiar, en tanto que Paul iba hacia la casa y Worthington echaba a andar calle abajo.

La mujer alta con el gran danés no se hizo esperar con el mismo bastón de empuñadura de plata. Una vez más se detuvo para admirar el «Rolls-Royce» y de nuevo blandió el bastón en alto cuando el perro quiso hacerla andar.

—¡Quieto, Hamlet!

Detrás de los arbustos los muchachos contuvieron la risa al ver cómo la mujer era arrastrada hasta la esquina por el enorme animal. La calle volvió a quedar en silencio. Ninguno de los automóviles que pasaban de vez en cuando aminoraron la marcha y ninguno se detuvo. Luego el hombre de la bicicleta salió de la oscuridad con su faro taladrando la noche. Esta vez ni siquiera se detuvo a mirar el rutilante «Rolls». Como un fantástico hombre del espacio con su casco y auriculares fue directo hasta la manzana siguiente y desapareció.

Los muchachos aguardaron detrás de los arbustos.

Eran más de las diez cuando un llamativo Volkswagen dobló la esquina y recorrió despacio la calle Valery. Pintado de rojo y amarillo, con los guardabarros abollados y los parachoques medio caídos iba calle arriba hacia el «Rolls-Royce». ¡Al pasar junto a él algo salió volando por una ventanilla y desapareció debajo del Rolls!

—¡Han tirado algo debajo del «Rolls»! —exclamó Pete.

—¿Qué era? —preguntó Jupiter.

Abandonando su escondite, los Investigadores cruzaron la calle para llegar al «Rolls». Al asomarse debajo del coche vieron una bolsa de papel marrón, con algo dentro. Pete se puso de bruces en el suelo y la sacó.

—¡De prisa, Segundo! —le apremió Jupiter.

Pete se puso de pie y abrió la bolsa. Una expresión de extrañeza apareció en su rostro al ver su contenido.

—Una lata de cerveza —dijo con disgusto—. ¡Acaban de arrojar una lata de cerveza!

Y la lanzó por encima de su hombro.

—¡Segundo! —gritó Jupiter.

Decepcionado, Pete había arrojado la lata a su espalda, con la mala fortuna de que se le resbaló… y fue a dar en el «Rolls-Royce».

Chocó contra la ventanilla posterior del coche resplandeciente, rebotó y rodó ruidosamente por el suelo.

—¡Uau! —exclamó Pete con alivio—. Menos mal que…

De pronto la tranquila noche se lleno de ruido. Sonaban silbatos. ¡Y se oían voces que gritaban por toda la calle oscura! Policías uniformados salieron corriendo de detrás de los árboles y arbustos del patio de una casa de la derecha, y asomaron por encima del seto de la casa de la izquierda. Luces rojas y blancas giraban en lo alto de los coches de la policía, aullaban las sirenas, y se les veía aparecer por todas las esquinas.

Hombres y automóviles convergieron alrededor de los tres muchachos, que permanecían como paralizados al lado del «Rolls-Royce». Al instante estuvieron en manos de la policía y rodeados de una multitud furiosa. Un sargento malcarado se adelantó.

—¡Vaya, al fin os atrapamos, gamberros!

Mientras los tres muchachos permanecían mudos de sorpresa, una voz furiosa gritó desde detrás del círculo de policías.

—¡Gamberros! ¡Ladrones! ¡Pillastres! El corro de policías se apartó y un anciano de ojos airados que blandía un bastón se acercó cojeando hacia los Investigadores. Llevaba un traje negro y antiguo que pedía a gritos que lo planchasen, corbata negra, y un reloj de oro con cadena que asomaba por su chaleco. Se apartó bruscamente de sus acompañantes… un joven y una muchacha de unos dieciocho

años que intentaban retenerle.

Amenazándoles con su bastón, el hombre se acercó a los muchachos.

—¡Ladrones! ¿Dónde está mi águila?

Un policía bajito con sus galones de teniente recién estrenados se apeó de uno de los coches con luces intermitentes.

—Bien, vosotros tres, ¿queréis decirnos por qué habéis estado rompiendo las ventanillas de los coches? —dijo el teniente mirándoles con severidad—. Sólo por divertiros, o ¿hay algo más detrás? ¿Eh?

—¡Oblígueles a decir dónde está mi águila! —rugió el anciano.

Pete tragó saliva y tartamudeó:

—¡No-nosotros no hemos roto ninguna ventanilla! Tratamos de encontrar…

—No trates de mentir, chaval —dijo el sargento. Bob exclamó:

—Pero, oficial, nosotros estamos aquí para atrapar al que rompe los cristales. Somos detectives.

—Comete usted un grave error, sargento —dijo Jupiter enojado —. Si quiere ver nuestras credenciales todo quedará aclarado.

Jupiter se llevó la mano al bolsillo. Todos los policías se pusieron en guardia y prepararon sus armas. El teniente bajito dijo señalando a Jupiter:

—¡Quieto ahí! ¡Saca las manos de los bolsillos!

Jupiter se quedó helado. Mientras todos los policías le observaban hubo otro alboroto fuera del círculo. Un miembro de la patrulla se abría paso entre la multitud arrastrando a Paul Jacobs.

—Aquí le traigo otro, teniente. Venía hacia aquí y dice que es amigo de esos tres.

El viejo del bastón gritó:

—¡Le conozco! ¡Ha estado aquí cada vez que se rompieron los cristales de la camioneta!

—¡Es la camioneta de mi padre! —protestó Paul—. Yo la conducía.

El teniente sonrió.

—Y supongo que este «Rolls-Royce» también es de tu papá, chaval.

—¡Regístrenlos! —ordenó el viejo—. ¡Uno de ellos debe tener mi águila!

Jupiter se irguió todo lo que le permitía su menguada estatura y dirigió al furibundo anciano una mirada asesina.

—Nosotros no hemos roto ni robado nada.

—Y menos un pájaro tan grande como un águila —exclamó Pete.

—¡Tiene que estar loco! —exclamó Bob—. ¿Dónde podríamos llevar escondida un águila?

—Ese hombre es un demente —dijo Jupiter. El sargento miró a los muchachos.

—No intentéis dároslas de listos. Ya os tenemos. Os hemos atrapado con las manos en la masa intentando romper el cristal de ese «Rolls-Royce» con esa lata.

—Eso fue un accidente —insistió Pete—. La tiré sin mirar.



—Cuando se quiere romper el cristal de un automóvil hay que emplear algo más pesado que una lata de cerveza vacía —indicó Bob—. Eso es evidente.

—Hace pocos minutos un Volkswagen pintado de rojo y amarillo pasó por aquí y desde él lanzaron una bolsa de papel —explicó Jupiter—. Fue a parar debajo del «Rolls-Royce» y Pete la sacó para ver lo que había dentro. Al descubrir que no era más que una lata de cerveza vacía la arrojó con disgusto sin mirar dónde iba a parar, sargento.

—¡Mentirosos! —exclamó el anciano furibundo.

Y antes de que nadie se diera cuenta de lo que ocurría, alzó su bastón y le pegó a Jupiter en la cabeza.

—¡Toe!

Aturdido, Jupiter no supo qué hacer. Todo el mundo quedó paralizado unos instantes. Pete, Bob y Paul seguían acorralados por la policía y el joven y la muchacha estaban demasiado lejos para detener al anciano que volvía a alzar el bastón.

Worthington apareció de pronto y abriéndose paso entre el círculo de policías con un solo movimiento cogió el bastón en el aire, y lo arrancó de manos del viejo lanzándolo lejos.

—¡Lamentará haber pegado a master Jones, buen hombre!

El hombre miró a Worthington y luego se volvió a la policía.

—¡Mi bastón! —gritó—. ¡Me ha atacado! ¡Ustedes le han visto! ¡Es el jefe de la banda!

Como el alterado anciano intentara golpear al chófer, éste le puso una mano en la cabeza y le sostuvo así apartado mientras continuaba hablando con la policía.

—¿Puedo preguntar por qué detienen a mis jóvenes señores? —preguntó el elegante chófer—, ¿y de qué institución para alienados mentales ha escapado este desdichado anciano?

El teniente y el sargento miraron al chófer que imperturbable conservaba la calma mientras mantenía apartado al iracundo anciano con una mano.

—¿Usted es el chófer del «Rolls-Royce»? —le preguntó el teniente con recelo.

—Sí —repuso Worthington.

—¿Y dice usted que trabaja para estos chavales? —dijo el sargento—. ¿Son los dueños del «Rolls-Royce»?

El irascible anciano continuaba luchando por alcanzar a Worthington con inútiles manotazos.

—¡Lo más probable es que trabajen para él! ¡Unos chavales no conocen el valor de un águila! ¡Él es el ladrón! ¡Deténganle!

Worthington frunció el ceño y miró hacia la pareja que estaba detrás del anciano.

—Si ustedes dos son parientes de este caballero, sugiero que se lo lleven. Temo que pueda lastimarse.

El joven y la muchacha se apresuraron a sujetar al violento anciano y se lo llevaron. Worthington se sacudió las manos con displicencia mientras se volvía hacia los policías.

—No, oficial; los Tres Investigadores no son propietarios del «Rolls-Royce», pero lo han alquilado a mi agencia y por lo tanto en la actualidad son mis jefes. Si desean comprobar estos datos pueden telefonear a mi agencia, la Compañía de Alquiler de Automóviles Rental.

—¿Los Tres Investigadores? —repitió el sargento con incredulidad.

—Ese es el nombre de nuestra agencia de detectives juvenil —dijo Jupiter—. Como intenté decirle, estamos investigando el caso de las ventanillas rotas. Por eso…

—¡No escuche a ese gordo y ladrón! —gritó el viejo luchando por soltarse de sus jóvenes acompañantes.

—Yo puedo confirmar la declaración de master Jones, oficial —dijo Worthington— y respondo de los tres muchachos.

—No pueden ser detectives de verdad —dijo el joven—. Quiero decir que son sólo unos niños.

—Nosotros les vimos lanzar esa lata contra el «Rolls-Royce» —dijo la muchacha.

El teniente y el sargento miraron a cada uno de los muchachos, y luego el uno al otro. El teniente suspiró contrariado.

—¡Ojalá alguien pudiera decirnos qué es lo que está ocurriendo realmente!

Una nueva voz se alzó en la calle a sus espaldas.

—Creo que yo puedo hacerlo, teniente.

CAPÍTULO 8
EL ÁGUILA ROBADA

El comisario de Policía de Rocky Beach se abrió camino entre la multitud de mirones para acercarse al teniente y el sargento. Saludó con una inclinación de cabeza a los Tres Investigadores y a Worthington, y luego habló dirigiéndose al teniente, que de pronto se había puesto muy nervioso.

—Por lo menos puedo asegurarle, Samuels, que todo lo que han dicho los muchachos y Worthington es absolutamente cierto. Son los Tres Investigadores, un equipo de detectives; suelen alquilar el «Rolls-Royce», y desde luego no rompen cristales ni roban nada; y si ellos dicen que están trabajando en el caso… pues, es que lo están.

—Sííí, señor —replicó el teniente Samuels.

—Puesto que usted no conocía a los muchachos no era de esperar que supiera todo esto —dijo el comisario—. Pero si hubiera mirado sus credenciales, hubiera visto también una tarjeta mía respondiendo por ellos.

—Nosotros vimos cómo el muchacho más alto arrojaba una lata contra el «Rolls-Royce», comisario —dijo el sargento a la defensiva —. Hace ya casi dos meses que empezaron las roturas de cristales y la verdad es que parecía que por fin habíamos cogido a los gamberros.

—Admito que es un caso desconcertante —convino el comisario Reynolds antes de volverse a los Investigadores—. ¿Cómo os habéis metido en esto, muchachos? —les preguntó.

Jupiter le contó lo de Paul Jacobs y la camioneta, y que el señor Jacobs sospechaba que su hijo sabía la causa de la rotura de cristales y no lo quería admitir.

—Me temo que los adultos tendemos a sospechar de la gente joven cuando se trata de gamberradas —dijo el comisario mirando al teniente Samuels—. Incluso los policías.

—¿Cuánto tiempo lleva la policía en este caso, señor? —le preguntó Jupiter—. ¿Por qué tenía a sus hombres apostados precisamente en esta manzana?

—Llevamos este caso desde hace casi seis semanas, Jupiter —le explicó el comisario—. Desde que se puso de manifiesto que no eran incidentes aislados las roturas de cristales. Por alguna razón desconocida, se han roto ventanillas de automóviles por toda la ciudad. Mis hombres han estado vigilando en varios puntos. Hace tres noches que estamos en esta manzana.

—¿Y han visto algo, comisario? —quiso saber Bob.

—Nada en absoluto, Bob. Nada sospechoso… es decir, hasta esta noche —el jefe de policía sonrió—. Las ventanillas se siguen rompiendo por toda la ciudad, pero nunca en las manzanas donde están mis hombres.

—Ummmm —Jupiter bromeó—. Esta es también nuestra experiencia, aunque ésta ha sido tan sólo nuestra segunda noche de vigilancia.

—¿Comisario? —dijo Bob—, ¿qué es eso de que han robado un águila?

El comisario Reynolds miró al anciano vestido de negro que seguía observando a los muchachos y a los policías. Sus cabellos grises estaban alborotados, pero alguien le había devuelto su bastón, y volvía a enarbolarlo mientras observaba la escena haciendo desagradables comentarios dirigidos a sus jóvenes acompañantes.

—La semana pasada —explicó el policía—, el señor Jarvis Temple aquí presente denunció que le habían robado el águila de su coche aparcado delante de su casa… es la siguiente que está detrás de esos árboles. Sin darse cuenta la dejó olvidada en su automóvil. Más tarde, al advertir su descuido, salió a buscar el águila. Pero encontró la ventanilla del lado del conductor rota y el águila había desaparecido.

—Si el cristal estaba roto —dijo Bob—, tal vez el águila salió volando.

—No, Archivos —dijo Pete—, debía estar en una jaula. Las

águilas son muy peligrosas. ¡Pero la verdad no comprendo cómo alguien puede olvidarse un águila!

El viejo Temple seguía mirando con recelo a los muchachos. Ahora se desasió de sus acompañantes y avanzó cojeando y blandiendo el bastón.

—¡Mentirosos! ¡Ladrones! Fingen no saber de qué estamos hablando. ¡Valiente pájaro! Ellos saben…

Los ojos de Jupiter brillaron de pronto.

—¡Claro! ¡Usted no se refiere a un águila auténtica… sino a una moneda! ¡Una moneda rara!

—Una moneda muy rara —asintió el comisario Reynolds.

—Americana —recordó Jupiter—. Una moneda de oro con un valor facial de diez dólares y acuñada a principios del mil ochocientos, según creo. Tiene un águila impresa, y por eso le llaman el Águila. La Media Águila, una pieza de oro del mil ochocientos veintidós es una de las monedas más raras del mundo.

—¿Oyen eso? —rugió Jarvis Temple—. ¡El muy tunante sabe mucho de monedas!

—Jupiter sabe mucho de todo —dijo Pete con una sonrisa.

—Bueno, de casi todo —el comisario Reynolds sonrió—. Pero le aseguro, señor Temple, que el muchacho no es un ladrón.

Jarvis Temple lanzó un bufido y miró a Jupiter. El joven que estaba a su lado le tocó en el hombro como si quisiera calmarle y miró sonriente a los Investigadores y al comisario.

—Mi tío está un poco alterado, comisario. Claro que le creemos. Celebro conocer a unos muchachos tan inteligentes. Soy Willard Temple, chicos, y ésta es mi prima Sara.

La muchacha que le acompaña inclinó la cabeza.

—¿Cuánto vale su águila? —preguntó Jupiter.

—En realidad —dijo Willard Temple—, la nuestra es un águila doble.

—Una pieza de oro de veinte dólares —exclamó Jupiter—. La más rara es una de 1849. Sólo existe una y es propiedad del gobierno. ¡Una vez les daban un millón de dólares por ella y no quisieron venderla!

—Sí —repuso Willard Temple—; y sólo hay tres de 1853 con 3 sobre 2 en existencia, cada una vale medio millón.

—¿Con tres sobre qué? —Pete parpadeó.

—Una moneda con fecha de 1852 con un 3 estampado encima del 2 para convertirla en una moneda de 1853 —explicó Jupiter.

—Correcto —replicó Willard Temple—. La nuestra es la del águila en sobrerrelieve de 1907. Sólo hay unas pocas, que se sepa. La nuestra no ha circulado y no tiene el menor rasguño. Es perfecta. Por lo menos vale doscientos cincuenta mil dólares.

—¿Por qué estaba en el coche? —preguntó Bob.

—La traíamos de regreso de una exposición —dijo Sara Temple —. Y nuestro tío se la dejó encima del asiento cuando se apeó.

Era una joven alta y esbelta de unos dieciocho o diecinueve años; vestía una camisa militar y tejanos, así como unas gafas de sol muy grandes, a pesar de la oscuridad de la noche. Sonrió a los muchachos y en especial a Paul. Su tío la miraba con la misma aversión que dedicaba a los muchachos y al policía. Por lo visto, el mal humor formaba parte de su personalidad.

—Mi sobrina conduce demasiado aprisa y tiene esa radio puesta todo el tiempo. Me pone tan nervioso que me agota. ¡Agotaría a cualquiera que esté en su sano juicio! Tuve que bajar del automóvil y descansar, y me olvidé la caja. La dejé en el asiento del lado del conductor. Cuando volví para recogerla, vi la ventanilla rota antes de llegar al coche. ¡Mi águila había desaparecido!

Como abrumado por la tragedia de su pérdida, Jarvis Temple se sentó en la acera y escondió su cabeza entre las manos. Su sobrina se inclinó para consolarle. Willard Temple era un joven bajito y delgado de unos veinte años, de cabello algo más claro que su prima Sara. Su traje de ejecutivo era casi tan clásico como el de su tío.

—Los coleccionistas sienten un gran cariño por sus monedas —comentó Jupiter con simpatía.

—Canastos —dijo Pete—. ¿Tú crees que han roto todas esas ventanillas para robar en los coches?

Jupiter meneó la cabeza.

—La gente no deja muchas cosas valiosas en los automóviles aparcados en la calle, Segundo.

—Además —añadió Paul Jacobs—, a nosotros no nos robaron nada de la camioneta.

—Ni del coche de mi padre —agregó Bob.

Willard Temple volvió a ponerse en pie.

—¿Pero qué otra razón puede existir para romper los cristales de los coches?

—Tiene que ser una banda de ladrones bien organizada —dijo Sara Temple.

El comisario Reynolds meneó la cabeza.

—No, los muchachos tienen razón. No ha habido ni una sola denuncia de robo de los otros propietarios de los automóviles. La mayor parte de los vehículos afectados ni siquiera estaban cerrados. Es más que probable que se trate de mero gamberrismo.

—No lo sé, comisario —objetó Pete—. ¿No hubiera detenido ya a unos gamberros vulgares? ¿O por lo menos les hubiese asustado?

—El simple gamberro no acostumbra a tener organizado un sistema operativo, ¿verdad, comisario Reynolds? —preguntó Jupiter pensativo y le puso al corriente de las conclusiones a que habían llegado mirando su mapa y las chinchetas de colores.

—¿Lunes y miércoles están siempre en línea recta? —dijo el policía con el ceño fruncido—. Eso suena como una pauta organizada. ¿Pero por qué? Toda organización carece de sentido si lo que uno quiere es simplemente romper algunos cristales. Tiene que haber algo más.

—Es desconcertante, señor —convino Jupiter—. Sin embargo, estoy convencido de que no existe una respuesta sencilla. ¿Podemos seguir investigando el caso, comisario?

—De todas maneras no creo que pudiera impedíroslo —repuso el jefe de Policía con una sonrisa—. Pero tened cuidado, muchachos. Recordad que hay un ladrón que anda por ahí con una moneda que vale un cuarto de millón de dólares. Si encontráis alguna prueba relacionada con el águila debéis llamarme inmediatamente. No hagáis nada por cuenta propia. ¿Está claro, muchachos?

El comisario Reynolds miró a cada uno de los muchachos por turno y luego a Worthington. Todos asintieron solemnemente.

—Desde luego, comisario —dijo Jupiter—. ¿Pero sería posible ver los informes de todas sus patrullas?

—Lo siento, Jupiter, pero eso pertenece al departamento de asuntos confidenciales.

Jupiter se mordió el labio decepcionado.

—Comisario —dijo Bob—. ¿Sería posible que un reportero del

periódico de mi padre hablase con algunos de los policías que salieron de vigilancia? Quiero decir, ¿si podría hacerles algunas preguntas acerca de lo ocurrido?

Los ojos del comisario sonrieron.

—Bien, no veo por qué no, Bob. Libertad de prensa, ¿eh? Naturalmente que los periodistas deberán llevar sus credenciales.

—Oh, eso… —Bob hizo una pausa y sonrió—. Quiero decir, desde luego, que ellos llevarán sus credenciales, señor.

El comisario Reynolds se echó a reír, pero luego volvió a ponerse serio.

—La verdad es muchachos, que mis hombres y yo hemos revisado esos informes infinidad de veces sin encontrar nada significativo. Me temo que vais a perder el tiempo.

—Quizá sí, señor —dijo Jupiter—, pero nos gustaría intentarlo. Nunca se sabe lo que pueden descubrir otros ojos.

El comisario asintió muy serio, pero bajo la gorra de su uniforme sus ojos volvieron a sonreír.

CAPÍTULO 9
REPORTEROS POR UN DÍA

Eran apenas las ocho cuando los cuatro muchachos se reunieron en casa de Bob a la mañana siguiente. El hombre de Archivos e Investigación había explicado a su padre lo que necesitaban, y el señor Andrews había cursado las pertinentes credenciales de periodistas.

—Os contrato a todos oficialmente como reporteros condicionales o independientes, por un dólar diario y con la misión de entrevistar a varios policías sobre el caso del rompecristales.

El señor Andrews entregó a cada uno un cheque por un dólar y una tarjeta oficial impresa.

—Ahora trabajáis para mi periódico, aunque sólo sea por hoy.

—Gracias, papá —dijo Bob—. Te lo agradecemos mucho. Muchísimo.

Los otros jóvenes detectives, tras darle las gracias a coro, montaron en sus bicicletas y se fueron directamente a la jefatura de policía. Paul Jacobs fue en una bicicleta vieja y oxidada que sacó de su garaje.

—Cada uno de nosotros entrará solo y pedirá permiso para entrevistar a un policía que haya tomado parte en las vigilancias nocturnas. Mostrad vuestros credenciales y, si os ponen alguna objeción, decid que el comisario Reynolds está de acuerdo. De este modo conseguiremos hablar con cuatro hombres distintos —explicó Jupiter durante el camino.

—¿Y qué les preguntamos, Jupe? —quiso saber Pete.

—Necesitamos saber si vieron algo inusitado, o si ocurrió algo especial —repuso Jupiter—; pero, por encima de todo, queremos

que nos digan cuantas personas pasaron por allí cada noche, que ellos recuerden.

Pete fue el primero en entrar en jefatura, y luego Bob. Cuando al fin entró Jupiter después de Paul, y se acercó al sargento de guardia, necesitó todas sus dotes de persuasión, más una no demasiado amable sugerencia de que podía llamar al comisario Reynolds, para que al fin el Primer Investigador fuese autorizado a interrogar a un policía.

Pete encontró al policía dentro de su coche patrulla justo cuando el hombre iba a comenzar su turno.

—¿Que cómo van esas investigaciones acerca de los cristales rotos? No tenemos nada, chaval. Ni un solo sospechoso, ¿sabes? Es perder el tiempo. Debiéramos habernos dedicado a impedir que se cometieran crímenes reales y no escondernos para atrapar a una pandilla de chiquillos.

—¿Está usted seguro de que son chiquillos los que rompen las ventanillas de los automóviles? —preguntó Pete.

—Tienen que serlo, Crenshaw —dijo el joven policía—; como yo no voy a ser patrullero toda la vida, eso puedes apostarlo. De modo que estar vigilando porque unos malditos crios rompen cristales, no es la idea que tengo del trabajo importante que yo debería estar realizando como policía, ¿sabes?

—Bien, ¿y la gente que pasaba? ¿Vio a mucha?

—Oh, vimos pasar a muchísima gente —repuso el policía—. ¡Eso es todo lo que vimos… gente y más gente! Nadie se paraba. Ni nadie arrojó nada contra las ventanillas de los coches ni las golpeó con un martillo o cualquier otra cosa.

—¿Y a quiénes vio pasar? —insistió Pete—. ¿Lo recuerda?

—Claro que lo recuerdo. Me acuerdo de todos. Voy a ser detective muy pronto, de modo que puedes apostar a que me acuerdo. Por lo menos de los principales.

—Los anotaré —dijo Pete abriendo su libreta de notas.

El joven miró el bloc y carraspeó nervioso.

—Bueno, veamos. La primera noche que estuve de vigilancia, pasaron, er… bien, un viejo en un Cadillac que aparcó y estuvo esperando, hasta que salió una señora de una casa y se marcharon. Y… er… sí, dos mujeres mayores que paseaban a sus perros y dos tipos en bicicleta. Uno de ellos llevaba un casco de ciclista y

escuchaba con auriculares algún aparato que llevaba a la espalda. Los auriculares son peligrosos, ¿sabes? En muchos estados está prohibido usarlos cuando se conduce un automóvil o se monta en bicicleta o en moto.

—¿A quién más vio? —insistió Pete.

—¡Um! Bien, pues no sé. Sólo a un montón de gente que no hacía nada. Quiero decir, que sabíamos que habían sido unos chicos, de modo que para qué vigilar tanto, ¿no te parece?

El sargento que recibió a Bob en una habitación donde se celebraban los interrogatorios le ofreció una Coca-Cola y sonrió. Ya conocía a los investigadores.

—¿De modo que ahora eres periodista, Bob? Yo creía que erais detectives.

—Lo somos, sargento Trevino, pero tenemos que averiguar todo lo que ustedes vieron estando de vigilancia. El comisario dice que no podemos leer los informes.

—No, se necesita una orden del juzgado —convino el sargento Trevino—. ¿Sabe el jefe que ahora sois reporteros?

—En cierto modo fue idea suya. Libertad de prensa y todo eso.

El policía rió.

—Está bien, entonces haz tus preguntas.

—Sabemos que no vieron a nadie rompiendo cristales, ¿pero vieron algo sospechoso?

—Nada en absoluto —repuso el sargento—. Todos los que se detuvieron esas noches vivían en la manzana y no hicieron más que aparcar y entrar en sus casas.

—Bien, ¿y qué hay de la gente y los vehículos que pasaron sin hacer nada? ¿Recuerda a alguno de ellos?

—Pues claro que me acuerdo. Lo anoté todo —dijo el sargento Trevino sacando un pequeño bloc del bolsillo de su camisa y hojeándolo—. Pasaron dos hombres en un «Cadillac» verde; un hombre con barba en un «Volkswagen» gris; un muchacho en bicicleta repartiendo periódicos; dos señoras mayores con un muchacho que llevaba un tirachinas; cuatro personas paseando sus perros; un…

—¿Alguna de ellas llevaba un bastón con puño de plata y un gran danés? —preguntó Bob con presteza—: Me refiero a los que

paseaban perros.

El sargento Trevino consultó su libretita.

—No; había dos perros de lanas… un griffon y un pequinés… y un schnauzer y un doberman.

—Oh —dijo Bob decepcionado.

El sargento continuó leyendo sus notas.

—Dos niños de la Liga Infantil de uniforme jugando a la pelota, un joven melenudo conduciendo un «Porche», un hombre con casco, gafas, mochila y auriculares montado en bicicleta; tres miembros de una banda de motociclistas que se hace llamar La Muerte Gris; dos furgonetas «Chevrolet» seguidas, una detrás de la otra; cuatro atletas en chándal; tres hombres que al parecer regresaban a sus casas del trabajo; un cartero repartiendo correo certificado; tres *boy scouts* que regresaban con retraso; dos vagabundos…

Paul entrevistó a su policía en el vestuario donde el hombre se estaba poniendo ropa de civil después de finalizar su jornada de trabajo. Era un patrullero bajito que no cesaba de mirar su reloj.

—Estoy a punto de largarme, amigo. De todas formas no ocurrió nada durante las patrullas.

—Iré lo más rápidamente posible, señor, se lo prometo —le dijo Paul.

El policía frunció el ceño.

—Está bien, ¿qué es lo que quiere saber?

—Bien, sabemos que no vieron a nadie que rompiera ventanillas, ¿pero observaron ustedes algo sospechoso o tan sólo desacostumbrado?

—No, nada —volvió a mirar su reloj, se calzó la segunda bota de montar en moto, y se levantó dispuesto a marcharse.

Paul se apresuró.

—¿Puede decirme a quiénes vieron esas noches? —le disparó—. Me refiero a la gente que pasaba por delante de ustedes.

—¿Toda la gente que pasó? —el policía miró a Paul fijamente.

—Sí, señor, sí lo recuerda.

—¡Debe estar bromeando, joven! ¿Todos lo que pasaron y no hicieron nada en absoluto? —Bostezó—. Escuche, ya hice mi informe. No ocurrió nada. Ahora tengo cosas que hacer, ¿entiende? —dijo encaminándose a la puerta.

—Perdone. Comprendo que es difícil recordarlo todo.

El policía bajito se detuvo y dio la vuelta.

—¿Qué quiere insinuar? ¿Crees que no me acuerdo de nada? Por lo menos lo que vale la pena recordar, no sólo la gente que pasaba sin hacer nada. Y me acuerdo muy bien de todas las falsas alarmas.

—¿Falsas alarmas? —dijo Paul a toda prisa.

El policía asintió.

—Tuvimos algunos sustos.

—Hábleme de ellos —le rogó Paul.

El cansado agente miró una vez más su reloj y suspiró.

—Está bien. Hubo lo de esa camioneta vieja. En la parte de atrás iban una pandilla de chicos cantando y armando toda clase de alborotos. Nosotros vigilábamos en mitad de la manzana y allí se detuvieron y saltaron del vehículo. Durante un rato tuvimos el convencimiento de que iban a romper los cristales, pero al final sólo se dedicaron a jugar a perseguir a uno saltando las cercas y las bocas de riego, los arbustos e incluso los automóviles hasta que llegaron a la esquina. Luego volvieron a montar en la camioneta y se largaron.

Paul lo iba anotando todo. El fatigado agente bostezó de nuevo antes de continuar.

—Luego hubo lo de los tres motociclistas punks de la banda La Muerte Gris. Entraron en la manzana muy despacio y empezaron a describir círculos y ochos mirando a través de todas las ventanillas de los coches como si quisieran robar algo, sólo que no desmontaron de sus motos. Al fin se fueron a la manzana siguiente sin dejar de trazar círculos.

Paul tomó unas cuantas notas más y asintió. El joven policía volvió a suspirar.

—Y por último, pasó ese tipo alto equipado como un hombre del espacio con auriculares y montado en una bici de carreras. Por un momento aminoró la marcha, pero luego aceleró y se marchó de la manzana.

Paul continuaba escribiendo mientras asentía de vez en cuando. Terminó, alzó la cabeza y estaba solo. El agotado policía se había ido.

El teniente Samuels miró a Jupiter de hito en hito.

—Yo no creo en los muchachos que se consideran lo suficiente listos como para resolver crímenes, Jones. Lo que hacen es

interponerse en el camino de los verdaderos policías.

—Siento que piense usted así, señor —le dijo Jupiter con toda cortesía—. No obstante, el comisario Reynolds no está de acuerdo con usted. Hemos podido prestarle una ayuda valiosa en algunas ocasiones.

El teniente Samuels enrojeció.

—¿De veras crees que unos chavales son tan buenos como los policías entrenados?

—Quizá no, señor. Pero algunas veces podemos hacer cosas que no harían los policías… precisamente porque somos chavales.

Samuels miró al joven y rechoncho detective y se sentó en su pequeño despacho, sin ofrecer asiento a Jupiter.

—¿Qué es lo que quieres de mí?

—Simplemente la descripción de todos los que pasaron por delante de ustedes mientras vigilaban.

—¿Y eso es todo? —dijo el teniente con sarcasmo—. Tú sabes que nadie puede acordarse de toda la gente que pasó, y el informe escrito es confidencial, cosa que ya te dijo el comisario.

—Dijo que el informe oficial era confidencial —indicó Jupiter—, pero también dijo que podía preguntarle a usted lo que quisiera, y estoy seguro de que habrá tomado buena nota de todo.

Al verse atrapado, el teniente hizo girar la silla de su escritorio. Luego sus ojos se animaron.

—De acuerdo, pero entro de servicio dentro de cinco minutos. Puedes volver cuando haya terminado dentro de cuatro horas, o puedo hacer que una de nuestras empleadas te pase a máquina mis notas cuando tenga tiempo y tú puedes esperar afuera.

A Jupiter no le cupo más opción que esperar en el corredor. Incluso el comisario Reynolds hubiera estado de acuerdo en que el trabajo del teniente era lo primero. Aguardó en un banco más de tres horas. Samuels pasaba de vez en cuando y le dedicaba una sonrisa desagradable. Los otros muchachos hacía mucho que habían terminado y se habían ido cuando Jupiter consiguió al fin que le entregasen las notas mecanografiadas. Tras leerlas rápidamente se levantó y fue corriendo a coger su bicicleta.

CAPÍTULO 10
EL GAMBERRO INVISIBLE

—¡El hombre de la bicicleta de carreras! —exclamó Pete.

—¡Con el casco, las gafas, la mochila y los auriculares! —dijo Paul como un eco.

—Los tres entrevistados le vieron pasar por delante de sus puestos de observación —dijo Bob—, ¡y las dos veces pasó también por delante de nosotros!

Todos saludaron a Jupiter cuando, tras empujar la puerta de la trampa, salió del túnel dos y entró en el puesto de mando. El robusto jefe del equipo se sentó para contemplar de nuevo el gran mapa con sus líneas rectas de chinchetas de colores.

—Y también fue visto por el teniente Samuels —añadió Jupiter —, pero ni el teniente ni nosotros le vimos hacer nada. ¿Le vio algún policía rompiendo una ventana? ¿O haciendo algo sospechoso siquiera?

—Bueno —replicó Paul— el patrullero con quien hablé dijo que durante unos momentos pareció que el hombre de la bici iba a detenerse, pero luego siguió.

—Y se detuvo a mirar el «Rolls-Royce» la primera noche que vigilamos —agregó Bob.

—Pero en realidad no hizo nada —insistió Jupiter—. Podría tratarse simplemente de alguien que regresa a su casa cada noche y va por calles distintas para variar.

—¿Quieres decir que es pura coincidencia? —dijo Pete un tanto decepcionado.

—Por otro lado —continuó Jupiter y sus ojos se animaron—, él es la única persona que ha aparecido en todas las vigilancias. Y,

puesto que nunca se ha roto ningún cristal en las manzanas donde estaba apostada la policía, el hecho de que no haya sido visto rompiendo una ventanilla no le descarta.

—¿Tú crees que el rompecristales sabe dónde vigila la policía, Jupe? —preguntó Bob.

—Eso parece, Archivos —asintió Jupiter.

—Pero tampoco rompieron ninguno cuando vigilábamos nosotros —observó Pete.

—La policía estaba también en la misma manzana, Segundo —le recordó Jupiter.

—¿Quieres decir que no sabía nada de nosotros, pero sí que los agentes estaban allí?

—Exacto —repuso Jupiter—. De momento el hombre de la bicicleta es nuestro primer sospechoso. Todo lo que tenemos que hacer es demostrar que es culpable.

—Estupendo —dijo Pete—. ¿Y cómo lo hacemos?

—¿Tienes algo pensado, Primero? —preguntó Bob.

Antes de que Jupiter pudiera contestar, Paul que cada vez estaba más confuso, intervino.

—Pero —dijo el muchacho mayor— si el hombre de la bici es quien rompe las ventanillas, ¿cómo lo hace? ¿Por qué yo no lo vi? Quiero decir que si no se detiene para golpear los cristales con alguna cosa, ¿cómo los rompe? ¿Y si se para, por qué no le vi la noche que oí como se rompía el cristal? Bob miró a Jupiter.

—¿Cómo romperías tú una ventana desde una bicicleta en movimiento, Primero?

—¿O cómo te pararías para romper un cristal sin ser visto? —preguntó Pete—. A menos que puedas hacerte invisible. —El Segundo Investigador tragó saliva—. Olvidad lo que he dicho, amigos.

—Yo creo que podemos descartar lo de hacerse invisible, Segundo. Aparte tal vez de una invisibilidad psicológica —dijo Jupiter antes de volverse a Paul—. Cuando oíste el ruido que hizo el cristal al romperse no viste a nadie cerca de tu camioneta. Pero tal vez vieras algo que pasaba por la calle. Algo que había pasado ya cuando oíste el estrépito. Tal vez algo que se movía en dirección a la esquina. Algo que percibiste y sin embargo no viste realmente.

Paul frunció el entrecejo con los ojos entornados como para

recordar lo ocurrido aquella noche oscura con mayor claridad.

—No vi a nadie cerca de la camioneta, como ya dije. Y estoy seguro de que no había nadie en la calle. Quiero decir que no lo vi… —La voz del joven se apagó y su ceño se acentuó—. ¡Aguarda! Tal vez algo hizo… cierto movimiento. En la calle más allá de la camioneta. Sólo… un movimiento, ¿sabes? Ni un coche ni nada, tan sólo… alguien…

—¿Como una especie de impresión que no puedes recordar del todo? —le ayudó Jupiter.

—Vi algo —asintió Paul tratando de recordar la calle en la oscuridad de aquella noche—. Pero… olvidé que había visto algo tan pronto desapareció.

Jupiter asintió con la cabeza.

—Todos tenemos tendencia a no fijarnos en las cosas, personas o acciones que nos son tan familiares, tan corrientes, que casi las vemos cada día. Tan normales que al cabo de un rato de verlas no sabemos que las hemos visto. Las olvidamos en cuanto se van. El cartero, el basurero, los que controlan el consumo de los contadores, repartidores, vendedores ambulantes y un hombre que pasa en bicicleta por la calle de noche. Sobre todo si te distrae el ruido de un cristal al romperse. Nosotros vemos al ciclista sin prestarle mayor atención y luego se rompe el cristal. No relacionamos al hombre de la bici con la ventanilla rota de un automóvil; la ventanilla reclama nuestra atención, y olvidamos por completo al ciclista. Invisibilidad psicológica.

—Pero eso significa que no se detuvo para romper el cristal, Primero —dijo Bob—. De modo que: ¿cómo rompe las ventanillas desde una bici en movimiento?

—¿Y cómo es que siempre evita la manzana donde está la policía? —se extrañó Pete.

—Todavía no sabemos bastante para poder contestar esas preguntas —respondió Jupiter—, pero tengo algunas ideas. Quiero volver a hablar con el comisario Reynolds, y quiero examinar la camioneta de Paul.

—Claro —dijo Paul—. Puedes hacerlo cuando quieras. Ahora está en nuestra tienda… mi padre se ha marchado fuera de la ciudad.



—Pero, Jupe —objetó Bob—, todavía no nos has dicho cómo vamos a probar que el hombre de la bici de carreras es quien rompe las ventanillas… si es que es él.

—Vamos a atraparle con las manos en la masa, Archivos —declaró Jupiter—, volviendo a utilizar de nuevo la Cadena Fantasma.

—¿Quieres decir que dirás a todos los chicos de la Cadena Fantasma que le vigilen para ver lo que hace? —dijo Pete.

—Eso es precisamente lo que quiero decir —replicó Jupiter tajante—. Esta vez sabemos exactamente qué queremos que vigilen. Si el hombre de la bici es el que rompe las ventanillas, la Cadena no tendrá muchos problemas para demostrarlo.

—A menos que él sepa que le vigilamos, lo mismo que sabe dónde está la policía —replicó Pete—. Quiero decir que a lo mejor tiene una visión con rayos. ¡Un ojo con rayos infrarrojos que ve en la oscuridad! ¡Tal vez sea un médium que percibe cuando la gente le observa!

—Sospecho, Segundo, que el medio por el que nuestro sospechoso conoce el paradero de la policía es mucho más sencillo —dijo Jupiter—. En cualquier caso no podemos poner en práctica nuestro plan hasta el próximo lunes. El rompecristales no volverá a actuar hasta entonces.

—Eso es una suerte para mí —declaró Pete—. Tengo que irme afuera con mi familia a pasar el fin de semana.

—Y yo tengo que cuidarme de la tienda mientras mi padre esté ausente —añadió Paul—, de modo que estaré ocupado todo el fin de semana.

—Entonces propongo que vayamos a examinar tu camioneta ahora —dijo Jupiter.

Estaban en mitad del túnel tres cuando sonó el teléfono.

Se miraron sobresaltados. Excepto cuando funcionaba la Cadena Fantasma apenas nadie llamaba al puesto de mando. Jupiter conectó la llamada al altavoz.

—Los Tres Investigadores —anunció con su voz más rotunda.

—Er… —dijo una voz nerviosa que le resultaba familiar—, ¿podría hablar con el señor Jupiter Jones?

—Jupiter Jones al aparato —replicó el joven detective.

—Ah, Jupiter. Soy Willard Temple. Nos conocimos la otra noche

delante de la casa de mi tío Jarvis.

—Lo recuerdo, señor Temple. ¿En qué puedo ayudarle?

—Bien, mi tío ha estado pensando sobre lo que dijo de vosotros el comisario Reynolds y quisiera saber si os puede contratar para que le ayudéis a encontrar el águila. Me ha pedido que os llame y hablemos de vuestros honorarios.

—Nosotros no cobramos, señor Temple. Sólo ayudamos a la gente a solucionar sus problemas y, si quieren darnos algo para facilitarnos nuestro trabajo, lo aceptamos encantados.

—Ya entiendo. Bien, me parece muy justo. Eh, mi tío no está del todo decidido. ¿Por qué no venís ahora y lo discutimos más a fondo?

—¿Ahora? —dijo Jupiter—. Bien, de acuerdo.

—¿Sabes la dirección? El 140 de la calle Valery.

—En seguida estaremos allí, señor Temple —replicó Jupiter.

Los otros tres muchachos asintieron con la cabeza, llenos de ansiedad.

CAPÍTULO 11
EXTRAÑA REUNIÓN

El número 140 de la calle Valery estaba al lado de la casa del amigo de Paul, a su derecha, casi escondida entre árboles y arbustos donde la policía se había apostado la noche anterior. Los muchachos dejaron sus bicicletas al lado de la avenida, donde un Buick sedán cuatro puertas aguardaba pacientemente. En el garaje del fondo pudieron ver un «Cadillac» antiguo que parecía no haber salido de allí hacía años. Una lona cubría el capó y el parabrisas.

Un camino de grava llegaba hasta la casa entre árboles y arbustos. Con tanta vegetación, apenas se veía la calle desde la puerta principal. Jupiter hizo sonar el timbre y los cuatro muchachos aguardaron expectantes. Nada ocurrió.

—¿Estás seguro de que dijo que viniéramos en seguida? —preguntó Pete.

—Eso es lo que dijo —replicó Jupiter.

De pronto en algún lugar de la casa se oyeron voces… voces airadas. Jupiter volvió a llamar al timbre con insistencia.

Tampoco hubo respuesta, pero ahora las voces se callaron.

—Tal vez el timbre no funciona —dijo Bob.

—Podríamos entrar por la puerta lateral —sugirió Pete.

Los muchachos volvieron al camino y buscaron una puerta lateral o posterior. No encontraron nada por el lado del garaje.

—¿Qué es eso? —exclamó Paul con los ojos muy abiertos.

En el patio posterior había un platillo metálico de un metro de diámetro sostenido por tres patas y apuntando al cielo.

—Es una parábola receptora de satélites —dijo Jupiter.

—Recibe señales de los satélites artificiales —explicó Bob—. La

TV y la radio transmiten a través de un satélite para que podamos recibir programas en directo desde Nueva York y Europa, e incluso China. Con una de estas parábolas se pueden captar programas sin pagar a la compañía de TV por cable.

—Eso me suena a Jarvis Temple —dijo Pete.

—¿Muchachos?

La llamada venía de la puerta principal. Y los Tres Investigadores se apresuraron a volver a ella. Willard Temple estaba en lo alto de los escalones mirando a su alrededor algo confuso.

—Ah, estáis ahí.

—Como nadie contestaba —dijo Jupiter—, fuimos en busca de otra puerta.

—Yo estaba en la parte de atrás recibiendo instrucciones de mi tío. Entrad.

El sobrino, bajito pero esbelto, del anciano Jarvis Temple les condujo a través de un amplio recibidor estilo Victoriano con un suelo de *parquet* pulido y brillante, y puertas correderas, hasta un enorme salón con muebles pasados de moda. Willard Temple vestía de nuevo un traje oscuro muy clásico y sonrió forzadamente a los muchachos.

—Mi tío no se encuentra muy bien hoy, muchachos, de manera que ha decidido acostarse. Me ha pedido que discutamos la posibilidad de que trabajéis para él, para conseguir la devolución del águila.

—En realidad —repuso Bob— ya estamos en el caso. Trabajamos con Paul para atrapar al rompe-ventanas, y es el mismo caso.

—Claro —repuso Willard Temple—. Lo había olvidado.

—De todos modos —intervino Jupiter con presteza—, no veo la razón para que no podamos encontrar su águila al mismo tiempo. Nos ayudaría a atrapar al culpable si supiéramos dónde puede venderse esa moneda y quién podría comprarla.

—Canastos —exclamó Pete—. Debe ser realmente difícil venderla. Quiero decir que todo el mundo la conoce, ¿no? Y todos sabrán que ha sido robada. Así que ¿quién iba a comprarla?

—Los coleccionistas no suelen ser muy escrupulosos, Segundo —le dijo Jupiter—. La mayoría no tocarían siquiera esa moneda, pero hay otros que la desearían a toda costa. Por poseerla, para contemplarla en privado… y sin dejar que nadie sepa jamás que

está en su poder.

Willard Temple asintió.

—Jupiter tiene razón, muchachos. Hay pocos coleccionistas así, pero algunos de ellos se encuentran entre los más ricos y pueden pagar cualquier precio. Y, en cuanto a dónde puede ser vendida esa moneda, siempre hay marchantes indeseables que operan con semejantes coleccionistas.

—Sin embargo —dijo Jupiter—, no es fácil. El ladrón tiene que saber cómo ponerse en contacto con el marchante o coleccionista sin escrúpulos.

—Muy difícil —convino Willard Temple—. Tiene que estar muy familiarizado con todo el mundillo de coleccionistas de monedas.

—Quizás usted pueda decirnos quiénes son algunos de esos marchantes ilegales para poder vigilarles —dijo Jupiter.

—¿Yo? —El joven Temple meneó la cabeza y se pasó los dedos por sus cabellos castaño claro con gesto nervioso—. No, me temo que no sé gran cosa del mundo de la numismática. Nunca me he interesado por la afición de mi tío.

—Entonces tendremos que preguntárselo a él —replicó Jupiter.

Willard Temple parpadeó.

—¿A mi tío? Oh, claro. En cuanto él quiera, si es que decide contrataros. —Miró su reloj de pulsera—. Bien…

Jupiter miraba aquel salón antiguo.

—¿Y no podríamos examinar algunas de las monedas de su tío? De este modo sabríamos qué andamos buscando. No veo ninguna por aquí.

—Oh, no. Las guarda en su despacho —replicó Willard Temple volviendo a consultar su reloj.

—¿Podríamos ver las monedas? —insistió Jupiter.

—¿Verlas? Sí, claro. Por aquí.

Les hizo salir del salón al vestíbulo y, una vez allí, les condujo a una puerta del fondo. La abrió con una llave de su llavero. El pequeño estudio era todo madera oscura y libros, con una gruesa alfombra marrón en el suelo e hileras de vitrinas. En ellas habían monedas de todas clases, descansando sobre terciopelo azul oscuro. Willard Temple señaló una vitrina.

—Estas son monedas americanas. Ésta que está a la izquierda es la otra doble águila de tío Jarvis, pero no vale tanto.

Los jóvenes se apiñaron ante la vitrina para contemplar la enorme moneda de oro en su nicho de terciopelo azul. Brillaba bajo la luz interior de la vitrina. Del tamaño de un dólar de plata, la moneda mostraba un águila voladora de perfil, con las alas sobre su cabeza recortándose contra los rayos divergentes de un sol naciente.

—¿De cuándo es? —preguntó Bob.

—Ésta es de 1909 —dijo Willard Temple—. La fecha está en la otra cara con una figura de pie que representa la libertad. Es una hermosa moneda, pero sólo vale unos dieciocho mil dólares.

Pete lanzó un silbido.

—A mí me parece un buen precio. Y esa moneda ni siquiera es muy antigua.

—No es la fecha lo más importante, sino la rareza y su estado de conservación. A principios de este siglo no se acuñaron muchas monedas de oro porque el papel moneda se hizo más popular que las monedas demasiado pesadas.

—¿Pero por qué el águila que le han robado vale mucho más? —preguntó Paul—. ¡Un cuarto de millón de dólares! ¡Es increíble!

—Ah, la moneda robada tiene un relieve ultramarcado. Eso quiere decir que el águila y la libertad sobresalen mucho sobre el fondo. Es el mismo dibujo… ambos son de Augustus Saint-Gaudens, pero la del relieve tan marcado sólo se emitió durante un año, 1907. Es bonita porque sí y sumamente rara.

—¿En qué clase de estuche iba el águila robada? —quiso saber Bob.

—En un estuche de piel negra del tamaño de un paquete de cigarrillos, con dos bisagras y un botón que al ser apretado abría el cierre —explicó Willard Temple—. En su interior estaba forrado del mismo terciopelo azul de las vitrinas, pero la moneda estaba dentro de un sobre de plástico para protegerla del uso.

Bob, Pete y Paul contemplaron la magnífica moneda de oro, mientras escuchaban a Willard Temple. Jupiter recorría la estancia.

—Señor Temple —dijo el rechoncho jovencito—. No he visto ningún aparato de TV en su casa.

—Mi tío aborrece la televisión —rió Willard Temple—. No tenemos tele en la casa.

—¿Entonces qué hace esa parábola receptora en el patio?

—¿Parábola? —El sobrino volvió a parpadear—. Oh, Sara y yo

tenemos una tele en el cuarto de estar. Mi tío está ahora descansado allí, si no, os enseñaría lo que hace ese receptor de satélite.

—Ya —dijo Jupiter asintiendo con la cabeza—. ¿Entonces supongo que hemos de volver más tarde, o es usted quien nos contrata en nombre de su tío?

—Yo creo… —comenzó a decir Willard Temple.

De pronto la puerta del despacho se abrió de par en par y el propio Jarvis Temple apareció bajo el marco con su bastón y miró fijamente a los muchachos.

—¿Qué están haciendo éstos en mi estudio? —rugió el anciano al entrar cojeando en la habitación—. ¿Tratando de decidir qué moneda robarán a continuación?

—Su sobrino nos ha traído aquí, señor —repuso Jupiter con calma—. Si hemos de ayudarle a encontrar su águila, necesitamos saber qué aspecto tiene. Ahora, si pudiera decirnos…

—¡Ayudarme a encontrar mi águila! —El anciano de cabellos grises les miraba lleno de asombro—. ¡No os dejaría acercaros ni a un kilómetro de mi águila! ¡A ninguno de los cuatro! ¡Fuera de mi casa!

—Pero su sobrino… —comenzó Jupiter.

Pete le atajó con calor.

—¡Él nos telefoneó y dijo que usted quería contratarnos! Nosotros no hubiésemos…

El viejo Jarvis se puso como la grana.

—¡Mi sobrino es un mentiroso! ¿Contrataros? ¡De eso nada! ¡Fuera, he dicho!

Y alzando el bastón con aire amenazador se abalanzó sobre los cuatro jóvenes, pero antes de que pudiera descargarlo encima de ninguno de ellos, Sara Temple entró corriendo en el estudio y se lo arrancó de la mano al anciano furioso.

—¡Tío! ¿Qué estás haciendo?

La muchacha con el bastón en la mano miró a su tío llena de espanto. Jarvis la miró a su vez.

—¡No sé lo que estáis haciendo, pero quiero que estos delincuentes juveniles salgan inmediatamente de mi casa!

Y dicho esto, el anciano cogió su bastón y salió cojeando del estudio. Willard y Sara le miraron marchar desalentados. La joven morena, dos dedos más alta que su primo mayor, seguía llevando

sus enormes gafas de sol, pero vestía maillot y leotardos rojos como si hubiera estado haciendo ejercicio. Miró tristemente a su tío que se alejaba.

—Lo sentimos mucho, chicos. Estos días mi tío sufre ataques de amnesia. Es la tensión que le produce la pérdida de la doble águila. Yo oí cómo pedía a Willard que os telefoneara, pero ahora no se acuerda. Pero me figuro que lo mejor será no contrataros oficialmente hasta que se muestre más razonable.

Willard Temple asintió.

—Si cambia de opinión volveré a llamaros.

Una vez fuera de la casa victoriana, los muchachos recogieron sus bicicletas en la avenida.

—Vaya —dijo Paul—; el viejo Jarvis olvidó por completo que le había dicho a Willard que nos llamara.

—No sé —se burló Pete—. A mí ese viejo me ha parecido muy despierto.

—Sí —convino Jupiter pensativo mientras contemplaba al pequeño Datsun rojo ahora aparcado en la avenida—. De todas formas, será mejor que vayamos a ver qué encontramos en la camioneta de Paul antes de que oscurezca.

CAPÍTULO 12
OTRA VEZ LA CADENA FANTASMA

La camioneta gris se hallaba aparcada en el callejón detrás de la tienda de muebles de segunda mano del señor Jacobs. Los cuatro jóvenes registraron el asiento, el espacio detrás del asiento, y el interior de la camioneta.

—Me figuro que un clip de sujetar papeles no puede romper ningún cristal —dijo Pete mostrando un clip doblado que acababa de encontrar debajo del asiento.

—Difícilmente, Segundo —repuso Jupiter tajante.

—¿O alguna lata vacía de soda? —añadió Bob desde la parte de atrás donde encontró un montón de latas vacías.

—El trabajo me da sed —confesó Paul con una carcajada—. Y luego olvido las latas vacías. Mi padre se enfada muchísimo.

—¿Qué es esto? —preguntó Pete. Y les mostró un pedazo pequeño de metal grisáceo y deformado del tamaño de una chincheta.

Bob lo cogió.

—Parece uno de esos plomos redondos que se ponen en los sedales de pescar para que se hunda el anzuelo.

—Y que lo hayan pisado o aplastado —añadió Paul tras examinarlo.

—Un plomo deformado por impacto —dijo Jupiter contemplando el pedazo de metal—. Pero esto no es plomo y parece ser que estaba hueco antes de ser aplastado. Por lo menos en parte.

—Puede que sea la parte superior de una lata por donde se vierte el líquido —sugirió Pete—. Ya sabéis, aceite, engrudo o algo por el estilo.

Bob sostuvo en alto el pequeño fragmento de metal.

—¿Veis esas pequeñas estrías a un lado? Hay algo en ellas que me resulta familiar, pero no sé qué puede ser.

—Bien —dijo Pete—, seguro que no es lo bastante grande como para romper un cristal, pero de todas formas voy a guardarlo. Podría ser parte de alguna otra cosa.

Pete cogió el trocito de metal y lo metió en su bolsillo. Los muchachos continuaron el registro de la camioneta. Encontraron bandas de goma elástica, calderilla, una tarjeta de crédito arrugada, vales para gasolina y toda la variedad de desperdicios que se acumulan en el suelo de un vehículo. Pero no había nada lo bastante grande para atravesar el cristal de una ventanilla. Los jóvenes le dieron otro repaso y al fin se dieron por vencidos.

La tarde declinaba cuando los investigadores se despidieron de Paul y volvieron a la chatarrería en sus bicicletas. Tía Matilda estaba de pie delante de la oficina.

—Un hombre llamado Willard Temple ha llamado, Jupiter. Dijo que su tío había cambiado definitivamente de opinión y que lamentaba haberos molestado. Tú sabrás lo que significa.

—Vaya —se lamentó Pete—. Y yo que pensaba que teníamos un auténtico cliente de pago.

—Por lo menos una recompensa si encontrábamos su moneda —convino Bob.

—¿Tía Matilda? —dijo Jupiter despacio—. ¿Viste hoy a alguien que se comportara de un modo extraño en el patio? ¿Tal vez que se subiera a un poste de teléfonos?

—¿Qué se comportara de un modo extraño? Nadie —replicó tía Matilda.

—Bueno, tal vez no de un modo raro —insistió Jupiter—. ¿Pero viste a alguien subirse a ese poste de ahí detrás?

—No. —Su tía meneó la cabeza—. Excepto al empleado de teléfonos, claro.

—¿Cuándo fue eso, tía Matilda? —preguntó Jupiter rápidamente.

—Pues, esta tarde. Creo que fue antes de que os marcharais, pero la verdad no estoy segura. ¿Quién se fija en un empleado de teléfonos?

Cuando los investigadores estuvieron donde tía Matilda no

pudiera oírles, Pete se volvió a Jupiter.

—¿Qué es eso del empleado de teléfonos, Primero?

—¿Acaso piensas que ese hombre no era realmente un empleado de la compañía? —preguntó Bob—. ¿Tal vez alguien que pretendía vigilar el patio?

—Posiblemente, Archivos —repuso Jupiter—. Sin embargo eso tendrá que esperar. Puesto que no podemos hacer nada más hasta el lunes por la noche, sugiero que vosotros dos paséis el fin de semana pensando en nuestro problema base: ¿Es el ciclista el que rompe las ventanillas? Y si es él, ¿cómo lo hace y por qué? Y también, ¿cómo es que siempre parece saber dónde vigila la policía?

—¿Es eso todo lo que vas a hacer tú, Jupe? —le preguntó Bob.

—Desde luego, Archivos, aparte de visitar al comisario Reynolds. Como Pete está fuera de la ciudad y Paul trabajando, no podemos hacer gran cosa más.

Cuando llegó el lunes, los cuatro muchachos estaban deseando entrar en acción. Se reunieron temprano en el puesto de mando y pasaron el día preparando la segunda Cadena Fantasma. Dieron a todos sus amigos la descripción exacta del hombre alto de la bicicleta, diciéndoles que la pasaran a sus amigos, etcétera, etcétera, y pidiendo a todos que le vigilasen. Todos los observadores recibieron instrucciones de permanecer a ser posible dentro de sus casas o por lo menos vigilarle desde un lugar bien escondido. Después, Jupe conectó el contestador automático para grabar todos los mensajes. Todo estaba dispuesto para las actividades de la tarde.

Estaba ya anocheciendo cuando los cuatro muchachos se reunieron después de cenar en el puesto de mando. Se sentaron alrededor del contestador automático y esperaron. Llegaron las ocho y pasaron de largo. Los niños nerviosos se hablaban unos a otros en susurros, como si alguien pudiera oírles… como si también ellos estuvieran de vigilancia en la red de «fantasmas» de la Cadena. Pasaron las ocho y cuarto. Y las ocho y media.

Sonó el teléfono. La primera voz sonó por el altavoz.

—El hombre de la bicicleta, con casco, gafas, auriculares y mochila en la manzana 1400 de la calle Oliva. ¡Acaba de romperse una ventanilla! ¡No he visto que el hombre de la bici hiciera nada!

Pete estaba decepcionado.

—¡No hizo nada!

—No —repuso Jupiter mordiéndose el labio— pero estuvo allí.

El teléfono volvió a sonar.

—¡Por la manzana 1300 de Oliva acaba de pasar el hombre de la bicicleta y la ventanilla delantera de un Ford gris se ha roto! El ciclista no se detuvo.

—¡No se ha parado! —exclamó Paul.

—¡Pero las ventanillas siguen rompiéndose a su paso! —dijo Bob.

—¡Ventanilla rota de un Mercedes azul en la manzana 1200 de la calle Oliva! Pasó el ciclista. Pareció mover algo debajo del manillar.

Paul observó:

—El policía con quien hablé dijo que el hombre de la bici iba a mover algo debajo del manillar.

—¿Pero qué?

—¡Esperad, escuchemos! —les aconsejó Bob. Jupiter dijo:

—No sucederá nada en las dos o tres manzanas siguientes, Archivos. ¡Atención!

—Un hombre con gafas y auriculares montado en una bicicleta de carreras acaba de pasar por la manzana 1100 de la calle Oliva. ¡No ha ocurrido nada en absoluto!

Los otros miraron a Jupiter.

—¡El ciclista que describisteis ha pasado por la manzana 1000 de la calle Oliva, pero no ha ocurrido nada, chicos!

—¿Cómo lo sabías? —le preguntó Pete a Jupiter.

—Cuando el viernes fui a ver al comisario Reynolds, le pregunté dónde estaría apostada esta noche la policía, y me dijo que en la manzana 1000 de la calle Oliva —explicó Jupiter—. ¡El rompecristales sabía también esta vez dónde estaba la policía!

—Manzana 900 de la calle Oliva. El hombre de la bici de carreras acaba de pasar. ¡Creo que ha movido algo de debajo del manillar y se ha roto la ventanilla de un Chevette! ¡No he podido ver nada más!

—¿Pero qué puede llevar debajo del manillar? —preguntó Bob —, quiero decir, que pueda romper un cristal.

—¿Y si arroja algo porque nadie le ve hacerlo? —se extrañó Paul —. Debieran verle incluso de noche.

—Ciclista con aspecto de hombre del espacio en la manzana 800

de la calle Oliva. ¡La ventanilla de un Cadillac ha estallado! ¡Debe haber disparado algo contra el coche, chicos! ¡No estoy seguro! ¡Va muy de prisa y está oscuro, pero creo que ha disparado!

Bob se volvió a Pete.

—Segundo, ¿dónde está ese pedacito de metal que encontraste en la camioneta de Paul?

—Aquí lo tengo. —Pete sacó el trocito de metal plateado de su bolsillo y se lo entregó a Bob.

¡Claro! —exclamó Bob excitado—. ¿Veis esas estrías? ¿Y que en parte era hueco y en parte compacto? ¡Ya me parecía que sería eso!

—¿Y qué es eso? —quiso saber Pete.

—¡Un balín de una pistola de aire comprimido! —dijo Bob mirando a sus amigos—. Utiliza una pistola de aire comprimido para disparar contra las ventanillas de los coches. ¡Una muy potente!

—Aquí la manzana 700 de la calle Oliva. ¡El hombre de la máquina de carreras y el casco acaba de pasar por delante de un Mercury verde y la ventanilla se ha roto! No vi que el ciclista hiciese nada.

—¡Yo creo que estás en lo cierto, Archivos! —dijo Jupiter demasiado contento para que le importase que Bob hubiese sabido encontrar la respuesta primero—. Todo lo que tiene que hacer es disimularla debajo del manillar de carreras y apretar el gatillo cuando pasa a la altura de la ventanilla del coche y disparar. Es cuestión de segundos, no hace ruido y apenas se le ve cuando pasa en la oscuridad. ¡Y sólo deja un pedacito de metal que nadie encuentra a menos que lo busque intencionadamente!

—¡Será mejor que llamemos a la policía! —exclamó Paul—. ¡Ahora mi padre me creerá!

—Sí —convino Jupiter—. Les lla… ¡No, espera! ¡Todavía no podemos llamar a la policía! ¡Tenemos que atraparle nosotros!

—¿Por qué, Jupe? —quiso saber Pete—. El comisario dijo…

—Te lo explicaré más tarde. Ahora debemos…

—¡Jupiter, Bob, Pete! ¡La policía ha sorprendido al hombre de la bici de carreras rompiendo un cristal! ¡Lo tienen acorralado en el cruce de las calles Oliva y Chápala! ¡Id para allí!

—¡Vamos! —exclamó Bob.

—Las bicicletas son demasiado lentas —decidió Jupiter—.

¡Pediremos a Hans o a Konrad que nos lleven en el camión!

Salieron apresuradamente por el túnel tres y corrieron hacia la oficina. Uno de los camiones de la chatarrería estaba aparcado delante, pero en la oficina estaba únicamente tío Titus.

—Lo siento, chicos —le dijo tío Titus—. Hans y Konrad se han ido con tía Matilda y yo estoy esperando una llamada telefónica.

—Puedo conducir yo —se ofreció Paul—. Llevo encima mi licencia.

—¿Puede, tío Titus? —le preguntó Jupiter.

—Bueno, no veo por qué no —replicó tío Titus.

Paul condujo cuidadosamente a través de las calles desiertas de la ciudad hasta la confluencia de las calles Oliva y Chápala. Excitados, los muchachos miraron a su alrededor en busca de la policía y el ciclista capturado.

Allí no había nadie.

—Yo… yo no veo a nadie —tartamudeó Pete. Las calles estaban desiertas. No se oía ni se veía nada en la oscuridad de la noche silenciosa.

—Aquí no hay nadie —dijo Bob decepcionado.

Paul dijo:

—¿Jupiter? Qué…

—¡Un truco! —exclamó Jupiter de pronto—. Nos han engañado, muchachos. ¡Hemos mordido en anzuelo! ¡Esa voz del teléfono no pertenecía a ningún fantasma de la cadena!

CAPÍTULO 13
¡VENCIDOS!

—¿Pero por qué, Jupe? —decía Pete.

El Segundo Investigador miraba a un lado y a otro de las calles solitarias en busca de la patrulla de policía que debiera haber arrestado al ciclista culpable.

—Para evitar que llamásemos a la policía —dijo Jupiter— o para alejarnos del puesto de mando y de los informes de la Cadena Fantasma. ¡De prisa, Paul, volvamos a la calle Oliva! Tal vez el hombre de la bici no haya pasado todavía por aquí y siga en la calle Oliva.

Paul llevó el camión a la calle en cuestión y avanzó lentamente por las tranquilas manzanas residenciales. Los Tres Investigadores miraban con suma atención por si veían al ciclista de la bici de carreras.

—Mirad a ver si veis alguna ventanilla rota —les advirtió Jupiter.

—Ya he estado mirando, Primero —replicó Bob—. Y hasta ahora no he visto ninguna.

Paul continuó conduciendo el camión por la calle de casas antiguas entre automóviles aparcados, y todos buscaron con la mirada cristales rotos y al ciclista del casco.

—¡Allí! —gritó Bob—. ¡Una ventanilla rota!

Habían llegado a la manzana 600 de la calle Oliva.

—Para el camión, Paul —dijo Jupiter.

Paul lo acercó a la acera junto a un gran «Buick» allí aparcado y que tenía rota la ventanilla del lado del conductor. Jupiter miró a lo largo de la oscura calle Oliva.

—Esto está una manzana más allá de donde nos dieron el último parte de la ventanilla rota —dijo el Primer Investigador—. Parece que ha roto un cristal más después que salimos engañados, y luego de detenerse debió desaparecer entre esta manzana y la esquina de Chápala.

—Vaya, ¿por qué, Jupe? Quiero decir, ¿qué le hizo detenerse? —preguntó Pete.

—Volvamos al puesto de mando —decidió Jupiter—. Tal vez la Cadena Fantasma pueda decirnos algo.

Paul condujo lo más aprisa que pudo por las calles residenciales y regresó a la chatarrería de las afueras de la ciudad. Una vez en el puesto de mando, Jupiter puso en marcha el contestador automático, conectó el altavoz y localizó el mensaje que les había hecho salir corriendo.

—¡Jupiter, Bob, Pete! ¡La policía ha sorprendido al hombre de la bici de carreras rompiendo un cristal! ¡Le tienen acorralado en el cruce de las calles Oliva y Chápala! ¡Voy para allí!

La voz del impostor se cortó. Los muchachos aguardaron a que la máquina transmitiese el mensaje siguiente.

—Aquí la manzana 60 de la calle Oliva. Vuestro ciclista ha pasado junto a un gran «Buick» y la ventanilla se ha roto. Pero el tipo no hizo nada. Quiero decir que sólo me dio la impresión de que pasaba de largo el coche.

—Debe ser realmente difícil ver esa pistola de aire comprimido —observó Paul.

Jupiter asintió.

—El ciclista va muy de prisa, está oscuro, ¿y quién piensa que un hombre montado en una bicicleta va a disparar contra los cristales de los automóviles? El que oye, o incluso ve romperse el cristal, mira primero al coche y luego al ciclista que ya ha pasado de largo, con la pistola escondida en algún lugar de la bicicleta. Nuestros fantasmas han visto más porque estaban observando atentamente al ciclista.

—Calle Oliva, manzana 500, muchachos. Vuestro hombre de la bici de carreras acaba de pasar. Por lo menos el ciclista respondía a vuestra descripción. ¡Pero no ha pasado nada! Ninguna ventanilla rota. Nada.

—Todavía está en la calle Oliva —exclamó Paul—, ¡pero no

dispara!

Esperaron el informe siguiente.

La grabadora permaneció silenciosa No había más mensajes en la cinta.

—Eso es —dijo Bob—. ¡Pasó por la manzana 500 y ninguno de la Cadena Fantasma volvió a verle!

—¿Qué ocurrió, Jupe? —se preguntó Pete—. Tenemos una Cadena Fantasma por toda la ciudad. Alguien tuvo que verlo aunque no rompiera ningún cristal.

—Aunque hubiera salido de la calle Oliva —añadió Paul.

Jupiter se mordió el labio inferior.

—Caben dos explicaciones posibles. O bien se quitó todo el equipo y abandonó su bicicleta y por eso nuestros vigilantes no lo reconocieron, o alguien lo recogió en un coche o un camión y se lo llevó.

—¿Pero por qué, Jupe? —insistió Pete—. ¿Tú crees que descubriría que los chicos de la Cadena Fantasma le estaban vigilando?

—Eso es exactamente lo que creo que ha ocurrido —replicó Jupiter.

—¿Cómo? —quiso saber Paul.

—¡Le dijeron que le estaban vigilando, Paul! Le avisaron y por eso dejó de disparar y desapareció.

—¿Le avisaron? —dijo Paul poco convencido.

—Quizás alguien de la Cadena Fantasma lo conozca y haya salido a avisarle —sugirió Bob.

Jupiter meneó la cabeza.

—No exactamente, muchachos. Todo se va aclarando. Se enteró de nuestra vigilancia por el mismo medio que sabe siempre dónde está apostada la policía para atraparle. Alguien le avisa, desde luego… ¡a través de sus auriculares!

—¿Sus auriculares?

—¿Son esos que lleva conectados a la radio que lleva en su mochila?

—Debe ser una BC, ¡una Banda Ciudadana! —¡O algún radioaficionado!

—Seguro que un scanner, un receptor explorador automático que capta las llamadas de la policía —declaró Jupiter—. Cuando el

viernes hablé con el comisario Reynolds le pregunté si las patrullas estaban en contacto por radio con jefatura y viceversa. Me dijo que naturalmente que sí. Entonces comprendí cómo el hombre de la bici sabía siempre dónde estaba la policía… les oía por su scanner automático. ¡Y así es como alguien le avisó esta noche, estoy seguro! Alguien que utilizó una de las frecuencias para advertirle que le vigilaba la Cadena Fantasma.



—Pero Jupe —objetó Bob poco convencido—, sólo nosotros cuatro sabíamos que esta noche volvería a funcionar la Cadena Fantasma.

—Cierto —dijo Pete—. ¿Y cómo sabía ese impostor que nos engañó lo de la Cadena Fantasma? ¿Y a qué número había de llamar?

—Creo que puedo demostrároslo —replicó Jupiter—. Necesitaremos nuestra linterna de largo alcance y también la escalera larga del taller.

Minutos más tarde el robusto Primer Investigador abría la marcha, seguido de los otros cargados con la pesada escalera hacia la Puerta Roja de la cerca posterior. Jupiter quitó el nudo de la madera para soltar el pestillo y subió las tablas. Una vez al otro lado de la cerca se encaminó al poste de teléfonos cuyos hilos entraban en la chatarrería.

—Quiero que subas por la escalera hasta la caja de este poste —le dijo Jupiter.

—¿Y qué hago cuando esté arriba?

—Abres la caja y me dices lo que ves.

Con la linterna colgada del hombro con una cuerda, el atlético Segundo Investigador colocó la escalera apoyada contra el poste y subió por ella. Abrió la caja del teléfono e iluminó su interior.

—No veo más que un montón de cables. Quiero decir que parece… No, esperad. Aquí hay algo.

—¿Qué es, Segundo? —preguntó Jupiter.

Pete examinó más de cerca la caja del poste telefónico.

—No lo sé. Una especie de cubo de metal o plástico acoplado a un par de terminales. Quiero decir que parece que han «pinchado» la línea telefónica. ¿Quieres que lo baje?

—¡No! —gritó Jupiter—. No lo toques. Ya puedes bajar.

Una vez en tierra Pete alzó la cabeza para mirar a lo alto del poste.

—Es un micrófono espía, ¿verdad? Han pinchado la línea telefónica. Así es como ese tipo se enteró de lo de la Cadena Fantasma y pudo averiguar nuestro teléfono para darnos el informe falso.

Jupiter asintió.

—Es la única respuesta posible.

Bob miró hacia la caja del poste.
—¿Pero desde dónde escucha? No veo ningún hilo que salga de la caja, aparte de los del teléfono.
—Debe ser una clase especial de emisor que envía señales por radio —decidió Jupiter—. Tenemos que habérnoslas con alguien que entiende mucho de electrónica.
—Alguien que no nos ha quitado ojo todo el tiempo —dijo Bob.
—Querrás decir que no nos quita oreja todo el tiempo, ¿verdad, Archivos? —dijo Pete con una sonrisa.
Sus compañeros le miraron, gimieron y se volvieron caminando a la Puerta Roja, dejando a Pete solo con la escalera.
—¡Eh, chicos, la escalera! ¡Vamos, no era un chiste tan malo!
Los otros se volvieron para mirarle.
—¿No más chistes? —dijo Bob.
—Está bien, está bien —prometió Pete.
Riendo, los otros tres regresaron para ayudarle a llevar la escalera. Pete y Bob la devolvieron al taller exterior, y luego gatearon por el túnel dos hasta el remolque escondido. Allí encontraron a Jupiter y a Paul escuchando de nuevo el contestador automático.
—¡Jupiter, Bob, Pete! ¡La policía ha sorprendido al hombre de la bici de carreras rompiendo un cristal! ¡Lo tienen acorralado en el cruce de las calles Oliva y Chápala! ¡Voy para allí!
—¿Habéis reconocido la voz? —preguntó Jupiter.
—No estoy seguro —repuso Bob—. Hay algo…
—A mí me parece fingida —dijo Paul.
—¿Tal vez con cierto acento chino? —sugirió Pete.
—Un deje oriental —convino Jupiter—, como la voz del encargado de la agencia de alquiler de automóviles descrita por Worthington. La persona que llamó para preguntar por nosotros después del primer lunes, Probablemente el intruso que perseguimos la semana pasada, y apuesto cualquier cosa a que era el empleado de teléfonos que tía Matilda vio subido al poste el jueves pasado. Fue entonces probablemente cuando pinchó nuestro teléfono.
—¿Pero quién es? —exclamó Pete—. ¿Y qué quiere? ¿Por qué nos espía?
—Tiene que ser un compinche del rompecristales o algo así —

sugirió Paul.

Jupiter se mordió el labio.

—Al parecer trabajan juntos.

—¿Pero cuál es el objetivo de todo esto? —dijo Bob—. ¿Por qué rompen las ventanillas de los automóviles? Una pistola de aire comprimido, electrónica, un receptor scanner que capta los canales de la policía, un micrófono espía. ¿Todo este montaje sólo para romper cristales?

—Tiene que haber una buena razón —decidió Pete—. Algo importante que el rompecristales saca de todo esto, ¿no os parece?

—Puede que en realidad sólo haya querido robar la moneda del viejo Jarvis Temple —dijo Paul—. Una moneda valorada en doscientos cincuenta mil dólares es una muy buena razón.

—¿Jupe? —preguntó Bob—. ¿Tú qué opinas?

El jefe de los Investigadores estaba sentado en su escritorio estudiando una vez más el mapa con sus hileras de chinchetas de colores. Suspiró.

—Probablemente existe una razón que todavía no se nos ha ocurrido —dijo—, pero en realidad ya no importa. El caso está cerrado.

Los otros tres muchachos miraron al Primer Investigador sin pronunciar palabra. Jupiter les devolvió la mirada.

—Se ha ido —dijo con tristeza—. Hemos perdido a nuestro hombre.

Los cuatro muchachos permanecieron sentados en el remolque sin saber qué hacer.

—Sabemos que el hombre de la bici de carreras es el que rompe los cristales —continuó Jupiter—, ¡pero ignoramos quién es! No conocemos su nombre, ni siquiera el aspecto que tiene sin las gafas y el casco. ¡Jamás le vimos el rostro! Y ahora se ha ido. Sabe que ha sido descubierto y ya no volverá a romper ningún cristal.

Pete gimió.

—Jupe tiene razón. Sabemos que él es el rompecristales, pero no podemos atraparle.

Jupiter asintió con desaliento.

—Hemos resuelto el caso, pero no podemos demostrárselo a nadie.

Los muchachos permanecieron sin decir nada varios minutos

más. Al fin Pete miró el reloj.

—Bien, ya es tarde —declaró—. Creo que lo mejor será que volvamos a casa.

Bob asintió contrariado.

—Es lo mejor que podemos hacer. Seguro que no vuelve a romper ningún cristal, de modo que el caso se acabó.

—Ahora mi padre no me creerá nunca —se lamentó Paul.

CAPÍTULO 14
JUPITER ACIERTA OTRA VEZ

A la mañana siguiente durante el desayuno, el padre de Paul le miró con incredulidad.

—¿Un hombre montado en una bici de carreras con casco, gafas, auriculares y mochila? ¿Y dispara contra los cristales de los coches con una pistola de aire comprimido?

—¡Es cierto, papá! Jupiter y los muchachos lo demostraron anoche.

Paul le contó a su padre todo lo del ciclista y de la Cadena Fantasma.

—¿Cadena Fantasma? —el señor Jacobs abrió mucho los ojos.

Paul explicó cómo la Cadena Fantasma había demostrado primero que las ventanillas se rompían por todo Rocky Beach, y no había sido sólo las de la camioneta, y que luego sorprendieron a aquel individuo de la bicicleta en plena actuación. Su padre comenzó a asentir con la cabeza mientras escuchaba demostrando su aprobación, y la incredulidad que reflejaban sus ojos se fue convirtiendo en admiración.

—Palabra, Paul, que es una idea realmente genial. Cadena Fantasma, ¡ummmm! Buen nombre —dijo el señor Jacobs y se echó a reír—. ¿Y qué explicación dio ese gamberro ciclista cuando le detuvo la policía?

—No… no se lo hemos dicho todavía a la policía.

—¿Que no se lo habéis dicho a la policía? —el señor Jacobs frunció el entrecejo—. ¿Por qué no? ¿No intentaréis capturarle vosotros?

—No, papá —dijo Paul.

—¿Entonces, qué?

—Nosotros… nosotros no sabemos quién es —dijo Paul angustiado—. Quiero decir que no sabemos su nombre, ni dónde vive, o qué aspecto tiene sin el casco, las gafas y el equipo de ciclista.

—¿No sabéis quién es? —el señor Jacobs miró a su hijo y parpadeó.

—¡Huyó antes de que pudiéramos atraparle, papá! ¡Pero lo averiguaremos! Quiero decir… de algún modo.

—Ya —el señor Jacobs volvió a su desayuno—. Vamos, Paul. Ya sé que quieres volver a conducir la camioneta, pero aunque has realizado un buen trabajo cuidando de la tienda durante mi ausencia, no te permitiré tocar la camioneta hasta que me expliques cómo se rompieron las ventanillas.

Desconsolado, Paul terminó su desayuno. Luego decidió ir en su vieja bicicleta a la chatarrería. Tal vez a Jupiter, Bob o a Pete se les hubiera ocurrido algún medio de identificar al hombre de la bici de carreras, aunque él no veía cómo. Había pasado la noche muy inquieto dando vueltas y estrujándose el cerebro y sin dar con nada que pudiera solucionar su problema.

Cuando Paul llegó a la chatarrería encontró a Pete y a Bob en la puerta del taller.

—¿Dónde está Jupiter?

—Es una buena pregunta —repuso Pete.

—No está aquí, Paul —explicó Bob—. Hemos estado esperando casi una hora en el puesto de mando, y no ha aparecido.

—Fuimos a la oficina, pero allí sólo estaba Konrad, y tampoco sabía dónde está Jupe —dijo Pete.

—Pensábamos que podía haberse marchado en el camión con tío Titus —añadió Bob.

—De modo que decidimos esperarle aquí —dijo Pete encogiéndose de hombros—. El puesto de mando es demasiado deprimente. Estar mirando el mapa con todas sus chinchetas, y escuchar esa voz que nos engañó para que el ciclista pudiera escapar.

—¿Alguno de vosotros tiene alguna idea para poder atrapar al hombre de la bici?

Los dos jóvenes detectives menearon la cabeza desanimados. Los

tres se sentaron en el porche del taller en silencio. Transcurrió media hora, pero Jupiter seguía sin aparecer. Entonces vieron el camión que entraba en el patio. Todos aguardaron expectantes, pero únicamente se apearon Hans y el tío Titus. Los muchachos corrieron a la oficina.

—¿Ha visto a Jupe, señor Jones? —le preguntó Bob.

—Desde anoche, no, muchachos —replicó el tío de Jupiter—. Se fue a la cama muy deprimido. Ni siquiera se comió su bocadillo de última hora. Y me parece que no ha desayunado tampoco.

—¿No tomó su bocadillo antes de acostarse? —se maravilló Bob.

—¿Ni ha desayunado? —añadió Pete sin poder creerlo.

—¿Dónde puede haber ido? —dijo Paul.

—No lo sé —repuso tío Titus—, pero cuando le veáis, decídnoslo, por favor. Su tía está un poco preocupada.

Los muchachos asintieron antes de regresar lentamente a la puerta del taller.

—¿Qué puede estar haciendo? —preguntó Paul a los dos investigadores.

—Puede que tampoco le haya apetecido venir al puesto de mando —replicó Bob.

Pete asintió con un suspiro. Paul miró con tristeza hacia la puerta principal de la verja donde Hans y Konrad estaban descargando las últimas adquisiciones de tío Titus del camión.

Bob se apoyó desalentado contra el banco de trabajo.

De pronto, sin saberse de dónde salía, una voz dijo:

—¿Es que vosotros tres os vais a quedar ahí sin hacer nada? ¡Tenemos que trabajar para resolver este misterio! ¿Es que tengo que esperaros todo el día?

—¡Jupe! —exclamó Pete.

—¿Dónde está? —Paul miró alrededor del taller.

—¡Ahí! —Bob señaló al transceptor que Jupiter había colgado en el taller—. ¡Está en el remolque! ¡Vamos!

Bob y Pete se disponían ya a gatear por el túnel dos cuando recordaron que Paul era demasiado corpulento para pasar por él. Dieron media vuelta y los tres jóvenes rodearon la chatarra hasta llegar a la vieja puerta de roble del túnel tres. Pete la abrió con la llave herrumbrosa y no tardaron en atravesar el viejo calentador y llegar al puesto de mando. Jupiter se hallaba sentado ante su mesa

sonriendo con aire de suficiencia y mirando con benevolencia el mapa con sus hileras de chinchetas de colores.

—¿De dónde vienes? —le preguntó Bob—. ¡Te hemos estado esperando toda la mañana!

—Oh, entré por la parte de atrás —replicó Jupe sin darle importancia.

—Tío Titus dijo que estabas muy deprimido —le dijo Pete en tono acusador—. ¡Pero no pareces muy deprimido que digamos!

—¿Deprimido? —replicó Jupiter—. ¿Por qué iba a estar deprimido, cuando estamos a punto de solucionar lo que parecía el caso más desesperante de toda nuestra carrera?

—¿Cómo? —preguntaron los tres al unísono.

Jupiter sonreía con aire de superioridad.

—En realidad la solución la disteis vosotros anoche, pero yo estaba demasiado deprimido para prestar atención. Y sólo a media noche, medio desfallecido por no haber tomado mi bocadillo, me di cuenta de lo que Bob había dicho y con lo que todos vosotros estuvisteis de acuerdo.

—¡Qué! —exclamaron los otros exasperados.

—¡Que tenemos que averiguar por qué el ciclista rompe los cristales! —El Primer Investigador continuó sonriendo a los otros tres—. Vosotros teníais razón. Todo lo que hemos de hacer ahora es imaginar por qué rompe los cristales y sabremos quién es.

Los tres oyentes permanecieron sentados y mudos. Se miraron unos a otros y al fin volvieron sus ojos hacia Jupiter.

—Yo no lo sé, Primero —dijo Bob indeciso.

—Vaya —objetó Paul— aunque supiéramos el porqué, podría haber un montón de gente con la misma razón.

—No —replicó Jupiter con firmeza—. Yo creo que no, Paul. Yo creo que una vez sepamos por qué se rompieron las ventanillas tendremos un área muy reducida donde buscar al culpable.

—A mí me parece poco probable —repuso Pete—, pero Jupe siempre tiene razón, de modo que, ¿por qué no intentarlo? ¿Por qué ese ciclista ha roto todos esos cristales? ¡Tal vez porque odia las ventanillas!

—O los automóviles —replicó Bob—. Le gusta estropearlos.

—No —Jupiter meneó la cabeza—. En ese caso dudo que se hubiera limitado a romper uno por manzana. Es más probable que

hubiese roto todos los que hubiera podido en el mismo sitio y luego desapareciera. Por el contrario, aquí tenemos un meticuloso plan para espaciar las ventanillas rotas. Yo creo que procura no atraer la atención y hacer que cada incidente parezco un caso aislado.

—Bien, ¿y qué me dices de un gamberro meticuloso? —sugirió Paul—. Quiero decir, que disfruta rompiendo cristales, pero sin embargo no quiere que le atrapen.

—Los gamberros no planean sus actos con tanto cuidado, Paul —analizó Jupiter—. El gamberrismo es simplemente odio. Gente que se siente ultrajada, hundida, engañada o discriminada en el mundo y quiere volverse contra ese mundo que le hiere. El gamberrismo es en general completamente espontáneo, se comete en un momento de arrebato, y, por consiguiente, es fácil de descubrir.

—Pues éste no es nada sencillo —convino Paul.

—Correcto, Paul —asintió Jupiter—. Este tipo ha calculado muy bien el modo de camuflar lo que estaba ocurriendo y cómo protegerse. La verdad es que un gamberro no queda satisfecho si nadie conoce sus fechorías. Tal vez no quiera que le atrapen, pero sí que la gente sepa lo que ha hecho y por qué.

—Está bien —dijo Bob—, ¿qué te parece por venganza, Primero?

—¿Por vengarse de quién, Archivos?

—De los fabricantes de automóviles. Alguien que le ha salido mal su coche y por eso odia a «Ford», a «Toyota», o cualquier otra firma de automóviles.

—Entonces habría roto las ventanillas de una sola marca de coches. No tendría sentido vengarse de una compañía que no hubiera fabricado el trasto. Además, ¿por qué romper únicamente la ventanilla? ¿Por qué no ocasionarle daños mayores?

—De todas formas —indicó Pete—, tú querrías destrozar los automóviles que aún poseyera la compañía, y no los que ya hubiera vendido a la gente.

—De acuerdo —repuso Bob—, tal vez quiera vengarse de algunos propietarios de automóviles.

—Hay demasiados coches implicados, Archivos. El ciclista no puede odiar a cientos de personas.

—¿Y si fuese un vulgar irresponsable? —dijo Paul.

—Muchacho, ese tipo no actúa como un irresponsable —dijo Jupiter.

Pete suspiró.

—Supongo que no.

—¿Jupe? —dijo Bob—. ¿Y qué tiene que ver la doble águila en todo esto, al fin y al cabo? Tal vez todo el montaje haya sido para encubrir un solo robo. Ya sabes, destrozar todas esas ventanillas para ocultar el hecho de que lo que quería en realidad era romper únicamente un cristal para robar el águila.

Jupiter asintió pensativo.

—Lo he estudiado muy a fondo, pero, puesto que no ha robado nada más, parece descartarle. Si tú quieres ocultar un propósito criminal repitiendo los mismos actos, harás las mismas cosas. Para ocultar un robo, por este sistema, sería necesario cometer muchos robos, no romper muchos cristales. Tal como están las cosas, el robo se hace más patente.

—Pues entonces… —Pete pensaba intensamente.

—Podría ser que… —comenzó Paul.

—Tal vez… —Bob se interrumpió y meneó la cabeza—. No se me ocurre ninguna otra razón, Primero.

—Estoy seguro de que lo conseguiríamos si lo intentásemos de verdad, pero no creo que sea necesario. Caben muchas posibilidades, pero hay sólo una razón probable en realidad… como bien indicó Pete anoche.

—¿Yo? —Pete se extrañó—. ¿Cuándo dije eso?

—Cuando dijiste que el culpable debía ganar algo rompiendo cristales. Muchachos, ¿quién se beneficia de la rotura de cristales en los automóviles?

—¿Beneficiarse? —dijo Paul—. ¿A quién puede beneficiar una ventanilla rota?

Pete casi gritó:

—¡A los fabricantes de cristales!

—¡No —exclamó Bob—, a los que los fabrican, no, a los que los colocan! Los que reparan los cristales rotos.

—Exacto, Archivos —Jupiter sonreía—. Los que cambian los cristales rotos de los automóviles son los únicos que pueden sacar provecho de las ventanillas rotas.

Paul, que tenía el entrecejo fruncido, dijo:

—Pero Jupiter, casi todas las estaciones de servicio y talleres de reparación cambian los cristales rotos. ¿Qué beneficios hay aquí para tanta gente?

—Eso también me ha extrañado al principio —convino Jupiter—. Por eso me levanté temprano esta mañana y fui a visitar varias estaciones de servicio y talleres de reparación. Les pregunté dónde compraban los cristales de las ventanillas. Algunos, pocos, se los envían desde Los Ángeles o directamente de los fabricantes de coches, pero la mayoría tienen su distribuidora local. ¡Y chicos, en Rocky Beach existe únicamente una compañía que venda cristales de todas las marcas de automóviles… la Cristalería Margon!

CAPÍTULO 15
¿QUIÉN ES EL ROMPECRISTALES?

La Cristalería Margon consistía en un edificio de ladrillos amarillos de una sola planta y tres almacenes de metal acanalado situados detrás, todo ello rodeado de una alambrada de metro y medio. Se hallaba situada en las afueras de Rocky Beach, a menos de un kilómetro de la chatarrería. Había una puerta lateral para los camiones de reparto y empleados, y una principal para las visitas que iban a la oficina y al almacén de venta al por menor. Detrás del edificio se hallaban dos muelles de carga, y los espacios de aparcamiento destinados a los empleados situados junto a ellos, estaban medio vacíos. El aparcamiento para los clientes, a mano derecha del edificio principal, estaba constantemente ocupado.

—¿Tú crees que el rompecristales es el propietario de la compañía?

—No necesariamente, Archivos —replicó Jupiter. Ocultos tras unos altos castaños silvestres, los cuatro muchachos estaban tendidos sobre una colina baja que dominaba la carretera y la cerca de alambre de Margon, y los edificios. Sus bicicletas estaban al pie de la colina, en el lado más apartado de la carretera.

—Pudiera ser un vendedor que desea aumentar sus comisiones —continuó Jupiter observando la actividad de la cristalería— o tal vez un nuevo jefe de ventas que quiere hacer méritos. O algún empleado que teme ser despedido si el negocio se va a pique.

—¿Entonces cómo lo descubriremos —quiso saber Paul—, si ni siquiera sabemos qué aspecto tiene?

—Sabemos que es alto y delgado y probablemente joven… no se ven a demasiadas personas mayores montadas en bicicletas de

carreras y vistiendo semejante equipo. No puede haber demasiadas personas en Margon que se ajusten a esa descripción.

Desde su ventajoso punto de mira en lo alto de la colina, los muchachos estuvieron observando la compañía por espacio de una hora. El edificio principal se abría no a la carretera sino al aparcamiento de clientes situado a la derecha. Los automóviles entraban y salían constantemente del aparcamiento.

—¿Cómo es posible que una firma que vende sólo cristales tenga tantos clientes? —se maravilló Pete.

—Ya no existe ninguna compañía que venda únicamente un artículo —explicó Paul—. Hoy en día todo el mundo vende gran variedad de cosas extra. Las compañías madereras tienen departamentos de herramientas, y las de pintura ofrecen toda clase de material para la decoración. En Margon puedes encontrar toda clase de material para la construcción… ventanas, espejos, escaleras, lámparas, cosas así.

La larga fachada del edificio principal tenía una hilera de grandes ventanales pertenecientes a la zona de la oficina. Los muchachos pudieron ver a varias personas trabajando en sus mesas y de pie delante de los archivadores. En la parte de atrás dos hombres descargaban un gran camión y llevaban unas cajas planas a uno de los almacenes. De vez en cuando un hombre bajito salía por la parte posterior del edificio principal, entraba en uno de los tres almacenes y regresaba con un paquete plano envuelto en papel marrón que a todas luces contenía una sola hoja de una clase concreta de cristal.

—Vaya —dijo Paul—, ninguno de esos hombres parece el ciclista.

—No, ninguno —admitió Jupiter—. Tiene que estar en el almacén, en la oficina, o detrás en los otros almacenes. O podría ser un vendedor. Probablemente tienen vendedores que ahora estarán fuera vendiendo.

Al cabo de un rato, el gran camión salió del patio conducido por uno de los dos hombres. El otro comenzó a cargar otro camión con un armazón especial para el transporte de cristales, con los lados inclinados donde se apoyaban las grandes hojas de cristal verticalmente. El empleado utilizaba una carretilla elevadora para trasladar las cajas planas de los almacenes a los camiones.

Para las hojas de cristal muy grandes llamaba al hombre bajito del edificio principal y entre ambos las trasladaban a mano envueltas individualmente al camión especial.

—¿Qué hacemos, Jupe? —preguntó Bob—. ¿Observar y esperar?

—No, sólo quería comprobar cómo funcionaba la cristalería —replicó el Primer Investigador—. El camión grande es evidente que trae género procedente de la fábrica. La camioneta y el camión especial para transportar cristales deben repartirlos entre las tiendas de reparación y los constructores. Supongo que no tardarán en salir. De vez en cuando el hombre bajito saca un cristal de un almacén y lo lleva al de venta al por menor, pero no las suficientes para abastecer al gran número de clientes que hemos visto entrar y salir. Eso me hace suponer que la mayor parte de cristales pequeños los tienen a mano en el edificio principal. No hemos visto que saliera nadie de los almacenes para ayudar, de manera que probablemente allí no hay nadie. ¿Estáis de acuerdo con mis observaciones?

—A mí me parecen correctas, Primero —dijo Pete.

Los otros dos muchachos asintieron con la cabeza.

—Bien —dijo Jupiter tajante—. Entonces sugiero que esperemos hasta que la camioneta y el camión especial salgan a hacer sus entregas. Así la zona de los almacenes quedará desierta, y cabe sólo la remota posibilidad de que haya allí algún empleado. Paul y yo entraremos en el almacén de venta al por menor para observar quién trabaja allí y en la oficina, mientras Pete y Bob irán a la parte de atrás y registrarán la zona de los almacenes en busca de alguna pista de nuestro hombre. Paul y yo procuraremos mantener a todo el mundo ocupado para cubrir a Pete y Bob.

—¿Cómo es que Bob y yo siempre efectuamos los registros? —preguntó Pete.

—Yo creo que es mejor que sea un conductor con licencia el que pregunte por un cristal de automóvil —dijo Jupiter un poco molesto—. Y puesto que yo soy con mucho el mejor actor, por consiguiente también soy el más indicado para entretener a la gente de la tienda de venta al por menor.

Bob sonrió.

—Tiene razón, Pete.

—Como de costumbre. —Pete suspiró.

El hombre de la carretilla elevadora continuó cargando los dos

vehículos por espacio de otra media hora. Luego se subió a la camioneta y la sacó del patio, dejándola al lado de la puerta lateral que estaba abierta. Momentos más tarde el hombre bajito que le había estado ayudando, salió del edificio principal, montó en el camión especial y siguió a la camioneta que salía ya por la verja abierta.

Toda la zona de los almacenes ahora estaba desierta.

—De acuerdo, Archivos y Segundo —les dijo Jupiter—. Recordad: podemos hallarnos ante un ladrón peligroso. Si encontraseis alguna prueba de que nuestro ciclista está aquí, dibujad con tiza un gran signo de interrogación en la puerta del almacén más pequeño. Paul y yo iríamos inmediatamente al puesto de mando y llamaríamos al comisario Reynolds mientras vosotros permanecéis aquí para vigilar la prueba.

Bob y Pete descendieron por el otro lado de la colina y rodearon su base para llegar a la puerta abierta en la calle lateral. Paul y Jupiter bajaron de la colina entre la maleza, y luego de cruzar la carretera, entraron por la puerta principal y luego en el almacén de ventas de la Cristalería Margon.

Delante del mostrador había cuatro clientes que eran atendidos por tres empleados. Tras el mostrador las estanterías cargadas de cristales domésticos y ferretería se prolongaban hasta el fondo del edificio. Por toda la tienda se veían marcos de ventanas, espejos, cristales decorativos, y accesorios de hierro forjado. A la derecha, una ventana en la parte destinada a la clientela miraba al patio de almacenes. A la izquierda, una separación de cristal a todo lo largo del edificio aislaba las oficinas de la compañía del almacén. En ellas se veían a tres mujeres y cuatro hombres.

Jupiter y Paul permanecieron de pie tras el cliente que aguardaba turno y se dedicaron a observar al personal de la compañía. De los tres vendedores, uno era mayor y rechoncho, otro alto y delgado, pero no joven, y el tercero era un joven, alto y delgado, y con aspecto atlético. Paul le dio un codazo a Jupiter y le indicó al joven vendedor con la cabeza. Jupiter le estudió detenidamente.

Le tocó el turno al cliente que estaba delante de ellos.

A través de la mampara de cristal Jupiter pudo ver que las tres mujeres de la oficina eran jóvenes, pero solo una delgada, y no

mediría más de un metro cincuenta y cinco. De los cuatro hombres, uno era alto, de mediana edad y estaba sentado en un despacho privado con el nombre J. Margon, Presidente, en la puerta. Otros dos eran dos empleados jóvenes, pero de corta estatura. Y el cuarto, aunque alto y delgado, era un anciano que estaba sentado ante una gran mesa escritorio y les observaba a todos fijamente… el jefe de personal.

—¡Jupiter!

Era la voz de Paul que le susurraba en tono de alarma. Otro de los empleados había quedado libre, pero en vez de atender a Jupe y a Paul, se dirigía hacia la puerta lateral que daba al patio posterior.

CAPÍTULO 16
UNA VISITA INTERESANTE

Cuando vieron a Paul y a Jupiter cruzar la calle, Bob y Pete aguardaron otros dos minutos junto a la puerta lateral y luego volvieron apresuradamente a la zona de los almacenes. No había nadie allí. Había tan sólo una ventana en la pared posterior del edificio principal en la parte alta y correspondiente a la tienda, y todas las puertas y muelles de carga estaban cerrados.

Los dos muchachos entraron en el primer almacén.

Era una estructura de una sola planta de metal ondulado. En su oscuro interior se alineaban largas filas de estantes llenos de cajas de madera con planchas de cristal y en su parte superior grandes hojas envueltas en grueso papel marrón. Bob y Pete escucharon para asegurarse de que estaban solos. El silencio era absoluto.

Los muchachos se movieron rápidamente entre las filas de estanterías buscando alguna pista del ciclista rompecristales. Había muy pocos lugares donde poder esconderse. Las paredes estaban desnudas y las estanterías llenas.

Bob miró debajo de todos los estantes y Pete detrás. No encontraron nada. Al fondo del recinto había una pequeña separación para un despacho, pero ahora era únicamente utilizado como otra zona de almacenamiento de cajas de madera y cristales pesados. El único armario del despacho estaba vacío.

Regresaron a la puerta del almacén y desde allí se asomaron cautelosamente para vigilar el patio desierto. Los dos Investigadores podían oír los automóviles que entraban y salían del aparcamiento de clientes de la fachada, pero no entró ningún coche ni ningún camión en la zona de los almacenes.

—Nadie a la vista —dijo Pete.

Corrieron a través del espacio abierto entre los edificios.

—¡Pete! —exclamó Bob.

¡La puerta posterior del edificio principal que daba al patio se estaba abriendo!

Jupiter se dirigió rápidamente al final del mostrador, donde el empleado se disponía ya a salir por la puerta que daba al patio.

—Buen hombre, creo que ahora nos toca a nosotros. Mi asunto es muy urgente. El tiempo es oro. —El empleado empujó la puerta —. Volveré en seguida, chaval.

—Chaval, buen hombre, es una palabra vulgar —replicó Jupiter —. Yo prefiero que me llamen «señor». Y es urgente que consiga un cristal nuevo para la ventanilla de mi «Rolls-Royce» para que Paul, aquí presente, pueda instalarla en seguida y conducirme a Los Ángeles sin pérdida de tiempo. Si usted está demasiado ocupado para atenderme, quizás tendré que hablar con el propietario de la compañía.

El empleado, con la mano en el pomo de la puerta entreabierta, vaciló.

—Vamos, vamos —dijo Jupiter con altivez—. ¿Quiere que hable con el dueño? ¿El señor Margon si no me equivoco? Creo que papá tiene negocios con el señor Margon, ¿no es cierto, Paul?

El Primer Investigador volvió su rostro redondo con su mejor expresión altiva hacia Paul, que tuvo que hacer esfuerzos para no reír. El muchacho mayor borró toda sonrisa de su cara y se dispuso a seguir la comedia.

—Me parece que sí, master Jones —dijo haciendo una imitación perfecta de Worthington.

Aquello ya fue demasiado para el vendedor. Cerró la puerta y volvió a ocupar de nuevo su puesto tras el mostrador para atender a Jupiter.

—Er… —dijo el empleado—. Me parece que no tenemos cristales de la marca «Rolls-Royce».

—¡Seguro que bromea! —el rostro redondo de Jupiter era la imagen del más completo asombro.

El empleado, nervioso, palideció.

—Bueno, puede que los tengamos. Iré a mirar.

—Si es usted tan amable —Jupiter inclinó la cabeza con

benevolencia—. Es el modelo de 1937 Nube de Plata.

El empleado tragó saliva, asintió con la cabeza y desapareció entre las filas de estanterías del fondo repitiendo en voz baja el nombre del modelo.

Atrapados entre los edificios y la brillante luz del sol, Bob y Pete permanecieron petrificados mientras la puerta de edificio principal permanecía abierta.

Luego se cerró despacio.

—Uau —suspiró Pete.

—Vamos —le apremió Bob—. ¡Entremos en el otro almacén antes de que salga alguien de verdad!

Recorrieron a toda prisa la distancia que les faltaba para llegar a su objetivo. A la media luz del interior, el segundo almacén les pareció exactamente igual al primero con estanterías que se perdían en el fondo. Pero aquí los estantes estaban llenos de marcos de ventanas, espejos, puertas de cristal, mamparas, y otros artículos de cristal.

Los dos muchachos repitieron su registro por arriba y por abajo de las estanterías. Tampoco encontraron nada. Volvieron a la entrada, se asomaron, y al no ver a nadie y sin apartar la vista de la puerta del edificio principal recorrieron el espacio bañado por el sol para llegar al tercer almacén que era el más pequeño. Allí, en la penumbra interior, los estantes que cubrían las paredes estaban cargados de todos los accesorios necesarios para ventanas y puertas de cristal, espejos y mamparas. En el centro, un banco largo con las herramientas para cortar cristales y todo lo preciso para su montaje.

Bob se dirigió hacia el fondo por la parte izquierda, y Pete lo hizo por la derecha. No encontraron nada de interés. El despachito de la parte de atrás estaba atiborrado de cartones, y artículos domésticos… servilletas de papel, jabón líquido, vasos de papel, filtros de café y tazas de plástico.



—¡Archivos!

Pete había encontrado una lona impermeable encima de unas cajas al fondo del pequeño despacho. La levantó. Debajo había una bicicleta de carreras apoyada contra la pared.

—¿Es ésta? —se preguntó el Segundo Investigador.

—No puedo asegurarlo —Bob dudaba—. Estaba tan oscuro las dos noches que la vi, que no pude distinguir el color.

—El sillín está colocado a la altura de un hombre alto… muy salido hacia fuera —observó Pete.

El Segundo Investigador se echó hacia atrás para verla mejor, y se apoyó contra una de las grandes cajas de servilletas de papel, y casi se cae pues la caja se escurrió por debajo de él. Bob contempló la caja que aún se mecía.

—Esto es muy ligero para estar lleno de servilletas de papel —dijo—. Pero me parece que aquí dentro hay algo. Veamos.

Abrieron la caja y en su interior encontraron un casco, un par de guantes, una mochila con un receptor de radio digital, unos auriculares, una camiseta amarilla de ciclista, pantalones negros de punto, y zapatillas de corredor.

Jupiter conservó su porte arrogante hasta que regresó el vendedor.

—No tenemos cristales para «Rolls-Royce» —anunció el empleado—. Podemos pedírselos, pero tardarán dos semanas.

—¡Esto es inaudito! —exclamó Jupiter—. Completamente absurdo. Un distribuidor debe tenerlos en el acto a disposición del cliente, por eso he venido yo mismo en persona.

—Lo siento —dijo el empleado y sonrió, recobrando su confianza al poder negarse a un cliente—. Dos semanas si lo encarga.

En la ventana Paul se puso tenso.

—¡Ju… er, master Jones!

Jupiter se volvió distraídamente hacia el lado donde Paul miraba por la ventana que daba al patio. ¡En la ventana del almacén más pequeño vio un gran signo de interrogación dibujado con tiza!

—Bien —anunció a toda la tienda en general—. Tendremos que ir a Los Ángeles sin cristal. El aire me sentará bien, ¿eh? Vamos, Paul.

Sin dirigir ni una sola mirada más a los asombrados clientes y vendedores, Jupiter salió sonriendo seguido de Paul.

Una vez en el exterior, la sonrisa desapareció de los labios del robusto Primer Investigador. Paul y él cruzaron la calle y fueron hasta el pie de la colina para recoger sus bicis y salir pedaleando a toda marcha en dirección a la chatarrería para llamar al comisario Reynolds.

Bob y Pete se acurrucaron bajo la ventana del almacén pequeño. Habían transcurrido unos diez minutos desde que dibujaron el signo de interrogación para anunciar su hallazgo.

—No pueden tardar más de media hora —calculó Bob—. Unos diez minutos para llegar a la chatarrería, tal vez otros diez para contárselo todo al comisario Reynolds, y diez o quince más para que la policía llegue aquí.

—Ojalá pudiéramos capturarlo nosotros —dijo Pete.

—Nosotros hemos resuelto el caso —dijo Bob—. Y ese individuo puede ser peligroso. No olvides que no hemos encontrado su pistola.

—No obstante desearía… —comenzó a decir Pete.

En aquel preciso momento un Corvette color miel entró por la puerta lateral con un fuerte chirrido de neumáticos y girando violentamente para ocupar uno de los lugares vacíos en el aparcamiento detrás del edificio principal. Un joven se apeó y echó a andar por el patio.

—¡Mira, Segundo! —susurró Bob.

El joven era alto y delgado. Su cara pálida estaba enmarcada por cabellos oscuros y largos que le llegaban hasta el cuello de su americana *sport* color azul marino. Tenía la nariz aguileña y la boca de labios finos. Había cierto nerviosismo en sus ojos. Con sus pantalones grises y botas negras se dirigió al edificio principal como si fuese el dueño.

—Seguro que encaja perfectamente con la idea que Jupe tiene del aspecto del ciclista —exclamó Bob en voz baja.

Observaron cómo el joven entraba en el edificio principal. Pete miró su reloj.

—Será mejor que anotemos el número de su matrícula —dijo—. Puede que se marche antes de que ellos lleguen.

El Segundo Investigador estaba aún anotando el número, cuando la puerta posterior del edificio se abrió de par en par y el joven

salió como una flecha en dirección al almacén donde Pete y Bob estaban acurrucados debajo de la ventana.

—¡Viene hacia aquí!

Los dos muchachos buscaron donde refugiarse.

—¡La última estantería!

Cerca de la puerta, el estante bajo tenía un espacio vacío detrás de un cartón grande. Los dos se metieron allí.

La puerta se abrió con estrépito, y el joven corrió hacia el fondo. Los investigadores podían oírle respirar aguadamente. Cuando reapareció llevaba puesto el casco, las gafas colgando del cuello, las ropas metidas en la mochila, y ésta colgada del manillar de la bicicleta que empujaba hacia la puerta.

—¡Se lleva todas las pruebas! —susurró Pete irritado—. ¡Si las destruye no podremos probar nunca que él es el rompe-cristales!

—No podemos detenerlo, Segundo. ¡Es demasiado arriesgado!

Pero Pete ya había salido a gatas de su escondite. Bob siguió a su amigo hasta la ventana.

—Lo está metiendo todo en su coche.

En el exterior, el joven pálido luchaba frenéticamente por meter su bicicleta de carreras en su «Corvette».

—A mí no me parece peligroso —dijo Pete.

Y antes de que Bob volviera a protestar, Pete salía por la puerta yendo directamente hacia el coche deportivo. Cuando el joven frenético vio a Pete, dejó caer la bici y metió medio cuerpo en el coche. Pete empezó a correr.

El joven se volvió con una pequeña pistola en la mano. Con ella apuntaba a Pete.

CAPÍTULO 17
EL ROMPECRISTALES, ATRAPADO

Jupiter y Paul paseaban arriba y abajo delante de la chatarrería mirando a un lado y a otro de la calle. Después de ver el signo de interrogación se dirigieron a la chatarrería lo más de prisa que pudieron y telefonearon al comisario Reynolds. Rápidamente le dieron cuenta de todo lo ocurrido desde la última vez que habían hablado.

—¿La Cristalería Margon? —había dicho el comisario por el teléfono—. Eso es casi imposible de creer, Jupiter. Conozco a Jim Margon personalmente.

—Me temo que tenemos pruebas, señor. Bob y Pete nos esperan en el almacén de la Margon con ellas.

—Os recogeremos en la chatarrería al pasar.

Y ahora Jupiter paseaba ante la verja con Paul. Nervioso, cada dos por tres consultaba su reloj.

—¿Tú crees que Bob y Pete corren peligro, Jupiter? —dijo Paul intranquilo.

—Siempre hay peligro cuando se protegen pruebas —repuso Jupiter muy serio—. Especialmente cuando hay en juego un cuarto de millón de dólares.

En aquel momento tres coches de la policía doblaron la esquina. En el primero de los tres, iba el comisario Reynolds. Se detuvo delante de la verja y recogió a los muchachos. Se dirigieron sin pérdida de tiempo a la Cristalería Margon.

—¿Estás bien seguro, Jupiter? —le preguntó el policía en tono grave—. ¿Es posible que alguien de la Cristalería Margon sea el responsable de los cristales rotos?

—Si lo analiza cuidadosamente, comisario, verá que es la única respuesta que tiene sentido —replicó Jupiter muy tranquilo—. Sólo hay una firma en Rocky Beach que venda cristales de recambio para automóviles y ellos son los únicos que se benefician de cada cristal roto.

—No puedo creer que Jim Margon hiciera una cosa así.

—Es posible que lo hagan sin que el señor Margon lo sepa, señor. En realidad, apostaría cualquier cosa a que él no sabe nada. Sería demasiado arriesgado querer acrecentar sus ganancias por este medio.

—Espero que tengas razón, Jupiter —repuso el comisario Reynolds—. Ya casi hemos llegado.

El comisario habló por su radio y todos los coches de la policía aminoraron la marcha al acercarse a los edificios de la Cristalería Morgan.

—La puerta lateral de la verja está abierta, comisario —le advirtió Jupiter.

El policía asintió con la cabeza y ordenó a sus hombres que se dirigieran a la calle lateral. Al hacerlo, un automóvil largo, color miel salió como una flecha por la puerta lateral hacia ellos. El conductor frenó en seco hasta detener el coche, hizo marcha atrás con gran chirrido de neumáticos y olor a goma quemada, y luego salió disparado en dirección contraria. Al mismo tiempo Bob salió corriendo por la puerta lateral. Al ver los coches de la policía agitó los brazos violentamente.

—¡Tiene a Pete! ¡En el automóvil!

El comisario Reynolds rugió por su radio:

—¡Detengan ese «Corvette»!

La policía salió detrás del coche pequeño… ¡pero la calle no tenía salida! El «Corvette» se detuvo justo ante la barrera, y un joven alto de ojos asustados y americana azul marino, saltó del automóvil. Pasó corriendo la barrera y salió al campo abierto entrecruzado de profundas hondonadas llamadas barrancos.

—¡Deténganlo! —ordenó el comisario Reynolds.

—¡Si llega al primer barranco ya no lo cogeremos! —exclamó Jupiter.

Pero la policía estaba todavía demasiado lejos del final de la calle.

—¡Escapará! —gimió Paul.

Pero otra figura se había apeado del «Corvette» y corría como un loco detrás del hombre. ¡Era Pete! Iba ganando terreno mientras los dos se dirigían a campo través hacia el primer barranco. Justo cuando la policía llegaba a la barrera y salía al campo, Pete se abalanzaba sobre el joven derribándole con un magnífico placaje.

Al instante, el hombre alto, volvía a estar de pie, pero Pete se abrazaba tercamente a una de sus piernas. El joven trató de librarse de su apresor, pero en cuanto liberaba una pierna, Pete le agarraba la otra. Todavía seguían luchando junto al barranco, cuando la policía llegó hasta ellos. Pete se soltó y quedó tendido sobre la hierba sonriendo a todo el mundo.

—Ahí tiene a su rompecristales —anunció.

El joven se debatió en manos de la policía.

—¡No sé a qué viene todo esto, pero lo van a sentir! ¿Quiénes son estos niños? Ustedes son la policía… ¡deténganlos!

—Eche un vistazo a ese automóvil, comisario —dijo Pete, levantándose.

El joven comenzó a maldecir mientras le arrastraban hacia la barrera donde Bob estaba al lado del «Corvette».

—Abre la puerta, Archivos —le dijo Pete.

Todos pudieron ver la bicicleta de carreras en la parte de atrás, el casco, la mochila con la radio y los auriculares, y las ropas de ciclista asomando por el macuto.

—¡Lo han puesto ellos en mi coche! —gritaba el joven—. ¡Es una encerrona!

—Tenemos testigos, incluyendo a sus propios hombres, que le vieron pasar y romper cristales —dijo Jupiter—, y verán que todo ese equipo le pertenece. La bici tiene la placa de registro oficial que estoy seguro está a su nombre.

—De todas formas —añadió Pete—, si miran debajo del asiento delantero encontrarán su pistola de aire comprimido. Acaba de esconderla ahí. Apuesto a que podrán probar que le pertenece y seguro que tiene sus huellas dactilares.

El comisario miró debajo del asiento y sacó una pistola de extraño aspecto utilizando un pañuelo para no dejar sus propias huellas. Sostuvo la pistola por el extremo del grueso cañón y la deslizó en el interior de una bolsa de plástico. Los Investigadores la

examinaron con curiosidad. De acero azul muy pesado, semejaba una pistola reducida de verdad, pero pesaba cerca de un kilo y las palabras THE WEMBLEY PREMIER («fabricada en Inglaterra»), aparecían grabadas en el cañón.

—Una pistola de aire comprimido —dijo el comisario Reynolds —. Una pistola bien hecha, y lo bastante potente como para romper cualquier ventana a corta distancia. —Hizo un gesto a sus hombres —. Traigan al sospechoso. Iremos a hablar con Jim Margon de esto. Y ahora, muchachos, quiero que me contéis exactamente qué ha ocurrido aquí.

Mientras se encaminaban hacia la Cristalería Margon, Bob fue explicando como Pete y él había encontrado el equipo y la bicicleta escondida en el almacén, que el joven había intentado llevárselo todo y escapar, y como Pete le había hecho frente.

—Me figuro que fue una locura —admitió Pete—; pero es que a mí no me parecía tan peligroso. Más bien un tipo asustado. De modo que salí tras él. Me vio y cogió esa pistola de aire comprimido. Me apuntó y me hizo cargar la bici en el coche y subir también. Condujo sin dejar de apuntarme, pero al verles a ustedes le entró pánico, supongo. Debió olvidar que la calle no tiene salida, y ya ha visto usted el resto.

—Tuviste suerte —dijo el comisario Reynolds—. Una pistola de aire comprimido no es un juguete. Podría incluso matarte si dispara muy de cerca.

Un pequeño grupo de gente de la Cristalería Margon se había congregado tras las verjas laterales. Mientras la policía entraba en el patio, uno de los mirones fue corriendo al interior del edificio. Pronto el hombre de mediana edad que Paul y Jupiter vieran dentro del despacho privado se abrió paso entre la gente.

—¡Guillermo! —exclamó—. ¿Qué es lo que pasa aquí?

El comisario dijo:

—¿Conoces a este joven, Jim?

—Oh, comisario, no te había visto —dijo el señor Margon—. ¿Conocerle? Pues claro que le conozco. Es mi hijo. Regresó del colegio para incorporarse a la compañía hace un año. Y lo está haciendo muy bien, por cierto. ¿Por qué le sujetan tus hombres? ¿Quiénes son estos muchachos?

El comisario señaló la bicicleta que empujaba un agente.

—¿Es esta la bici de tu hijo, Jim? ¿Y estos auriculares, y este casco?

—¡Papá! —exclamó Guillermo Margon—. ¡No…!

—¿Bicicleta? —el señor Margon la miró con el entrecejo fruncido—. Sí. Monta en bicicleta todos los lunes y miércoles por la noche en un club que posee un velódromo de pista cubierta. Pero guarda todo su equipo en casa, no aquí. ¿Qué es lo que ocurre, Guillermo?

Guillermo Margon se limitó a mirar a su padre.

—Me temo que tengo malas noticias para ti, Jim —dijo el comisario y le contó toda la historia de la pistola de aire comprimido y las ventanillas rotas.

—¿Qué ha estado rompiendo los cristales de los coches? —dijo el señor Morgan lleno de incredulidad—. Pero si yo… le hice jefe de ventas de cristales de automóviles hace sólo tres meses. Ha realizado un gran trabajo. Hemos tenido más pedidos que nunca. Él… —el señor Margon hizo una pausa para mirar a su hijo—. ¿Tú mismo rompiste todas esas ventanillas que vendimos de más?

—¡Mienten, papá! ¡No sé de qué me hablan! ¡Todo es circunstancial! ¡Alguien robó mi bicicleta y mi equipo y lo trajo aquí! Tal vez lo hayan hecho estos mismos chavales. Nadie puede probar que yo rompí esos cristales. ¡Nadie me vio la cara!

—Lo demostraremos cuando sepamos qué hizo con el águila robada —dijo Bob con calor.

El señor Margon parpadeó:

—¿Ha robado un águila?

—No un pájaro, señor —explicó Bob—, sino una moneda rara. En realidad la que robó su hijo después de romper la ventanilla de un automóvil era un águila doble, una moneda americana de veinte dólares de 1907. Su valor es de doscientos cincuenta mil dólares, y él…

—¿Doscientos cincuenta mil dólares? —repitió el señor Margon con voz temblorosa.

Guillermo Margon se puso pálido.

—¡No pueden achacármelo a mí! Yo nunca oí hablar de un águila doble. ¡Está bien, admito haber roto todas esos cristales, pero lo que intentaba era mejorar el negocio! ¡Yo jamás robé una moneda!

Jupiter, que había guardado silencio desde que Bob y Pete explicaron cómo encontraron el equipo de Guillermo Margon, habló de pronto.

—No —dijo—. No creo que la robase usted.

CAPÍTULO 18
UN LADRÓN APROVECHADO

Bob, Pete y Paul rodearon a Jupiter, y Bob fue el primero en recuperar el habla.

—¿Que él no robó el águila, Jupe?

—¿Jupiter? —dijo el comisario Reynolds enarcando las cejas—. ¿Acaso sabes algo que nosotros ignoramos?

—Eso creo, señor —respondió Jupiter despacio—, pero no estoy completamente seguro.

—En una cosa tan seria como ésta hay que estar muy seguro, Jupiter —le dijo el comisario Reynolds.

—Ahora estoy convencido de que el ciclista no robó el águila, señor. De lo que no estoy seguro es de quién lo hizo. Pero si me deja intentarlo, comisario, creo que podré averiguarlo.

El comisario meneó la cabeza.

—Quisiera saber cómo has llegado a esta notable conclusión, teniendo en cuenta que desde el principio has dado por hecho que el ladrón y el rompecristales eran la misma persona.

—No, señor. Yo no creo que lo haya dado por sentado. Sencillamente todos supusimos que estaría relacionado con el caso, sobre todo cuando Jarvis Temple armó tanto alboroto. Ahora opino que existe otra explicación.

—¿Qué explicación, Primero? —preguntó Pete.

—Que tenemos que habérnoslas con un ladrón imitador.

—¿Un ladrón qué?

El comisario Reynolds intervino.

—Cuando se suceden una serie de delitos idénticos evidentemente cometidos por la misma mano, algunas veces un

delincuente distinto hace que su crimen sea semejante a los de la serie, para que al delincuente original se le achaque también el suyo.

Jupiter asintió.

—Yo creo que alguien enterado de la rotura de cristales se aprovechó de esta circunstancia para romper la ventanilla del automóvil de Sara Temple y robar la doble águila, con la esperanza de que culpasen a la persona que había estado destrozando los otros cristales.

—Esas son meras conjeturas, Jupiter —le dijo el comisario Reynolds.

—Quizá, señor —convino Jupiter—, pero me convencí cuando Pete nos dijo que Guillermo Margon había salido de la oficina yendo directamente a sacar su bicicleta y su equipo para llevárselo a otro sitio.

Jupiter continuó.

—Casi desde el principio ha habido otra persona mezclada en el caso, alguien a quien le ha preocupado más que a Pete, a Bob, o a mí mismo. Quienquiera que sea primero intentó averiguar lo que hacíamos husmeando por la chatarrería y escuchándonos con una especie de micrófono espía. Cuando esto fracasó, pinchó nuestra línea telefónica. Por este medio, esa persona pudo informar a Guillermo Margon de que la Cadena Fantasma le vigilaba, y nos engañó a nosotros haciéndonos marchar a otro sitio para que Margon pudiera escapar.

—¿Pero no son cómplices, Jupe? —objetó Pete.

Jupiter meneó la cabeza.

—Ahora que hemos capturado al rompecristales parece evidente que él actuaba solo para mejorar las ventas en la Cristalería Margon. ¡La otra persona no intentaba proteger al rompecristales, sino a ella misma! El ladrón aprovechado no quería que capturasen al rompecristales porque entonces la policía sabría que él no había robado el águila.

—¿Estás seguro de eso, Jupiter? —dijo el comisario Reynolds poco convencido.

—Sí, comisario. En realidad, creo que el imitador llamó una vez más para advertir al joven Margon con la esperanza de protegerse a sí mismo. —Jupiter se volvió a Guillermo Margon—. ¿Estoy en lo

cierto?

El joven miraba a Jupiter con asombro.

—¿Cómo lo sabes?

—Entonces, ¿es verdad que le llamaron hace un rato y le dijeron que habían descubierto su equipo y que iba a venir la policía?

El joven Margon asintió.

—La misma voz que me avisó por la radio de mi bici que saliera de la calle Oliva.

—¿Una voz chillona pero fingida? —dijo Jupiter—. ¿Y con ligero acento oriental?

Guillermo Margon se limitó a asentir, ahora mudo de asombro.

—¿Y no tiene idea de quién puede ser? —No, en absoluto.

El comisario Reynolds asintió lentamente.

—Hubo un informe acerca de un extraño mensaje la noche pasada captado por un canal de la policía que decía que el ciclista había sido descubierto y que se marchara de la calle Oliva. Tienes razón, Jupiter. Hay alguien más en este asunto. ¿Qué propones que hagamos?

Jupiter reflexionó.

—Quienquiera que sea posee grandes conocimientos sobre electrónica y emite a través de un transmisor. Podríamos buscar a alguien que encaje en esta descripción, pero existe un medio más sencillo. Creo que podré entregar el ladrón esta noche si me conceden toda la tarde para trazar mis planes.

—Muy bien —convino el comisario, y se volvió al señor Margon y a su hijo—. Me temo que tendré que llevarme a Guillermo a la ciudad, Jim.

El señor Margon asintió con tristeza mirando a su hijo.

—Tal vez no seas un ladrón, Guillermo, pero has cometido actos muy serios de gamberrismo. ¿Cómo es posible que un hijo mío haya hecho semejante cosa? ¿Qué es lo que se ha apoderado de ti?

—Yo solo quería mejorar el negocio, papá, y ganar mucho dinero.

—Hay cosas más importantes que el dinero, Guillermo.

—¡Yo quería ser el mejor jefe de ventas! ¡Quería triunfar! ¿Qué hay de malo en eso?

—Nada, hijo —repuso el señor Margon con pesar—, excepto que cómo se triunfa es más importante que cuánto se triunfa. El hacer

dinero es sólo parte de la jugada.

—Yo… yo quería que estuvieras orgulloso de mí.

—No, me temo que sólo querías impresionarme. Tú deseabas el triunfo por todas las razones equivocadas, hijo. Querías ser importante, no hacer cosas importantes. Bien, ahora tendrás que pagar tu precio.

El comisario Reynolds asintió y la policía condujo a Guillermo Margon hasta un coche patrulla. Su padre le miraba marchar.

—¿Tendrá que responder por causas criminales, comisario? —le preguntó el señor Margon.

—Se abrirá una investigación —dijo el comisario Reynolds—. Pero si indemniza los daños y hablamos con el juez, creo que podremos conseguir la libertad provisional.

Los Tres Investigadores y Paul dejaron a los dos hombres hablando. Atravesaron la calle para ir hasta la colina a recoger las dos bicicletas restantes y luego dirigirse a la chatarrera.

Después de cenar, Jupiter se hallaba solo en el remolque escondido hablando por teléfono.

—¿Segundo? ¡Recoge a Archivos y a Paul y venid a reuniros conmigo en el puesto de mando! ¡Ahora ya sé quién robó el águila doble!

—¿La doble águila? —dijo Pete al otro extremo del hilo—. ¿Estás seguro de que no fue ese tipo de la bici que ha detenido la policía? ¿Ese Guillermo Margon?

—No, Segundo, no fue él. Estoy convencido que el ladrón quiso imitar su estilo, pero ahora ya sé quién es el copión.

—¿Quién, Jupe? —preguntó Pete con ansiedad.

—Prefiero enseñarte la prueba —dijo Jupiter sin soltar prenda —, y que vosotros tres opinéis si es o no decisiva. Tengo la prueba en el taller exterior. Reuníos allí conmigo dentro de media hora y, cuando os haya demostrado quién es el ladrón, llevaremos la prueba al comisario Reynolds.

—¿No puedes anticiparme algo, Jupe? —le suplicó Pete.

Jupiter lanzó una risa burlona.

—Digamos simplemente que nuestro ladrón imitador ha cometido un pequeño, pero básico, error.

Y dicho esto, el Primer Investigador colgó. Pero no abandonó el puesto de mando. En vez de eso permaneció allí sentado

canturreando y consultando su reloj de vez en cuando. Sus ojos brillaban de ansiedad y excitación. La novena vez que miró el reloj, dijo en voz alta dirigiéndose a la estancia vacía.

—¡Es la hora, Watson! ¡A la caza!

Abrió la puerta de la trampa del túnel dos y, con mucho cuidado para no hacer ruido, gateó lentamente hasta el final de la tubería que daba al taller exterior.

Allí permaneció inmóvil como una sombra más, observando en silencio el taller mientras iba oscureciendo en Rocky Beach.

CAPÍTULO 19
¡EL LADRÓN, DESENMASCARADO!

El primer ruido procedía del fondo del Patio Salvaje, cerca de la Puerta Roja. Acurrucado en la boca del Túnel Dos, Jupiter escuchó.

Podría haber sido el ruido de un garfio para trepar que acabara de engancharse otra vez encima de la cerca. Luego se oyeron pasos ligeros sobre el tejadillo metálico y un suave bump como si algo cayera al suelo.

Jupiter aguardaba impaciente.

El segundo ruido fue un tintineo de latas como si alguien hubiera saltado sobre el montón de canalones y cañerías de desagüe amontonados a pocos metros de la cerca posterior. Alguien avanzaba cautelosamente hacia el taller donde Jupiter esperaba.

El tercer ruido fue un golpe y un grito ahogado de dolor procedente al parecer de la dirección opuesta… cerca del otro extremo del taller donde un montón de maderos pesados se alzaba entre el taller y las verjas de la chatarrería.

Jupiter gimió interiormente y contuvo el aliento. ¿Habría sonado el grito en la parte de atrás? Escuchó atentamente esforzándose por captar cualquier nuevo sonido.

Pero, durante lo que a él le pareció toda una eternidad, sólo hubo silencio. Nada, aparte del lejano rumor de voces en la penumbra y el lejano ajetreo del tráfico en la carretera de la costa. El Primer Investigador se mordió el labio inferior.

¡Y entonces oyó el chasquido de la madera junto a la entrada del taller! Alguien trepaba por el montón de puertas viejas almacenadas allí, para observar el taller desde lo alto.

Jupiter esperó en el interior de la oscura tubería.

¡El último ruido fue un golpe ligero y pasos casi encima de él!

Lentamente se dio cuenta, más que ver, de que una sombra negra estaba de pie en el taller a no más de cinco metros de la boca del Túnel Dos. Jupiter volvió a contener la respiración.

Una sombra que escuchaba cautelosa. Una forma que había subido por el montón de desechos para luego bajar al desierto taller.

Jupiter esperó.

La sombra se movió y un diminuto rayo de luz recorrió el taller iluminando el banco y los estantes.

Al alejarse de la entrada del Túnel Dos la sombra entraba en una zona más iluminada por el resplandor crepuscular, y Jupiter pudo verla con mayor claridad. Era una persona vestida enteramente de negro: tejanos negros ajustados, camiseta negra, pasamontañas de esquiar negro, guantes negros y zapatillas deportivas negras.



El Primer Investigador observó cómo la figura se movía despacio por el taller iluminando con su pequeña linterna la oscuridad. Había algo familiarmente femenino en sus movimientos. Algo… De pronto Jupiter tuvo la respuesta.

—Sara Temple, supongo.

La figura giró en redondo y casi dejó caer la linterna. Desde la estrecha abertura del pasamontañas unos ojos negros se clavaron en el Primer Investigador mientras salía de la tubería.

El tono de Jupiter era cortés.

—La verdad es que debía haberlo adivinado desde el principio. Cuando su tío dijo que no podía soportar su manera de conducir tan aprisa ni su receptor de radio. Su automóvil tiene que ser ese pequeño «Datsun» rojo que vimos en su casa, el coche que utilizó para venir aquí la primera vez. La parábola receptora de satélite también es suya. Debe ser una fanática de la radio y la TV así como una experta en electrónica… probablemente tendrá una emisora de radioaficionado. Y una buena escaladora y esquiadora también, a juzgar por el gancho y la cuerda que emplea para trepar, y ese pasamontañas tras el que se esconde.

—Yo… yo no me escondo —dijo Sara Temple quitándose el pasamontañas y sacudiendo sus largos cabellos negros—. He venido para hablar de mi tío. Me gusta llevar pasamontañas. Mi tío ha cambiado de opinión. Desea contrataros. Él…

—Ah, sí —dijo Jupiter sin inmutarse—. Debió ser usted quien pidió a su primo Willard que hiciera esa llamada telefónica para invitarnos a venir aquí para hablar de la moneda de su tío. Necesitaba una llamada mientras estaba en el poste fingiendo ser un empleado de teléfonos, para poder localizar la línea correcta en la caja. Y naturalmente también deseaba quitarnos de en medio mientras usted instalaba el aparatito.

—¡Debes estar loco! ¿Qué aparatito?

—El emisor —repuso Jupiter con calma— que la ha traído aquí para obtener la prueba de que usted robó la doble águila —observó a la muchacha—. ¡*Sólo* puede haberse enterado de lo de la prueba oyendo cómo yo se lo decía a Pete por teléfono!

Sara Temple permaneció callada unos instantes mirando al robusto dirigente del equipo de detectives. Su rostro estaba pálido a la luz del atardecer.

—De acuerdo, te oí hablar por teléfono. ¿Dónde está la prueba? ¡Dame esa prueba!

—La verdad es que debía haberlo sabido —continuó Jupiter mansamente—. Usted llevó a su tío en su coche y sólo usted sabía que había dejado allí la moneda. Cualquiera que hubiera mirado hubiese visto tan sólo una cajita. Usted se enteró de la rotura de cristales al oír a la policía por su receptor. Debe ser su afición preferida escuchar las llamadas de la policía. De modo que vio la oportunidad de apoderarse de la moneda y que cargara con las culpas el rompecristales.

—¡Es cierto! —gritó la muchacha—. ¡Yo necesitaba el dinero! Él nunca me da suficiente dinero. ¡Lo repartiré contigo, Jones! ¡Cincuenta mil dólares para ti! ¡Dame esa prueba y serás rico!

Jupiter suspiró en la creciente oscuridad.

—Usted nos vio en su calle con el «Rolls». Actuábamos de un modo extraño y usted se asustó. No alertamos a la policía, pero usted estaba nerviosa. ¿Qué estábamos haciendo? De modo que disfrazó su voz y nos localizó a través de la agencia de alquiler de automóviles y trató de escuchar qué decíamos con uno de sus micrófonos espías, pero fracasó. Entonces cuando nos conoció hace dos noches y supo dónde estábamos y lo que hacíamos, pinchó nuestro teléfono para poder seguir nuestra investigación. Lo único que usted deseaba evitar era la captura del rompecristales y que se descubriera que él no había robado el águila doble.

—Está bien —dijo Sara Temple—. ¡Mitad y mitad! ¡Cuando venda el águila tendrás ciento veinticinco mil dólares!

Jupiter meneó la cabeza.

—Y sabe, de no haber cometido un pequeño error al principio, se hubiera salido con la suya.

—¡Puedes ser rico! ¡Y tener todo lo que has deseado siempre!

—No, señorita Temple —repuso Jupiter—. No todo puede comprarse.

—¡Dame esa prueba!

La muchacha dio un paso hacia el Primer Investigador. Jupiter se mantuvo firme y la miró fijamente a los ojos.

—No hay ninguna prueba —le dijo.

—¡Mentiroso! —Ella parpadeó—. ¿No hay ninguna prueba?

—Todo ha sido una trampa. Estaba seguro de que el ladrón tenía

que ser usted o su primo Willard. Son más o menos de la misma estatura y sus voces son parecidas. El medio más rápido de averiguarlo era viendo quién escuchaba por nuestra línea telefónica. Comprendí que alguien seguía escuchando, porque hoy a primera hora cometí el error de llamar al comisario Reynolds por nuestro teléfono y alguien avisó al rompecristales.

—¿Ninguna prueba? —dijo Sara Temple atónita.



—Ninguna hasta ahora —confesó Jupiter.

—¡Vaya, tú…! —La joven cogió un martillo grande del banco de trabajo y lo alzó contra Jupiter—. ¡Yo… yo…!

Inmediatamente aparecieron varias figuras ante la puerta del taller recortándose contra la última claridad del día. Eran el comisario Reynolds y sus hombres, amén de Bob, Pete y Paul. El alto Segundo Investigador estaba un tanto avergonzado junto al montón de maderas que había derribado poco antes y casi descubre la trampa. Una persona más acompañaba a la policía y los muchachos. Una figura encorvada que se apoyaba en un bastón al acercarse cojeando a Sara Temple que todavía tenía el martillo en alto para golpear a Jupiter.

—Tú no harás nada, jovencita —dijo Jarvis Temple, ya no furioso, sino triste—. Mi única sobrina, una ladrona. La culpa es mía. Te hice la vida demasiado fácil permitiéndote todos esos caprichos… el automóvil, la emisora de radio, la electrónica, esquiar, escalar. Dándote siempre todo lo que tú pensabas que debías tener. En vez de eso debí prestarte más atención. Bien, tal vez no sea demasiado tarde. —El anciano suspiró.

El comisario Reynolds hizo señas a uno de sus hombres para que detuviera a Sara Temple. La joven morena miró al policía que la sujetaba y lanzando un grito de rabia, se soltó y metió la mano en su bolsillo.

—¡Si no puedo tenerla yo, no la tendrá nadie! —y echando el brazo hacia atrás lo lanzó de nuevo hacia adelante, pero en el mismo instante el policía la cogió por el codo. El objeto que tenía en la mano salió disparado por el aire y cayó cerca de Pete que se agachó para recogerlo.

Abrió la mano. La moneda redonda y dorada resplandeció tanto como el «Rolls-Royce». Incluso en la ya oscura noche. Todos la contemplaron sin articular palabra.

—Pensé que la llevaría encima —dijo Jupiter—. Es muy difícil vender una moneda tan rara sin atraer la atención.

El comisario Reynolds hizo de nuevo otra seña al policía que sujetaba a Sara Temple, y éste la tomó. Ella le miró con los ojos muy abiertos.

—Pero si era tan sencillo —dijo—. El águila estaba allí, en el coche. Alguien andaba rompiendo cristales por toda la ciudad. Iba a

ser tan fácil…

CAPÍTULO 20
EL RETO DEL SEÑOR SEBASTIÁN

Unos días más tarde, Jupiter, Pete y Bob se hallaban sentados en la camioneta gris delante de la tienda del señor Jacobs. Paul, muy contento sentado al volante, le gritó a su padre por la ventanilla.

—¿Así que puedo llevarles en la camioneta?

—Adonde quieras, Paul. Te lo debo por dudar de ti.

—No importa, papá. Ahora comprendo tu punto de vista.

—¡Imaginaos —dijo el señor Jacobs—, un hombre en bicicleta rompiendo cristales para poder vender más a los establecimientos de reparaciones! ¡Jamás lo hubiese creído! Pero vosotros, muchachos, lo demostrasteis y estoy orgulloso de la parte que tuvo Paul en la resolución del misterio. ¿O mejor será decir misterios teniendo en cuenta a la joven ladrona?

—Sí —convino Jupiter—, en realidad los misterios no tenían relación alguna, aparte de la imitación que hizo Sara de la actuación de Guillermo Margon con la esperanza de que él cargara con toda la culpa.

—Una esperanza frustrada gracias a vosotros, muchachos —dijo el señor Jacobs con una sonrisa.

La camioneta conducida por Paul no tardó en llegar a la carretera de la costa. Cerca de Malibú, Pete le pidió que doblara a la derecha para entrar en la Avenida del Cañón de los Cipreses. Fueron dando tumbos por la carretera de segundo orden hasta detenerse ante una gran casa blanca con luces de neón en la fachada, la única pista indicadora de que anteriormente había sido un restaurante. Los muchachos se apearon de la camioneta y llamaron al timbre.

Tras unos minutos de silencio, oyeron el

tap-tap
de un bastón al acercarse. Les abrió la puerta un hombre alto y delgado de cabellos grises. Era Héctor Sebastián, amigo y mentor de los Tres Investigadores. Antes detective privado, Sebastián se dedicaba ahora a escribir novelas y guiones desde que se había lesionado la pierna derecha gravemente en un accidente.

—Hola, chicos —les dijo Sebastián—. Pasad.

Les condujo a la sala de estar apoyándose en su bastón, y se acomodó con los muchachos en la mesa delante de la chimenea.

—¿Dónde está Don? —preguntó Jupe. Hong Van Don, el criado vietnamita de Sebastián era quien generalmente les abría la puerta.

—Está ocupado —repuso Héctor Sebastián—. Está preparándonos algo de comer.

El escritor señaló con un gesto la terraza que corría a lo largo del frente acristalado de la sala de estar, y que daba a la carretera de la costa y al Océano Pacífico. En el extremo más alejado de la terraza estaba un joven delgado con camisa blanca y pantalón negro. Tenía las piernas cruzadas en posición lotus y sus ojos miraban ausentes hacia el mar. Su rostro tenía una expresión serena.

—¿Preparando algo de comer? —dijo Bob—. Más bien parece que está meditando.

—Y lo está —replicó el señor Sebastián—. Don es un admirador del nuevo programa de cocina de TV. Yo le llamo el «*gourmet* gurú». Aconseja la meditación antes de comenzar el trabajo. Dice que despeja la mente y permite concentrarse mejor. Tiene mucha razón. Yo mismo he comenzado a meditar a diario antes de poner en marcha el procesador de textos.

—Estoy seguro de que ayuda —dijo Jupe—. ¿Pero qué clase de alimentos recomienda el gurú? —Se estremeció ligeramente al recordar algunas de las comidas exóticas servidas por Don en sus recientes visitas.

—No os asustéis. —El escritor se echó a reír—. El *gourmet* gurú prepara platos que son famosos internacionalmente. Aquí la comida ha mejorado mucho.

—Y ahora —continuó el escritor de novelas de misterio— habladme de vuestro nuevo caso. Lo que me contasteis por teléfono me ha abierto el apetito.

—Todo empezó con Paul, aquí presente —dijo Jupiter, presentando al nuevo amigo de los Investigadores. Bob sacó sus notas sobre el caso y se las entregó a Sebastián por encima de la mesa.

El escritor se inclinó hacia adelante y comenzó a leer. Mientras los muchachos aguardaban, vieron a Don salir de la terraza y desaparecer por una esquina de la casa. No tardaron en oír ruido de puertas al cerrarse y entrechocar de cacerolas en la cocina.

Al fin Sebastián dejó las notas de Bob y se reclinó en su asiento.

—Vaya una historia. Nunca hubiera creído que Guillermo Margon llevara a cabo semejante plan de no haberlo demostrado vosotros. ¿Le han castigado?

—Sí —dijo Pete—. Su padre indemnizará a todos a los que les rompió algún cristal, y el juez le ha dejado en libertad provisional durante el tiempo que precise para pagar a su padre. Ha sido rebajado a mozo de almacén en Margon hasta que vaya ascendiendo a fuerza de trabajar duro. Ya no conducirá automóviles de fantasía ni se comprará trajes caros durante una buena temporada.

—Así escarmentará —dijo el señor Sebastián—. ¿Y qué ha sido de Sara Temple?

—También lo está pasando mal —replicó Bob—. Afortunadamente aún no había vendido la doble águila, así que el viejo Jarvis no ha presentado ninguna denuncia. Pero le ha quitado el coche, la radio, el equipo electrónico y todo lo que le había comprado… y la ha echado de su casa.

—Parece un hombre muy frío —dijo el señor Sebastián—. Probablemente tiene razón al culparse por haberla educado mal.

—Sí —dijo Jupiter—, pero lo cierto es que no tiene mal corazón. Está ayudando a Sara a encontrar un empleo en una emisora de radio donde puedan apreciar su talento, y él continuará pagando sus cursos de electrónica. Pero aparte de esto ella tendrá que ganarse la vida.

—Me figuro que Guillermo Margon y ella tendrán que aprender a vivir de su propio esfuerzo —dijo el señor Sebastián—. La verdad es que no hay otro camino para lograr el éxito.

Jupiter reparó de pronto en el delicioso aroma que iba invadiendo la habitación. La boca se le hizo agua mientras se

preguntaba cuanto tiempo tendrían que esperar para gustar las delicias gastronómicas de Don. Conteniendo un suspiro, escuchó la siguiente pregunta de Héctor Sebastián.

—Jupe, después de enfrentarte a Sara Temple dijiste que podría haber salido con bien del robo… incluso después de la captura de Guillermo… de no ser por un pequeño error. ¿Cuál fue ese error?

—Que se equivocó de ventanilla al romper el cristal —replicó Jupiter—. En cuanto lo comprendí, supe que se trataba de un robo de imitación. La moneda estaba encima del asiento del pasajero, de modo que Sara rompió la ventanilla del lado de la acera. Pero el ciclista sólo rompía las ventanillas del lado del conductor. ¡No podía de ninguna manera disparar a las del lado de la acera yendo por el centro de la calzada!

—Un robo de imitación, mal imitado —dijo Héctor Sebastián y antes de que los muchachos se burlaran de su chiste se apresuró a añadir—: Una cosa más, Jupe. Cuando tú y Paul telefoneasteis a la policía desde el Patio Salvaje aún no sabíais que el ciclista era Guillermo Margon. Sólo que trabajaba en la Cristalería Margon. Y lo mismo Sara Temple que oyó vuestra conversación telefónica, ¿cómo pudo avisarle?

Jupiter apartó su atención del apetitoso aroma que ahora llenaba la habitación para responder a la pregunta del escritor.

—No lo hizo. Se limitó a llamar a la compañía y describir al ciclista a la persona que se puso al teléfono. Como todo el mundo en la Cristalería Margon conocía la afición de Guillermo Margon a montar en bicicleta, por su descripción, no podía tratarse de ningún otro.

—Así que tuvo suerte —dijo Sebastián—, y vosotros también. De no haber llamado os hubiera costado mucho más identificar a Guillermo y atraparla a ella.

—Pero lo hubiésemos hecho —dijo Bob con firmeza.

—Probablemente —replicó Héctor Sebastián—. Pero permíteme contarte un secreto que aprendí durante mis años de detective privado. Un poco de suerte te ahorra mucho camino. Trabajo duro y un poco de suerte resuelven cualquier caso.

En aquel momento se abrió la puerta de la cocina al otro extremo de la habitación por la que salió Don portando una bandeja. Fue hasta la mesa y colocó seis platitos redondos de acero

con algunos utensilios extraños. Había seis huecos en cada plato de metal. Y en cada hueco un caracol con su concha.

—¡Caracoles! —anunció Don sonriendo a los muchachos—. Plato tradicional de la cocina francesa. Favorito de todos los *gourmets* del mundo entero.

Atónitos, los cuatro muchachos miraron al criado vietnamita. Por suerte él no lo notó. Héctor Sebastián había elogiado sus artes culinarias y Don se volvió a la cocina sin abandonar su sonrisa.

Sebastián miró a los cuatro y se echó a reír.

—Nadie puede considerarse sofisticado si no le gustan los caracoles —les informó el escritor.

—Um, gracias de todos modos, pero no estoy seguro de querer convertirme en un ser sofisticado —exclamó Jupe.

—Ni yo tampoco —dijeron los otros tres a coro.

—Oh, vamos —dijo Sebastián—. Cualquiera lo bastante valiente para atrapar a un criminal lo es también para probar un caracol. Vamos, os enseñaré cómo se comen.

Con su mano izquierda el escritor agarró el caracol por su concha con un utensilio semejante a unas pinzas. Con la derecha introdujo un pequeño tenedor con dos largos dientes dentro del caparazón y con él extrajo una cosa grisácea que parecía de goma cubierta de mantequilla derretida y perejil picado que se llevó a la boca.

—¡Delicioso! —exclamó—. Ahora probadlos vosotros.

Por espacio de un minuto nadie se movió. Luego Pete cogió los utensilios de mala gana y extrajo un caracol. Sus amigos contuvieron la respiración mientras lo masticaba.

—¡Eh! —dijo—. ¡No es de goma! Es blando. Y sólo sabe a ajo y mantequilla. ¡La verdad es que es muy bueno!

Uno a uno los muchachos fueron probando los caracoles, pero sólo le gustaron a Pete. Entre él y Héctor Sebastián acabaron con los que los otros dejaron en sus platos.

Luego los muchachos se despidieron yendo hacia la puerta.

—¡Guau! —exclamó Jupe una vez en el exterior—. ¡Prefiero mil veces atrapar a un criminal!

FIN